

A. ROSENDO.

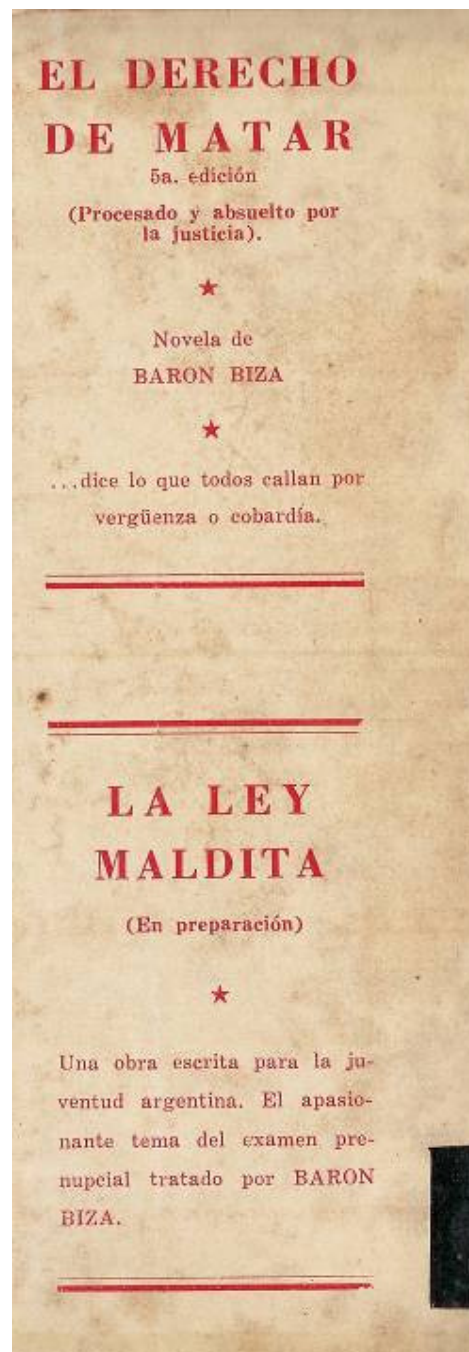
PUNTO FINAL

NOVELA

BARON BIZA



Portada de la edición rústica



Solapas de la edición original

BARÓN BIZA

PUNTO FINAL



Amigos de Barón Biza:

**Federico Alejandro Minolfi
Gabriel Waisberg
Ariel J. Curone**

Este libro fue retipeado a partir de la edición original de 1941, concordándola con ediciones posteriores, por Federico Alejandro Minolfi.

Las ilustraciones de A. Rosendo y Teodoro Piotti fueron recuperadas por Gabriel Waisberg.

Los borradores fueron corregidos por Ariel J. Curone y Mojado.

Las solapas de la edición de 1941 fueron recuperadas por Polly.



Raúl Barón Biza (1899-1964)

CÓMO CONSEGUIR CHICAS: Barón Biza y “Punto Final”

Cuando en 1941 se publicó la primera edición de “Punto Final”, la intelectualidad argentina cerró filas frente a un autor que se jactaba de no participar de los grupos Boedo y Florida, y que no tenía ningún deseo de cortejar a las academias ni a las editoriales. La prensa, para no ser menos, le dedicó a la novela consideraciones como esta: “El último libro de Barón Biza es el engendro de un cerebro enfermo en cuyas páginas se dan cita cuanto de más infame, canallesco, cínico, blasfemo, antisocial y miserable pueda escribir la más envilecida de las plumas. Sólo habría una definición que, acaso débil todavía, pueda dar una idea aproximada de la calidad de ese libro y del sujeto que lo escribió: es la obra de un degenerado en el más amplio sentido de la palabra”.

Esta clase de estupideces (hay que decirlo) han sido recogidas por varios pensadores que, casi un siglo después, siguen escandalizándose por el contenido de este libro en general, y por la obra de Barón Biza en particular. Aunque parezca mentira, todo esto los sigue provocando, lo cual habla a las claras de la vigencia del autor, aunque les duela.

Así, llegan a nuestros días decenas de biografías sobre Raúl, varias de ellas imprecisas, cuando no disparatadas. Hay quien –“*incapaz de construir el sonido o la forma*”- se lanza a la crítica literaria señalando detalles gramaticales o de forma, olvidando que lo más importante para Barón Biza era la claridad del mensaje, y el poder de sus ideas, sea como fuere que decidiese plasmarlas. Algo vital se les escapa a estos exegetas y glosadores de medio pelo que pululan por los claustros oficiales. Es lógico que pateen y se indignen al ver que Raúl Barón Biza sigue despertando el mismo interés que antes. “Punto Final”, “Todo estaba sucio” y “El Derecho de Matar” sobrevivieron a su creador, y probablemente sobrevivan a los autores de esta restauración digital. Y sus páginas seguirán maravillando, espantando o haciendo felices a miles de lectores. Es la gran victoria de Barón Biza, sobre la muerte y sobre sus críticos de siempre.

La novela cuenta la historia de Ego, un típico *bon vivant* de los “años locos”, y sus aventuras por el mundo. Pese a lo que quieren ver los bienpensantes de ayer y de hoy, en “Punto Final” se ven también la ternura y el humor pícaro de Barón Biza. Las anécdotas sexuales de Ego con señoritas y señoras diversas, bien pueden leerse como un pequeño manual de la mejor picaresca argentina. Ego es lúbrico, caprichoso y atrevido. Lo mejor y lo peor de los argentinos, en grageas recetadas por un médico inefable.

A menudo divertido hasta la carcajada, el libro también tiene momentos dramáticos, tragedias surtidas y de paso (curioso contraste) muchas de las reflexiones

más oscuras que haya escrito Raúl, incluyendo un crudo alegato en favor del suicidio que roza la blasfemia.

Esencial dentro de la colección de Barón Biza, “Punto Final” también es un libro de estructura compleja que exige atención. Tiene, extrañamente, tres prólogos (uno dedicado a su hijo Carlos, otro relatando una pesadilla del protagonista, y finalmente un tercero en boca de Michel Martin, personaje secundario que, al igual que Ego, remite al propio autor).

Para quienes ya leyeron la historia, valga esta restauración digital que les servirá de excusa para volver a vivirla. Para los demás, significará la posibilidad de leer un libro que permaneció en las sombras durante demasiados años.

En cualquier caso, “Punto Final” no merece el olvido.

Amigos de Barón Biza

Federico Alejandro Minolfi – Gabriel Waisberg – Ariel J. Curone

*La pornografía en los libros
está en proporción
a la degeneración del cerebro lector.*

BARÓN BIZA.

PRESENTACIÓN DEL AUTOR

Cuando, después de atravesar por amplio camino, kilómetros de olivares, llegué a la suntuosa residencia que Barón Biza posee en Alta Gracia, feudo generoso de esperanza y trabajo, el sirviente negro que completaba la decoración colonial del ambiente, me rogó esperara, encontré a mano un álbum de recortes que invitaba a hojearlo.

Fue el primer contacto que tuve con la personalidad de este hombre. Todos los artículos contenidos en aquel álbum, eran contrarios a mi anfitrión.

Yo lo sabía un hombre odiado, odiado y querido, a la vez, profundamente. Pero aquel álbum me desconcertó. ¿No sería un ironista?. Y recordé aquella fiesta que a su regreso de Europa dio en su mansión de la Avenida Quintana, mezclando a las más altas con las más bajas clases sociales, obligando a sus invitados a concurrir disfrazados de inmigrantes.

Y ahí estaban los recortes que pedían el encarcelamiento de Barón Biza...

"He querido- me contó un día- revivir el comienzo de nuestra sociedad y por ello organicé aquel baile".

Diríase que Barón Biza, es una sombra; se sabe que existe y sin embargo, muy pocos lo conocen personalmente.

Hijo de uno de los más grandes colonizadores argentinos, se educó en Estados Unidos y Europa. Su gran fortuna le permitió llevar una vida fastuosa y novelesca. Las arenas doradas de Biarritz se alternaban con las nieves de Saint Moritz y los canales de Venecia. De tiempo en tiempo, la prensa nos traía noticias de él. Los "fiords" noruegos se entremezclaban con Puerto Rico o Yokohama; ayer era Hawái, hoy Constantinopla. De París o de Madrid había una vaga y vieja historia. Amor y muerte. A ese respecto, una mañana, sobre la playa de su pileta privada, le interrogué. Él miró la cicatriz que como una medalla ganada en la batalla de la vida, luce en el pecho.

"La vida está adelante- me dijo- y yo he arrojado al mar la llave del cofre en que guardo mi pasado."

Entonces comienza su vida para nosotros, a su llegada a estas playas. Todos sabemos, los de esta generación, el bello poema de amor que, en su recuerdo, perpetuó un fantástico monumento. Todos tenemos, más o menos, noticias de su filantropía de izquierda, rebelde. En una de las aulas del colegio de su estancia, mandó

escribir como abecedario para los niños de sus obreros asociados: "El producto de tu esfuerzo te pertenece. Defiéndelo!"

Cuando, después del golpe de Septiembre, el pueblo callaba acobardado, él surgió con un periódico revolucionario: "La Víspera", tea que encendió dos movimientos poco felices, por ser sinceros.

Renunciando a sus privilegios, conoció las cárceles y el tiroteo entre hermanos en la lucha por la libertad. Brasil y Uruguay miraron pasar, asombrados, a ese desterrado al que Costa Rego cantó.

En la recopilación de los artículos de su libro "Por qué me hice revolucionario" esa etapa de su vida nos llena el rostro de sangre. Traicionada la idea que lo había llevado a la lucha, se retira al silencio de su estudio y entrega a la prensa: "El derecho de matar", formidable libro de tesis, angustioso clamor por una humanidad mejor, latigazo al rostro de una sociedad podrida, pronta a caer.

La cárcel se abre de nuevo para él; su libro es secuestrado y encarcelados quienes lo poseen. Sin embargo, no claudica y niega a sus jueces- producto de la misma sociedad que combate- capacidad y ecuanimidad para juzgarlo, y recurre a la única arma con que puede vencerlos: la huelga de hambre. ¿Ironía de millonario?

Y así, cuando sus jueces -hombres al fin- confiesan: "que debe reconocerse que el autor ha usado de términos, de expresiones y conceptos un tanto crudos, denota un propósito de exaltación y elevación moral..." las ediciones se suceden vertiginosamente, marcando en la Argentina el "record" de venta de librería.

Durante cinco largos años desaparece de las letras de molde. ¿Cansado?, ¿Vencido a los 35 años?. Nada de eso. Ese lapso le basta para transformar miles de hectáreas, improductivas y agrestes, en una de las regiones olivícolas más ricas del país. Cientos de obreros haraposos y hambrientos, se convierten en hombres dignos, sus hijos, guiados por el puntero de la nueva compañera, aprenden a deletrear el verbo de la rebeldía. Cumplida la obra espera al judío de raza o alma que la adquiera. No le interesan los beneficios. Ello es rutina, papel, números...

Diríase que deseara que su descendencia viviera de su propio esfuerzo, diríase que vislumbra un nuevo mundo, una nueva justicia social...Y ahora ha vuelto a tomar la pluma; nos presenta su ultima novela: "Punto final". No analicemos- como él mismo ha dicho- una coma o un acento. Concentrémonos en la idea de esas vidas que se debaten entre las morales milenarias y los deseos insatisfechos; concentrémonos para encontrar la solución, pensando en lo que en realidad somos: una partícula de polvo en el desconocido camino del infinito.

MAX HOXBER

INTROEMUS IN ALTARE VITAE

CARTA AL HIJO



**Yo también usé careta
en el carnaval de la
vida.**

a luz se hizo a medianoche.

Ayer todo Norte podía ser Sur. Mi nombre estaba escrito en las azuladas aguas de los lagos, y los cimientos de mi vida apoyaban en las arenas doradas y ardientes del desierto.

Todo hablaba de fausto; todo era velocidad. El recuerdo no existía. Ni tú, hijo, ni yo...

Mi vida, era la cuerda de un juguete que las horas de los niños rompen. Mi coraje, vestimenta de macho estéril, disfraz para hembras enfermas. Mi "vida" la de un muerto; porque muerto era ya, sin ti. Todo era oscuro y sórdido. Nada tenía razón de ser. Ningún esfuerzo, justificación.

Lo animal, era dueño de mi vida, y la tristeza que sólo borraba el alcohol, los besos y la "jazz" acompañaban mis horas.

Todo era en mi alma desolación y angustia.

Todo era ruin y canalla.

Y la luz se hizo en mi corazón en plena noche. Aurora boreal que me hizo postrar de hinojos ante el vientre de tu madre, a donde Dios había oficiado misa de vida. Porque solamente Dios, dueño de la especie, podía crear la vida. Porque fuiste concebido no por instinto, sino concientemente, por amor. Porque serías continuación, no solamente de mi carne, sino de mis angustias y esperanzas, esperanzas también de toda una humanidad, de todo un mundo.

Mi barca divisó el faro y todo fue alegre, ya que la ruta tenía un fin. Calmó la tormenta y todo fue, dentro y en derredor mío, día de paz. Las

fieras se hermanaron y tres nuevos reyes siguieron la estrella. Y fui generoso en el reparto de dones, y por vez primera sentí temor ante la idea de que tus años niños estuvieran indefensos y solos...

Al deformarse la forma, llegó el dolor y en el desgarrar brutal de la carne que se perpetuaba, cofre cerrado que iba a abrirse, donde la alquimia milenaria del milenio elaboraba tu ser, yo, impotente ante el dolor y asombrado ante el milagro, tuve la sensación de haber nacido junto contigo.

Los senos henchidos ahora de la amiga, serán alimento, sangre de ella, en tus primeros días y yo estaré para vigilar tus primeros pasos; más tarde ella te enseñará el secreto de los escribas y te contará la historia de los años. Yo te llevaré junto a la fragua, para que aprendas a estirar la reja y como jugando, en los amaneceres, partiremos a arar los campos y más tarde, a recoger las mieses.

Te enseñaré a dominar los corceles, a navegar sobre las aguas y juntos, al lado de la casa, plantaremos un olivo, para sombra, fuego y alimento en los años malos. Y a medida que tú te yergas vigoroso, nosotros nos inclinaremos hasta dormirnos en la madre tierra, porque solamente dormiremos.

Y leerás en mi pasado y en el pasado de mis padres, y en el pasado de los padres de ellos, un catecismo, una religión que te dejamos por herencia, y que tiene por eterno lema: "Dejar a nuestros hijos más libertad que la que hemos recibido".

Ayer la luz se hizo a medianoche...

Ayer, hijo, naciste tú...



CAPÍTULO I

“Que estas provincias estaban
llenas de forajidos, homicidas, gente
facinerosa y de frailes apóstatas”.

Obispo de Charcas-Carta del 20 de mayo de 1596
Archivo de las Indias, 76, 6, 44

El Dictador del Mundo, en su entonces capital, bien llamada Malos Aires, rodeada por arroyos pestilentes y edificada sobre el relleno del basural, perdida en un continente y aislada por los océanos, mandó esterilizar todo niño que naciera...

La hibridez de su espíritu lo había hecho heredero del genio mayor que produjera la humanidad, en sus cincuenta mil años de existencia. Era un niño, casi, cuando Él lo había impuesto como sucesor. Cuando nació hacía años que la guerra de los continentes había terminado. Europa, otrora dueña del mundo, estaba deshabitada. Ni aves, ni flora. La humanidad se había refugiado en el continente nuevo y a los hombres, por una simple operación quirúrgica se les arrebatava del cerebro la glándula de la personalidad.

Ante el nuevo decreto, dijeron los sabios que no se podía realizar. Él, sin embargo, mantuvo su decisión de terminar con la especie.

-No destruiremos lo que existe, sino que evitaremos crear lo que no existe- dijo el impotente híbrido- Nacerán los niños, gozarán de su sexo, les devolveremos en su última generación su personalidad, pero serán incapaces de reproducirse y, así, lentamente, dentro de ochenta años, dentro de cien años, sin destruir lo existente, habremos terminado con esta especie cobarde y maldita.

-Nada se perderá -continuó- En el Universo marcharán los astros y pasará el tiempo; volverá la tierra a no verse torturada por el arado, ni los animales uncidos al yugo...

Quería superar a su instinto, nuevo Luzbel, ser más que Dios. Éste, según las escrituras, había creado el dolor y Él lo destruía.

-“Ganarás el pan” - había dicho aquél.

-“Dormirás eternamente” - decía éste.

La humanidad había surgido con la terrible tara de perpetuarse y a ella estaba supeditado todo esfuerzo. Miles de años habían pasado, tratando inútilmente superhombres, de modificarla. Solamente habían conseguido avanzar por la senda del progreso, espiritualmente continuaban tan bárbaros como en los primeros siglos. Fieras con el estómago lleno, rumiaban tranquilos, recitando poesías y creando ídolos; pero cuando el frío o el hambre hacían su aparición, volvían a ser tan bárbaros como antes...

Se asesinaban los hombres y se vendían las hembras para cumplir el precepto de “Creced y multiplicaos”. Se renunciaba a los placeres y se amontonaba la riqueza -en épocas de paz- para los hijos “que vendrían”. Se llegaba a más: las hembras se masturbaban para dejar a los hijos “que llegaran”, un nombre inmaculado y conseguir a la vez el hombre que las mantuviera.

Todo, norte y sur, malo y bueno, se supeditaba a llenar los intestinos y a lo que iba a existir, a lo que iba a ser, a lo por venir. Todo se regía por la maldición: “¡Conservad la especie!”.

Y por primera vez en la vida de la humanidad, un ser habíase liberado de ella. Habíase liberado del más primitivo de los instintos, de la bestialidad de los animales y especies; de la lucha por germinar en la sequía y parir en el dolor.

La vida no había creado jamás un ser feliz, porque no era felicidad el minuto de los veinte años, ni el espasmo de la hembra. Humanidad sin esperanzas, ciega, sin fe, con nortes que se sabían falsos, decidió destruirla, negándole el poder creador.

-No se crea; ello es todo - dijeron los viejos, los que no podían cuajar en ningún ovario, y los jóvenes, que carecían de la glándula de la personalidad, de la rebelión. Se adaptaron a la nueva teoría, aceptaron con fatalismo humano el precepto nuevo. Llevaron sus hijos al laboratorio del Estado, a medida que nacían.

Se construyeron laboratorios esterilizadores, hasta en los rincones más apartados del Continente Nuevo, ya que desde el año de oro, aquel

en que se habían vencido las enfermedades, habían desaparecido todos los edificios en que se curaba.

Los primeros años todo siguió su curso y los efectos de tal medicina sólo empezaron a sentirse cuando ya hacía tiempo que El Grande era una momia de cera, conservada en un sarcófago de cristal frío. Conocedores de su suerte, habían perdido el estímulo, inútil ya, de mejorarse. Nadie reparó su casa y poco a poco fueron paralizándose las fábricas, quedaron detenidos los trenes, dejaron de volar los aviones, no se terminaron los preparativos para construir el cohete que los llevaría a la Luna, y cuando el último niño fue esterilizado, se desencadenó una ola de lujuria. Se olvidó el cultivo de la tierra y el dinero perdió su valor, las policías se disgregaron y quedaron abiertas al viento las aulas. Las ciudades se fueron deshabitando, la humanidad llegó al bosque, buscó la orilla de los ríos y se creó el derecho de la fuerza.

Inutilizados por el tiempo, los explosivos de las armas automáticas, empezaron a disputarse a arma blanca, los mejores lugares de pesca y los pastizales donde frecuentaban los rebaños nuevamente salvajes. Se olvidó el fuego y surgió la razón del músculo. Mataron a sus hijas, asesinaron a los débiles y les robaron sus tiendas y sus hembras.

Para subsistir, en algunas regiones llegaron a devorarse los unos a los otros.

Nada de lo creado por el hombre es exacto. La probabilidad se había cumplido. La máquina había, en millones de veces, fallado una sola. Perfecta creación humana, fue inútil ante Natura, cuando en aquella gruta, asediada por fieras hambrientas, audaces ante la cobardía del compañero que las contemplaba, la mujer sintió que algo se movía dentro de ella.

-¡Es la vida!- dijo. Y el hombre, animado por el instinto, triunfador de nuevo, tomó la lanza y el cuchillo enmohecidos y persiguió a las fieras, dándoles muerte.

Se sintió en el bosque de la montaña un cántico olvidado por aquellos, sus moradores y un grito de guerra, de distinto sonido gutural, que atrajo a las hembras.

Ellas, guardadoras del don de la vida, como sacerdotisas de lo eterno, llegaron de todos los ámbitos del continente, para ser fecundadas, depositarias de la vida, aún con su amenaza de la muerte. No les importaría que sus entrañas se desgarraran todas, si a través de ellas se perpetuaba la especie.

Se construyó para la parturienta una choza, y, como nuevo Salomón, el hombre tomó para sí a setecientas concubinas, entre las más bellas que hasta él llegaron. Se domesticaron las bestias y los hombres de nuevo fueron esclavos. Sonó el látigo y marchó el arado, roturando la tierra nuevamente virgen.

El dolor -¡oh, hombre!- será tu más fiel hermano.

El dolor será eterno...



Se domesticaron las bestias y los hombres de nuevo fueron esclavos.
Sonó el látigo, y marchó el arado...

Cuando Ego, oprimido por la angustia de la pesadilla, despertó en la cabina del rico maderamen de aquel trasatlántico que lo llevaba a Europa, tomó con ambas manos la jarra-termo de agua que calmaría el ardor del alcohol ingerido la noche anterior y la bebió con deleite. Con deleite de despertar de borracho.

Miró en derredor y todo estaba en desorden. El espejo de pronto fotografió su rostro de niño y proyectó la película de su cuerpo desnudo, sobre la pantalla brillante del azogue. Se contempló con deleite casi femenino. En su cuerpo de dieciocho años, asomaba el atleta, el macho fuerte que sería en su vida. Sonrió pensando que ya con ello tendría un diez por ciento de razón. Y recordaba cuando, apenas de diez años, venció en las peleas del colegio, erigiéndose en cabecilla. Recordó cómo lo miraban las jóvenes y las viejas. Tenía la boca pastosa y hacía horas, por el reloj, que había amanecido...

Desde afuera, a través del ojo de buey, llegaba la canción del mar y la vibración de las turbinas. Al asomarse le pareció que el barniz de las olas tenía destellos de recién pintado. Al olor de la cabina se enredaba el perfume de las flores condensadas en los frascos, y el de los crustáceos adheridos al casco del barco.

Verde y azul el mar. Azul y verde el cielo. Blancas las nubes y blancas las crestas de las olas. Policromía de paleta marina.

Jadeaban en carrera interminable las máquinas. Jadeaban echando vapor o agua hirviendo por cientos de orificios.

Llegar significaba prepararse a partir -pensó Ego-. No detenerse nunca, no parar jamás. Su contacto con el muelle tiene algo de los amores de su tripulación. Como ellos, tiene el idioma internacional de banderas y canje de dinero. Señales por libras.

Como pueblo, un dictador: el humor del capitán. Como historia, la de los hoteles; sin principio ni fin. Historia de amor y dolor. Historia de la vida. Historia que nadie ha escrito y menos quisieran leer. Fugas, traiciones, renunciamentos, venganzas y como una flor de cactus en el desierto, como motivo para aferrarse a la vida: esperanzas.

El barco es una roña de la tierra desprendida hacia el mar y es también jinete que lo ha domado y va y viene sobre sus olas.

Los puertos son las noches de su vida y los muelles de su lecho...

De pronto un nombre se cruzó en su memoria: Marcelle...

-¡Hija de...!- exclamó con rabia.

Volvió al lecho como para hilvanar mejor el recuerdo. Tocó el timbre y casi instantáneamente apareció el camarero.

-Grappe-fruit, ginger ale, agua...-pidió.

Se resistía a recordar lo pasado la víspera. Era increíble. Sin ser un Adonis, y él lo sabía, tenía el encanto de su virilidad prematura. Sus cabellos eran negros como sus ojos, ensombrecidos por grandes pestañas. Su mirada, penetrante, cínica, como él había descubierto que gustaba a las mujeres. Su estatura sobrepasaba la normal y su mayor debilidad era exhibirse en traje de baño. Tenía la boca fresca, dientes blancos y parejos y una piel mate, pálida, desteñida. Tenía más aún: esa audacia con que se vence a las hembras.

Sencillamente era inexplicable. Sinceramente, le faltaba mucho por aprender en la vida...

Cuando se encontró con Marcelle a bordo, de regreso ésta a su patria, se dijo:

-Es la mujer de mi travesía.

Y con una seguridad absoluta, empezó a cortejarla. La miró fija y profundamente, cuando ella le dijo que era un chiquillo y durante dos días "flirteó" con otra, hasta que una tarde hicieron las paces.

Se realizaba a bordo la fiesta del bautismo, esa tarde, en que ella le dijo:

-Cenarás conmigo.

Después el roce del baile con sabor a África, el alcohol y el calor terminaron la obra.

Se desparramaban las parejas por cubierta, cuando ella le murmuró al oído:

-Ven a mi cabina.

Y él, ingenuo, vanidoso, quiso exhibir su conquista por las pasarelas, llenas a esa hora ya, de borrachos y hembras en celo.

-Un momento más -insistió él, cuando ella imploró nuevamente.

-Ven... vamos... quiero ser tuya entera, esta noche... Nunca sentí tantos deseos... agregó mintiendo.

¡Si estaba tan segura!... ¿Una botella más?... Era tan hermosa esa noche... Aguantar el deseo era un placer que recién descubría. Sentía en el pantalón tirante, la potencia de su virilidad...

Habían cerrado ya el bar. Sobre cubierta se escuchaba una mandolina que acompañaba una canción portuguesa:

"Fado, fado, fadinho
de minha terra..."

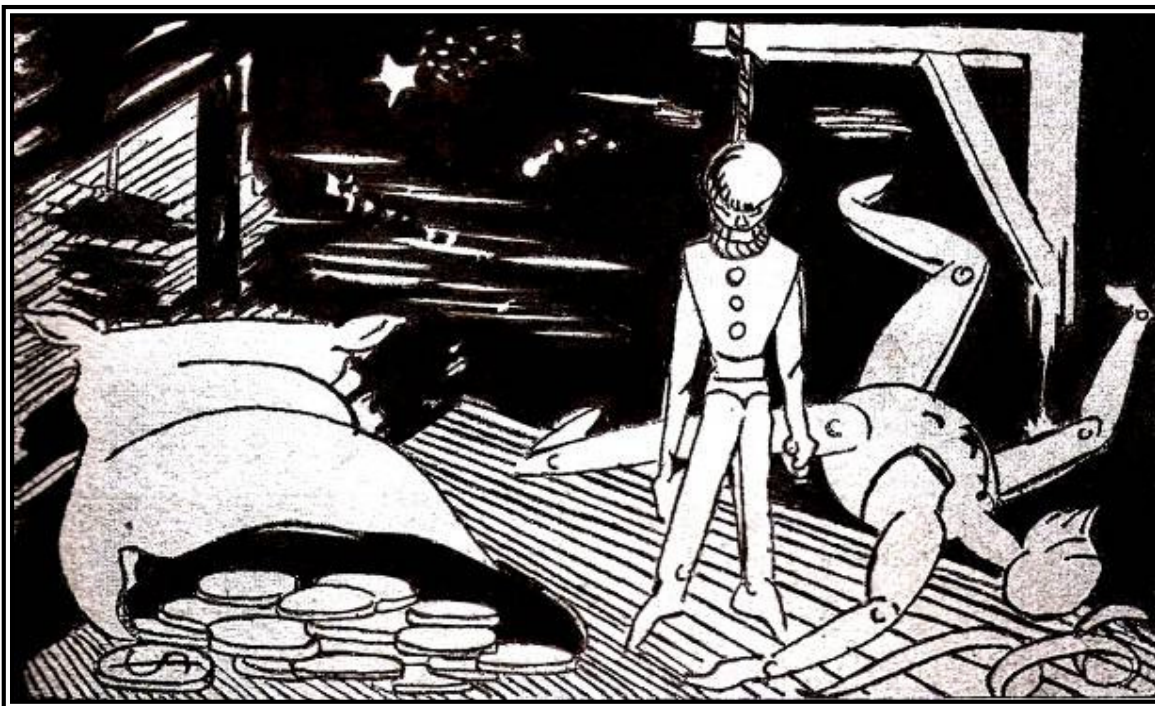
Cuando regresó con la botella de champagne, ella conversaba con otro pasajero.

-¿Nos acompaña usted?- invitó sin advertir que en la mano de aquél había una pequeña mandolina.

Bebieron y cantaron. La luna, cansada de escucharlos quizá, pegó una zambullida tras una ola. Él fue a buscar más champagne. Cuando volvió, los marineros lavaban la cubierta.

Corrió por todo el barco buscándola y terminó bebiéndose solo la botella, y jurando ante la moneda áurea del sol que surgía:

-Sé testigo, astro rey, que si la vida me da hijos, ellos tocarán la mandolina, quieran que no!...



CAPITULO II

Ego podía haber sido un hombre feliz y bueno, si su padre no lo hubiera hecho millonario. La fortuna le permitió disfrutar de todos los juguetes que los niños desean y por ello sus Noches Buenas fueron más tristes, ya que los Reyes Magos, a pesar de ser reyes y magos, no podían brindarle juguetes nuevos. Las diferentes institutrices habíanle enseñado varios idiomas y lo habían masturbado desde muy niño. Nada se le había negado a su capricho.

Más tarde, colegial, sus maestros se doblaron a la dádiva de la madre generosa y ante su propio asombro, fue siempre el primero de la clase. Los fines de curso no tenían para él otro objeto que le llenaran el pecho de medallas de latón y las manos de diplomas que él canjeaba por caprichos costosos y raros.

Adolescente ya, las sirvientas numerosas de la casa, abrieron las piernas y buscaronlo, para calmarlo unas y para satisfacerse otras, su miembro aún adherido al "frenillo". No recordaba a qué edad había comenzado aquello; pero estaba en su memoria patente el deleite, cuando la "fräulein" lo hacía acostar, en las horas de la siesta, con la nena de la casa vecina que, a invitación de la misma, lo acompañaba a jugar, desnudos, llegaban a la posesión completa contra Natura, como la "fräulein" les había enseñado.

Sus numerosos amiguitos jugaban en su casa, prestándoles los sables y uniformes, siempre que lo nombraran capitán. Con tal motivo ordenaba a las "soldaditas", esconderse en los sótanos de la calefacción, para ser tomadas "prisioneras" por él, a cambio de condescendencias en especie.

Muchas de ellas ya se habían casado; formaban parte de lo más selecto de la ciudad, habitaban la Avenida de los Palacios, eran respetables mamás, integraban comisiones de beneficencia, controladas por el Estado y el clero...

Cuando a los doce años contrajo su primera blenorragia, en una de sus primeras escapadas nocturnas a los cafetines donde se bailaba, ubicados en los jardines que bordean la ciudad, sobre el río barroso, símbolo de lo grande y de lo feo, no se explicó el disgusto y la riña con su padre.

-El que sufro soy yo, cuando me curan y orino -le dijo con violencia-, no tú...

Y su padre, gran colonizador de las tierras inmensas y deshabitadas de aquel país, por primera vez se impuso; trató de imponerse, condenándolo al destierro.

-Irás -le dijo- a la más lejana de mis estancias y te harás hombre de bien.

Sin embargo, no se cumplió la sentencia. El compartimiento del tren que debía ocupar partió aquella noche vacío.

Había ocurrido sin quererlo. Cuando la víspera fue a dar su adiós a aquella francesita, diminuta y rubia, de senos de colegiala y boca amplia y carnosa, ella, recostada en la cama, debajo de él, le imploró:

-No te vayas, mi niño... me moriría de pena sin ti...

Sinceramente, honestamente, él sólo había ido a despedirse. Sin medios económicos, pues el padre había sido claro y terminante, sabía él que no podía pretender subsistir en la urbe.

-Casualmente -agregó ella- te había preparado para hoy este regalo, como presintiendo tu partida...

Levantóse de debajo del muchacho y mientras corría hasta el borde de la media, por su muslo magníficamente torneado, el semen tibio pero infecundo, de sobre el "toilette" que adornaba el amplio dormitorio de lujo y gusto chabacano, dormitorio de nuevo rico, donde ella recibía a sus amigos y ganaba sus brillantes, tomó un estuche. Dentro de él se destacaba una cigarrera de oro, con una dedicatoria en su interior: "Para que no olvides jamás que te he querido. Esmeralda".

La moral -dijo ella- no existe a tus años. La moral la crearon los viejos para engañar a los jóvenes. La moral puedes emplearla en una corta etapa; pero no puede llenar tu vida: Tú no puedes ser un faquir del espíritu, ni convertirte en un profeta de la moral... Déjala a los impotentes. Es un arma de los hipócritas. La moral es la mentira de los incapaces. La crearon los hombres con el vientre lleno, en la caverna o en el "harem", para asegurarse la fidelidad de las hembras y la obediencia de los hijos. Es como la burla de aquel rico que dijo a los pobres: "El dinero no es la felicidad". La moral no puede enfrentarse con la vida, con el deseo de la vida. Nada de lo hecho ni creado por el hombre puede ser superior a la naturaleza y la moral es su noche, te priva de toda luz... la moral es la trampa donde muere el deseo, es la sombra, el silencio...

-Por moral -continuó- gemirás atado al yugo noches interminables de deseos insatisfechos, todas las noches de tu vida. Te desviará de la luz y hará de ti un pervertido y mañana, viejo e impotente, como una venganza de la mentira que descubres tarde, la impondrás de nuevo a los que lleguen, a tus hijos y a tus nietos... Con la moral fracasarás en tus negocios y te trampearán en la amistad. Sólo existe para ti la realidad de tu vida, de tu deseo y de mi cariño... Sólo tú reconoces la belleza que encierra el temblor de mi cuerpo bajo el tuyo. ¿Qué saben de nuestros besos los viejos millonarios y caducos y sus compañeras, las patricias matronas de pechos fofos y vientres acordeonados? ¿Qué saben ellos, que todo lo compran, y todo lo venden, del brindis de nuestras epidermis? Hacen del amor una mutua masturbación y crean hijos para conservar a través de su carne que prosigue, sus riquezas... La moral no es una creación de la vida ni de Dios, pues éste no puede haberte dado un deseo y negarte el realizarlo o satisfacerlo... Cuando mañana los papeles que ante los hombres te dan vida, se hayan perdido entre la polilla del tiempo, ¿qué te habrá quedado si hoy te niegas a la vida? Los héroes auténticos nunca tuvieron estatuas. Pasarás por la zaranda del tiempo, como un minúsculo e imperceptible granito más de arena. La vida misma no existe, enfrentándola al universo y al Infinito...

-Sólo este minuto, mi niño, el minuto de la carne, el minuto del placer -continuaba diciendo ella-. Mi vientre es tuyo, como mi boca, como mis pechos. Toma, disfrútalos, une tu espasmo al mío... despójate de las vestiduras que te impiden el movimiento, apaga los cirios del templo y corre junto conmigo hacia el sol, hacia la luz... Recuéstate sobre el lecho y que mis nalgas dejen en él, modeladas sus formas. Deja que mi calor quede en las sábanas, aún después, mucho después, de mi partida... Deja que arrugadas se manchen de vida...

Recordaba cómo habían cambiado aquellas palabras la ruta de su vida. Los días y meses de deliciosa embriaguez, junto a aquella muñeca quince años mayor que él.

Huyendo del padre, tomaron rumbo al norte. Viajaba con pasaporte falso y como sobrino de ella. Gustaron de las playas doradas de Miami, del verdeselva de Río, de las ciudades dormidas del Perú. Tenía diez y ocho años cuando se separaron. Fue en La Habana. Ya había en ambos quizá el hastío del matrimonio. El amor, como la máxima belleza de la vida -pensó- debe ser algo breve, fugaz. El amor es la pasión de la carne, que también cansa y se aja. Es la chispa producida por el choque de dos polos. Ilumina unos instantes y sólo es eterno cuando la muerte se cruza a su reflejo... Cuando el amor perdura a través de los años, es costumbre, es piedad. La causa de su muerte, es la rutina, igual, monótona, sin variantes. Es la mucosa demasiado conocida por la otra. Son la piel y el olfato hastiados por la costumbre. Es el roce conocido, la voz, las alegrías o enojos siempre iguales. El gusto de ciertos platos; siempre los mismos,

conocidos y familiares, que envejecen con ellos. Es la familia, con un solo pasado y un siempre igual porvenir. Es el parto del tercer hijo, sin el encanto ya del primero... Se conoce su dolor, su alegría, la rutina del sarampión y la escuela. Es la salida y llegada del marido a la misma hora, durante meses y años. La rutina corroe el corazón, la monotonía es su enemigo, afloja los nervios, mata la esperanza, carcome el alma.

El amor es bulla, no quietud; lágrimas o carcajadas, nunca sonrisa.

El amor tiene alma de buzo, que busca un barco que no naufragó...

-La naturaleza, tanto en la mujer como en el hombre, está contra esa rutina que amenaza a la especie -continuó cavilando- quizá lo perfecto fuese que cada hijo tuviese un padre distinto. La selección por el mismo instinto... La selección libre, por la mujer, que por nuestra moral está formada por un 51 por ciento de prostituta y un 49 por ciento de madre; pero en un 100 por 100 de hembra. La misma coqueta que generalmente es frígida, y por lo tanto, casta, y solamente se conforma con ser deseada, no es sino una prostituta cerebral. Quiere saber "cuánto pueden pagarla", aunque ella no se venda. Su tasación no se basa en especies, sino en ideas. Saber cuántos y cómo la desean... Mujeres que sólo tienen uno o dos hijos en su matrimonio, darían vida anualmente si pudieran seguir libremente su instinto. No quiero con ello pensar que no amen "espiritualmente" a uno determinado. La mujer puede ser "fiel" a su manera, femeninamente, ya que su fidelidad no puede ser impuesta como se pretende, por las leyes sociales y divinas. Sufrirá si el ser amado, el "amigo", sufre. Pero ello no impedirá que desee ser poseída y fecundada por "otro". La mujer puede, a la vez, amar sexual y moralmente a hombres distintos... La mujer "necesita", a igual que el hombre la "variante". No existe una sola mujer que no haya engañado, espiritualmente cuando menos, a su marido, que no haya "gozado" imaginariamente con otro, el cual puede ser "cualquiera" y en cualquier instante de la vida...

Puede haber y hay una época de su existencia en que, profundamente enamoradas y "satisfechas" físicamente, rechacen con horror toda idea de "ser de otro"; pero ello será sólo durante una determinada y corta época, es decir, mientras "dura" la embriaguez amorosa, embriaguez que tarde o temprano, inexorablemente pasa, se asfixia en la rutina de las horas.

Amar -piensa la mujer en su fuero íntimo, al que al que los hombres no llegan nunca- y ser amada por varios; éste viril, fuerte, audaz; aquel de blondos rizos y mirada vaga que añora una recitación a las estrellas; el de más allá, conversador y zafado, difícil de superar en oratoria en las reuniones... entregarse a todos. Hermanarlos a todos. Darles cabida en su corazón, sobre sus

senos, dentro de su vagina. Repartirse fecunda entre los machos. Ser Matriz, Juno, Ceres, Naturaleza, Toda y Todo...

Fue en La Habana -volvió a recordar-. Fue una separación sin gestos bruscos ni notas disonantes.

-“Estaba escrito”- parecieron decirse ambos.

Ya el engaño se había producido hacía tiempo. Ella, alegando intereses, él un poco cansado y aburrido de los viajes y otro poco hastiado de esa vida en que la gente lo miraba, extraña y despectivamente los hombres, extraña y cariñosamente las mujeres.

Quizá no fue tan inmensa la pasión que despertó aquel hombre en ella; quizá -se consoló- fue algo simulado, un pretexto para separarse, para no hacer triste la partida.

La admiración que despertó en su espíritu aquél, entonces famoso escritor, fue quizá también lo que lo indujo a no luchar, a dejarlos partir.

Habitaban el mismo hotel, “Sevilla”, en la capital cubana y se hicieron grandes amigos, a pesar de que él podría ser su padre. Fue desde un comienzo un ídolo para ambos. De palabra tibia y cabellos canos y mirar profundo, tenía un rictus, cínico y amargo, en los labios. Elegantemente vestido, no alcanzaba su corte a disimular su dilatado estómago, ni sus cabellos a tapar la calvicie incipiente. ¿Qué podía haberle gustado a ella de esa ruina física? Quizá pensó rejuvenecerse, sentirse protegida por más años. Era un cambio brusco, que “físicamente” extrañaría -le dijo una vez Ego a él y éste, sonriendo, respondió:

-No se preocupe, nosotros los viejos, tenemos defensas que los jóvenes ignoran.

Michel Martin, célebre escritor revolucionario, rico y cansado, sintió también admiración por Ego. Éste destacaba ya su personalidad; no en vano había pasado cuatro años al lado de aquella mundana, de la que siempre ignoró su historia.

-Yo no tengo pasado -le decía ella respondiéndole a él-; nací, empecé a vivir el día en que tú me conociste.

Determinada su partida, regresó a la patria, añorando la madre.

Convinieron en que ella iría con Michel, se juntaría por primera vez a él, cuando su barco achicándose en el horizonte, se hiciera de juguete.

-Evítame el ridículo y el dolor de verte junto a otro - habíale pedido Ego.

Estaba aún patente la espedida sobre la pasarela de a bordo.

Para los extraños era la separación de tres amigos. Vulgar choque de manos y mentiras. Para él, el final de una etapa y la adquisición de un recuerdo.

Él la había visto, en otra época, embellecida como ahora. Transformada su mirada, más femeninos sus gestos, más excitante su sonrisa. Fue en el comienzo de su aventura...

Michel, como obsequio de partida, le entregó unas cuartillas.
-Son -le dijo- el prólogo de un libro que quizá no escribiré.
Y ella le ofreció sus labios, ensangrentados de "rouge", pero
fríos, muertos...
Tomó el escrito de la mesa de luz y por décima vez volvió a
hojearlo...

Ya que la vida lo quiso,
de hoy en adelante,
seré tan canalla
como el mejor de los hombres.

EL AUTOR.

PROLOGO

**Lector, al tomar mi
libro, lávate las manos.**

Y lávate las manos.

Tú, crítico literario, hombrecito endeble y de gafas, posiblemente, doctorado en gramática pero aplazado en rebelión y virilidad; tú, maestro en letras y prisionero de la palabra, esclavo del acento; tú, incapaz de crear o destruir el sonido o la forma; tú, lacayo de la Academia y maricón de las comas; tú, incapaz de emitir una idea que no esté supeditada a la regla, tú con alma de santurrona y meretriz.

Yo sé por lo que se te puede comprar y con cuánto placer te vendes.

Por ello, no te adquiero.

Y tú, juez, que vives la vida en el caleidoscopio de tus sumarios, desde la butaca teatral de tu estrado; tú, juez, que, a pesar de tu figura majestuosa, respetada e inviolable, orinas con dificultad... Tú, encarnación del espíritu del código y que por medalla vil trocastes tu individualidad... Tú, de rulos blancos, conciencia turbia y toga negra, podrás, amparado en la fuerza, decretar mi prisión para cobrar tu "plus valía"; pero no por ello dejarás de ser un simple perro de presa, mezcla de faldero y policía, al cuidado de los intereses de los potentados y ahítos.

Tú eres la anticipación, desde el comienzo de la humanidad, del ideal de los tiranos: el castrado cerebral.

Yo escupo sobre la fuerza de tu código, hecho por curas impotentes y millonarios cornudos.

Y tú también, matrona, que perteneces al Chorro de Leche, formas parte de las comisiones de "rifas de beneficencia"; tú que perdistes la vergüenza al obligar en la acera, a tender la mano del niño asilado, mientras vigilabas, con alma de usurera, los céntimos, desde tu lujoso automóvil; tú, que fundaste la asociación del diariero y que con el pretexto de enseñarles la armonía de nuestra guitarra, terminastes brindándoles tu clítoris flácido y sucio; tú, que obsequiaste bacinilla de plata para uso del legado papal y que, amparada en tu fortuna, pusiste botellas rotas sobre la pared de tu vida, que hoy salto; tú no entrarás en el reino de los cielos, no llegarás como Magdalena hasta el Cristo, andrajoso y mugriento...

Tú, político, señor de la promesa, caballero de la patada, profesor de la mentira y geómetra de la curva, prestidigitador con alma de clown, animal invertebrado y de gelatina, que tienes la productiva cualidad de adaptarte a cualquier recipiente o molde, hueles mal, tienes lúes en el alma y pus en el cerebro...

Tú, “niña bien”, que utilizas tres apellidos y solamente mereces, quizá, llevar el de tu madre; tú, bartolinítica por culpa del mucamo; tú, que arreglaste con tu padre gobernante el examen prenupcial del futuro cornudo de tu marido, evadiendo el mismo; tú, nieta de legisladores y sobrina de jueces; tú, ex abortiva y millonaria; tú, que crees en el derecho de la mujer y pretendes la igualdad ante los hombres; tú, que ante la compañera del internado quisiste ser macho y no supiste frente al macho ser hembra; tú, deberías haberte ahogado, antes de nacer, en un lavaje de “bidet”.

Tú, deportista “amateur”, moderno engendro, mezcla de caballo, toro, galgo, pez o imbécil; tú, que quieres superar al animal a toda costa, eres el único que tienes tal derecho.

Y tú, inútil espermatozoide, jovenzuelo aristócrata, nieto de prócer, cuya riqueza tuvo por origen el bandolerismo de las arcas públicas junto con el estupor consentido del emigrante millonario; tú, mestizo de alma, paralítico mental que digieres hacia arriba, no debías haber cuajado en ninguna matriz, ni haberte escapado de ningún testículo.

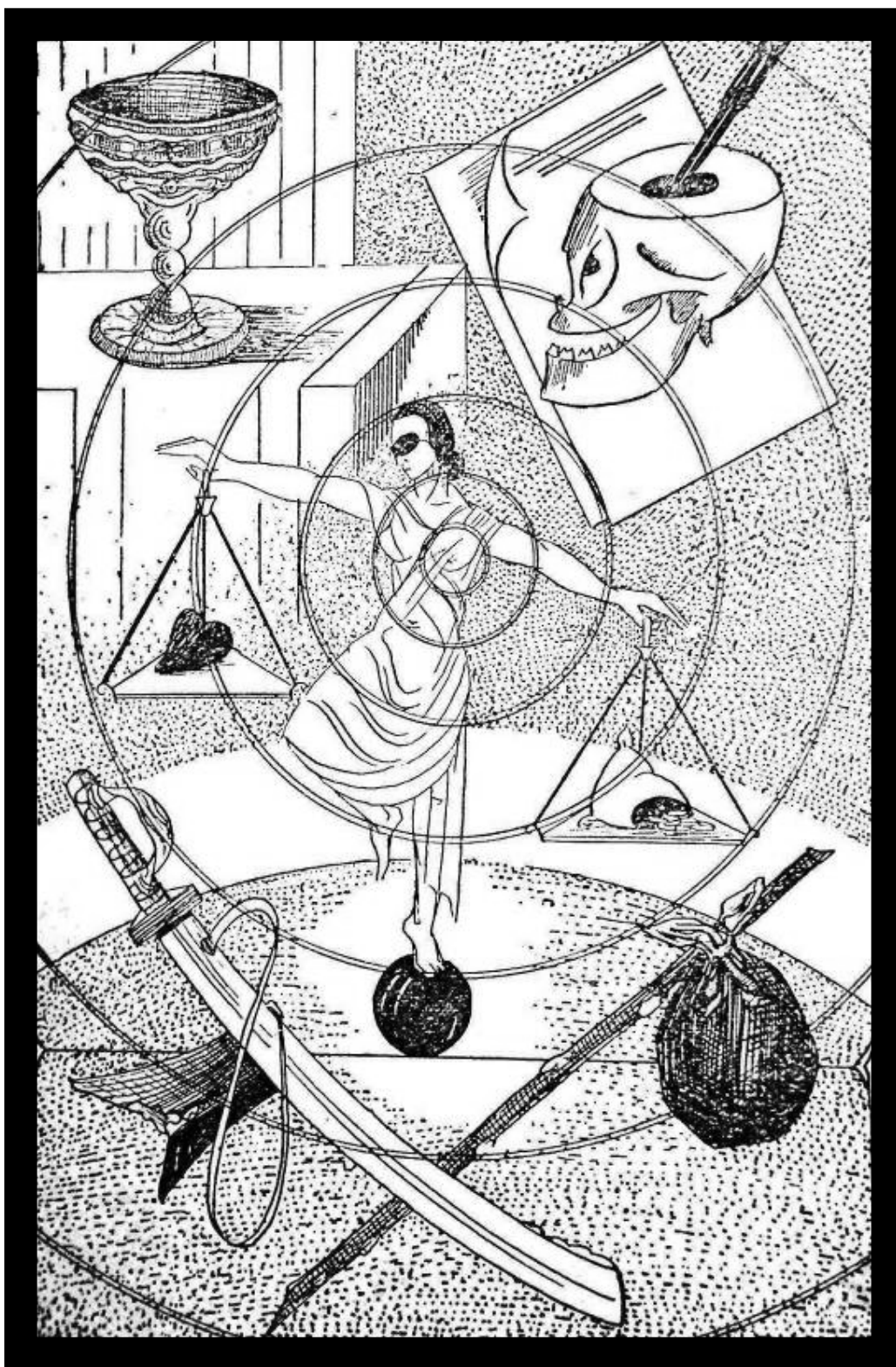
Pasó unas cuartillas y tomó la dedicatoria.

Para ti, vagabundo, señor del mundo y dueño de los caminos. Para ti, obrera de pelvis ancha y senos flácidos, para ti, que no tuviste leche con que amamantar a tu hijo, porque los campos estaban yertos y el señorito se cobraba tu esquivéz de moza; para ti, que no conociste otros juguetes que las poleas de las fábricas. Para ti, linyera, para ti, prontuariado social.

Para ti, campesina y obrera, Sorgo de Alepo...

Para vosotros escribí este libro. No lo guardes, camarada. Tu mochila necesita ese espacio para el pedazo de pan que posiblemente te darán en la próxima puerta. Deja este libro frente al sol, expuesto a las lluvias, para que, como un pene, penetrando y disolviéndose en la madre tierra, sea simiente para un mundo, en el que no exista el linyera que tú llevas en tu físico y yo en mi espíritu. Déjalo para que las tempestades le den sepultura, como las tempestades de mi espíritu le dieron vida.

Déjalo a la vera del camino, que es mala compañía para un rebelde, otro rebelde...



Tú eres la anticipación del ideal de los tiranos: el castrado cerebral.

El gong de a bordo, con sonido de templo hindú, llegó lejano hasta él, anunciando la primera llamada de la tarde. Parecía una llamada de convento tibetano, invitando a la meditación. Ese arreglo de cuentas con el pasado, agregado al fracaso de su aventura de la víspera, habíale dejado áspera el alma y rabioso el corazón.

En una contracción muscular saltó del lecho. En el baño de ducha correspondiente a su cabina, giró las canillas y la flor inundó de agua el piso, corrió por su cuerpo y su rostro, produciéndole su frescura un ligero espasmo en la piel.

Tarareó una canción y pensó en alta voz:

-Alguna vez debo perder...

Llegó el peluquero a la hora de costumbre, y después del ritual entre el sirviente y el patrón, conversaron de las novedades. De las novedades producidas a bordo.

-Parece que fue brava la noche- dijo el barbero.

Y continuó explayándose con deleite de solterona, en la chismografía de ese pueblo pequeño que es un barco.

-Es bonita- comentó Ego, cuando aquél nombró a una de las pasajeras.

-Es más que bonita -refutó el fígaro- ; el marido debe de estar orgulloso...

Y agregó:

¡Qué suerte tienen algunos hombres!... recordando, quizá, la mujer que le tocó en suerte, la esposa que, allá, en un pueblito de Francia, lo esperaba rodeada de cuentas y de hijos.

-Verdaderamente -caviló Ego- ¡Qué suerte la de aquel hombre!

Se le presentaba de pronto en la memoria, simultáneamente, la misma figura, en diferentes trajes y actitudes.

Era de aquellas mujeres a las cuales la mayoría de los hombres se conforman con admirar, sin comprender que, de materia y barro, también se rigen a impulsos de su sexo, regulado por la temperatura ambiente, por su abstinencia o por las exigencias de sus glándulas.

Rubia, blanca-rosa, con un color de ojos indefinido, de tonos cambiantes, más bien alta, casi delgada, la había contemplado varias tardes en la pileta, deleitándose con sus formas, descubriéndole, en sus armoniosos movimientos de natación al borde de la malla, junto al nacimiento del seno, un punto negro.

Mientras ese lunar esté cubierto -dijo él-, está vestida. Tiene la intimidad del sexo.

Sonrió, recordando la poca gracia que le hizo a su "flirt" el comentario. Las mujeres son, por naturaleza, rivales entre sí. Nada más sincero que el odio de una hacia otra. Cuando una mujer encuentra bella a otra mujer, es

que ha dejado de quererle, interesarle o convenirle. La amistad femenina fue una cualidad de las Amazonas.

Sus ojos no se habían encontrado durante el viaje. Ocupado Ego por su aventura y siempre ella acompañada por el que hacía de tal o era efectivamente su marido, había resultado para él un bello “bibelot”, visto a través de los vidrios de un escaparate; “bibelot” que no se adquiere por dinero y que solamente puede tocar por azar en la tómbola de la vida.

Era arriesgado. Pero... ¿y con trampa? –pensó. Tan alegre lo puso aquella idea, que despidió al barbero, duplicando la propina diaria, excusándose ante sí mismo con el pretexto de no tener cambio.

–Esta misa bien vale París –se dijo, mientras terminaba por vestirse-. Debe ser la mujer de mi generación.

A medida que se acercaba al bar, trataba de abandonar su idea.

Joven, más que bonita, casada con un hombre de fortuna, además de bien parecido, era tentar el fracaso, en el mejor de los casos, arriesgar un cambio de golpes.

En aquel salón, cortado por alto mostrador, estaba toda la mentira que forma la humanidad: trajes, rostros y frases. Cada cual con una cueva en lo más sinuoso de las circunvoluciones de sus cerebros a los que muchos no se atrevían ni a llegar. Cada cual corroído por una ambición, guiado por un deseo, alentado por el odio.

En medio de la diversidad de colores, destacados por las luces, y entre el bullicio provocado por el alcohol, estaban varios de sus momentáneos amigos, y también, junto al pasajero portugués, su rival afortunado, encontrábase Marcelle.

Estaba seguro de que al saludarlos con la mano, debía habérsele llenado el rostro de sangre. Tuvo un instante de incertidumbre, de vergüenza, y, como un beodo, deseando un segundo de tranquilidad para reaccionar, se acercó a una mesa, entre las que había una cara conocida.

Charlaban sobre el tema de la llegada. Faltaban solamente tres días para entrar en La Pallice. El mar continuaba calmo. Alguien lo invitó a un “bidou”. Jugaba abstraído, pensando por momentos en levantarse y arriesgar unos golpes con el portugués. Al segundo “whisky” estuvo a punto de hacerlo; parecíale que toda sonrisa era provocada por el conocimiento de lo acaecido la noche anterior. Un movimiento entre los ocupantes de su mesa, lo detuvo. Llegaba a ella el matrimonio que había embargado sus pensamientos, hacía un momento. Al ser presentados, él insistió en conocer su pequeño nombre. Habitado el marido, a que galanteasen a su mujer, no le dio importancia, al vislumbrar la edad de Ego. Así, supo que se llamaba Alma; sus abuelos, le dijo ella, habían sido montañeses. Tenía una voz opaca, grave, contraste maravilloso con su figura de Tanagra.

-¿Calabazas?- le preguntó refiriéndose a su fracasada aventura, al no verlo, como de costumbre, con la misma compañía y haber notado a ésta, durante toda la tarde, junto a su nuevo flirt, el pasajero portugués.

Su profundo conocimiento del alma femenina, agregado a su intuición, le obligó a ser franco. Y, a media voz, tratando de hacer la conversación incomprensible para el resto de los ocupantes de la mesa, aprovechando el bullicio, le confesó su fracaso.

-¿Lo lamenta?- le preguntó Alma.

-No espiritualmente... pero no olvide que apenas tengo veinte años -mintió Ego, sabiendo que esa era la edad que representaba. Ella, enrojeciéndose, buscó cambio de tema. Así supo él que la nenita que los acompañaba en el viaje, era su única hija. Que era suiza alemana, que había nacido entre los pilares y nieves de Saint Moritz y que después de haberse casado, habían ido a visitar las propiedades de su marido, nativo de Cuba, y que habían pasado en las mismas, donde nació Vida, su hija, por espacio de tres años.

-Yo me llamo Ego- dijo él al escuchar el nombre original de la hijita de Alma-. Hay personalidad en el nombre de los tres- agregó.

-¿Personalidad en nosotros o en nuestros padres?- respondió ella.

-La belleza no necesita personalidad. Cumple su misión en la vida- rectificó.

-¿Una misión animal?- interrogó Alma, sonriendo.

-La más bella -dijo él- y la única que vale la pena cumplir.

Ella intervino en la conversación general y al levantarse de la mesa, accedió a su pedido, en el sentido de verse todos en el salón, después de la comida.

-Faltan solamente tres noches -pensó Ego, mientras le servían-. Tendré que continuar esta amistad en tierra...

Era una hembra maravillosa, digna de él. Una hembra que justificaba toda canallada, todo sacrificio. Se la imaginaba, excitada y un momento íntegramente de él. ¿Qué sabor tendrían esos labios prohibidos y quizá puros? Puros porque el matrimonio no fuerza a mancharlos, ni marcarlos. El matrimonio es la venta legalizada del amor, y que, como toda consecuencia, sólo deja una simple dilatación vaginal. No se puede, en amor, determinar un día para entregarse. La posesión no puede ser legislada. Ésta se produce cuando la hora lo manda y no a la hora que se manda. Está reñido con el análisis médico pre-nupcial, está reñido con los funcionarios y no precisa de firmas ni de promesas, menos de obligaciones.

No sabe de bendiciones, porque ya de sí es bendito... No recurre a una marcha determinada, porque ya de sí es música, no precisa de flores, porque él mismo es flor, pimpollo, capullo por abrirse.

La sociedad cree afirmarse en su marcha sobre esa mentira. Asegurar las consecuencias del mismo y mantener, por lo tanto, su estructura actual. Pero todos los que tuvimos veinte años, sabemos de esa mentira. Muchos no nos hemos detenido a su llamado, y hemos preferido que el cincel del tiempo nos esculpiera el alma, haciéndola un "tabú". Nos asusta lo desconocido, las consecuencias de un acto así; pero no nos horroriza ese amor legalizado y grotesco, digno de cabañas y de haras.

Serás sano, sin importar que ella lo sea, traerás alimentos a su casa. Reconocerás sus hijos, y si mañana encuentras el amor, condenado serás a la cárcel, por adulterio. Tus hijos de amor, no tendrán derecho ni a tu esfuerzo ni a tu nombre, no tendrán ni derecho a tu camino, ni a tu defensa. Vivirás hasta la muerte, junto a aquella que en amor no supo entregarse y sí venderse. Y si te rebelas, expulsado serás del seno de la comunidad, excomulgado por la religión y despreciado por los tuyos. De nada te valdrá invocar tu ignorancia de vida, tu juventud y la falta de burdeles.

El matrimonio es la carrera de la mujer; pero no es la meta del amor.

El matrimonio es una penetración física, no espiritual. Legalizarás tus hijos con la amada raptada, pero ya no claudicas ante las formas, sino que cedes frente a la paternidad. Entregas armas a los que llegan, para su igualdad en la riña por la vida.

Se puede ser, y se es, virgen en el matrimonio. La materia es el crisol donde se funde el amor. Un roce de mucosas o una dilatación de orificios no implica la forzosa conmoción del espíritu, y menos si ésta es organizada por la comunidad o forzada por la necesidad.

-Esos ojos claros no han amado aún -se dijo Ego.

Desde afuera llegaba el silbido del viento, enredado en los mástiles, de los que trataba de desprenderse, para seguir su ruta, cumplir también su destino. Encrespábase el mar, balanceando al trasatlántico. Las notas de la orquesta, danzaban al unísono con las olas. Las luces de las estrellas se hacían guiñadas con las de los ojos de buey.

En el comedor, amplio y lujoso, alumbrado a "giorno", dominado por un óleo de carabelas, se cruzaban los mozos, sudorosos, secándose con las servilletas destinadas a permanecer colgadas del brazo, disimuladamente, las frentes transpiradas. Constituía un verdadero arte hacerlo sin que lo advirtieran los pasajeros. Bastaba para cumplir esa "tarea", una pequeña inclinación frente al trinchante para buscar un plato.

Las mujeres mostraban sus carnes, tensas y jóvenes unas, fofas y arrugadas otras. Había señoras de senos y nalgas monstruosas, pintarrajeadas las caras y cubiertas de pulseras de más o menos mal gusto. Era algo así como una forma de imponerse a la juventud ya ida, una demostración de haberla

explotado bien, un certificado de tranquila vejez. Los senos y el vientre formaban un todo delante de ellas; y el escote del vestido dejaba ver el pliegue formado por la axila, el torso y el seno.

-¿Puede una mujer llegar a convertirse en semejante caricatura?
-reflexionó mientras terminaba su "gateaux" acompañado con vino Borgoña. Estaba alegre; alegre como cuando se comienza un camino, alegre como al principio de alguna empresa.

-No... ella no podrá "hacerse" así...

Sin embargo, para desmentirlo, a pocos metros, comía un matrimonio, acompañado por la hija. El parecido denunciaba a la madre. Más de una vez, había bailado con la hija y había sentido, junto a sus muslos, los muslos duros de ella; sobre su camisa blanda, sus senos sin "soutien", tirantes en su piel; y en la mano derecha, la curva de la nalga que hacía inútil la faja.

-Sin embargo, ella no podrá "hacerse" así... - se repitió, humano.

-¿Un poco de fruta, señor? - ofreció el mozo, presentando una canasta de productos tropicales; frutas seleccionadas y heladas.

-Gracias... -respondió él, levantándose de su asiento.

Ascendió por la escalera, juntamente con otros que abandonaban la sala cambiando frases de circunstancia. Llegó al "fumoir", fue directamente a sentarse a la mesa ocupada ya por Alma y por el grupo de sus amigos.

Mesa de por medio, Marcelle bebía su moka, acompañado de licor. Al mirarla, ella le hizo una pequeña seña para que se acercara.

-¿Estás enojado? -le preguntó, mientras él quedaba de pie. Siéntate; quiero explicártelo todo. Estaba completamente "intoxiqué".

-No, gracias. Estoy invitado a aquella mesa, -respondió, señalando la de Alma. Esta se sorprendió, al advertir el ademán de él y quedóse, mirándolos atentamente.

En ese instante Ego recordó la frase de Michel Martin:

"Para conquistar a una mujer, no hay nada más fuerte que otra mujer".



La sociedad cree afirmarse en su marcha sobre esa mentira.

Por supuesto que Michel Martin, al dar aquel consejo había dado por obvio agregar: "otra mujer bonita e interesante", y Marcelle -pensó- a buen seguro lo era.

-No estoy enojado, Marcelle -añadió- ni tienes por qué disculparte. En la vida -sentenció- quien juega se expone también a perder.

-Tú no has perdido nada... contestó, mimosa.

-Tú lo has dicho: "no he perdido nada"- recalcó él.

Reaccionó ella ante la cachetada moral. Pero ya estaba en sus días "la otra".

-Esta vez te irá mejor- exclamó agresivamente.

-También es juego...

Hubo una pausa.

-Siéntate... -le imploró de pronto- pero bailaremos después. Tengo que hablarte y quiero hacerlo.

Él persistía en su actitud. Ella insistió entonces:

-Prométeme que vendrás, después del baile, a mi cabina...

-Si no pierdo esta noche -contestó sonriendo y alejándose.

A su llegada ante la otra mesa donde lo esperaban, se cruzaron algunos chistes y por primera vez se miraron Alma y él como si fuesen poseedores de un secreto.

"Los ojos son el espejo del alma" dijo alguien -pensó Ego; pero también son los de la carne.

En esa mirada de un segundo, ella lo había comprendido; él le había expresado con los ojos cuánta necesidad tenía de ella. Acababan de encontrarse en medio de aquel grupo de gente de todos los puertos, de todas las edades, de todas las morales, nivelados por sus cuentas bancarias y sus uniformes nocturnos. Quizá habían caminado por las mismas calles, habíanse acercado a un mismo tiempo a una pague. Otro de los concurrentes retribuyó la gentileza y Ego insistió nuevamente en las retribuciones, con objeto de tener a Alma a su lado hasta tanto la orquesta empezara la ejecución de bailables.

Se consumía el champagne; se alegraban los corazones y subía el tono de las voces.

-No gracias -contestó Ego a una invitación- no juego al "poker"; prefiero el baile.

-A su edad... -comentó el marido de Alma.

Sí, se dijo él; a mi edad, prefiero el "baile".

No desearás la mujer de tu prójimo -recordó. Siempre que ésta no sea bonita o no te corresponda -agregó mentalmente, con cinismo. No era religioso. No había tenido tiempo de serlo. Sus padres lo habían abandonado en manos de una servidumbre lujosa, que no trató de imponerle más que unas cuantas oraciones y el plantón correspondiente a la misa de los domingos. Músico por temperamento, habíase deleitado escuchando el órgano de la iglesia. Le parecía que todas las religiones tenían una parte buena y otra mala.

Justificaban una misión y una época. Eran un paliativo para los débiles o fracasados. Y él no era ni lo uno, ni lo otro.

Desde el balcón llegaron, alegres y bulliciosas, las notas de la orquesta de “jazz”.

-¿Permite?- preguntó dirigiéndose al marido de Alma y, sin esperar respuesta, dirigiéndose a ella, agregó:

-¿Bailamos?

Atravesaron la biblioteca; él detrás de ella, desnudándola mentalmente. Alma sintió la mirada como hubiera podido sentirla cualquier otra mujer, y reteniendo el paso, se colocó a la par de él.

Dos mujeres jóvenes escribían, en ese momento, abstraídas, quizá cartas de amor o cursis diarios de a bordo. Las cartas no tendrían otra importancia que la de justificarse ante ellas mismas, el abrazo a los acordes de la música o el “flirt” que las esperaba al terminar la danza. Tal vez fueran cartas para una amiguita o el marido. Mentiras del alma sobre el papel.

-¿No tiene que escribir ninguna carta?- preguntó risueña e intrigante, Alma.

-No tengo a nadie a quien escribirle -respondió él- y si tuviera, desde ahora, me olvidaría hasta de la dirección.

-¿Por qué “desde ahora”?

-Por lo que usted adivina... por lo que usted “sabe”...

Se abrazaron estrechamente. A los primeros compases ella trató de separarse; pero poco a poco, fue abandonándose, como en una entrega espiritual y también física.

El primer contacto de sus manos, choque de pieles, la había hecho claudicar, suprimiendo el espacio de rigor. El calor de sus cuerpos se había juntado y él aspiró con deleite el olor a limpio y a fresco de Alma. Ella aspiró el casi imperceptible aroma de la colonia, en los cabellos del muchacho. Un seno de ella junto a su pecho, el otro bajo su brazo fuerte. Adivinaba sus mamas erguidas y pequeñas, juveniles... la cintura fina, se abría de pronto hacia la nalga ancha, grupa de potranca, de hembra de pelvis ancha, hecha para recibir y para dar vida.

Sintió sobre su rostro el cabello de Alma; suave seda tibia...

Apretó la mano, trató de insinuar un pequeño cruzamiento de dedos, que ella rechazó, manteniendo los suyos apretados y repitió:

-Por lo que usted adivina... por lo que usted ya sabe...

El amor, la pasión, el deseo, son así: instantáneos. Comienzan con una mirada y hacen crisis en un contacto.

Ego no recordaba haber sentido jamás deseo igual de inclinar a una mujer. Su miembro, en un máximo de tensión casi dolorosa, contenido hacia arriba por la ropa interior, le impedía bailar. Trató de que ella no lo notara. Pero Alma al terminar la música, rogó:

-Volvamos.

La orquesta atacó entonces un nuevo paso de baile y él imploró, rogó:

-¿Bailamos?...

-Me es difícil, no lo sé...

-Yo le enseñaré -dijo, arrastrándola hacia la pista.

Cuando terminó la pieza, ya había recuperado el dominio de sí mismo. Embriagados por la música, solamente sus cuerpos habían hablado. La palabra no había interrumpido aquella misa de almas, aquel festín del roce.

Salieron a cubierta, como para purificarse ante la noche.

Perdidos en un desierto, habían descubierto, sedientos, un manantial. Sed que se saciaba en las pupilas y el contacto.

-Es usted un chiquillo impertinente y terrible -dijo Alma, como queriendo excusarse ante sí misma. En seguida, como una confesión, agregó:

-No sé lo que me pasa...

Sus pupilas miraban hacia lo lejos, en la noche ventosa y ya sin estrellas.

-No soy yo, ni es usted -murmuró él- es la vida que nos llama... Por encima de todo y de todos. Por encima de su situación y de mis años; por encima de su recato y de mi moral.

-¿Qué dice?... -gritó reaccionando, como si despertara. Cual si ese minuto de fresco viento la hubiera vuelto a su mundano dominio, añadió, riéndose:

-¿No le da vergüenza hacerme la corte a mí, que casi puedo ser...

Se contuvo cuando iba a decir: su madre. Una coquetería natural y femenina detuvo la frase. Sobre todo, porque Alma lo sabía: sus 28 años no representaban más de 22. Tenía aspecto de chicuela, de colegiala un poco canallesca, un poco audaz. Una pequeña arruga vertical en su ceño, le daba un cierto aire de desconfianza y de curiosidad.

Se acercó una pareja, a la cual Alma se aferró.

-Buenas noches -dijo a Ego- voy a caminar.

Él se quedó, apoyado en la barandilla, mirando las nubes que encapotaban el cielo. A través de ellas se adivinaba la luna.

A sus espaldas sentía caminar a los pasajeros. "Footing". Aburrimiento...

Mientras intentaba encender el cigarrillo, contra el viento, pensó en Marcelle.

-Ahora sería una masturbación... -se dijo- Algo de prostíbulo... ¿Qué valor puede tener para mí esa mujer, la que hace horas se ha entregado a otro? Entonces, ¿a qué ese deseo de tomar a Alma, que también, por lógica, se ha entregado, quizá, también horas antes a su marido?

¿Acaso por el hecho de estar legalizado, un coito no es igual al otro?

Sin embargo, no quiso confesárselo, no quiso reconocer que también estaba imbuido de prejuicios sociales; que su materia, aún aparentemente vigorosa, era débil, y su mentalidad común.

La realidad no estaba en la mayor belleza de Alma, ni en la superior posición económica. Era el atractivo de la alambrada imaginaria que la defendía; era lo prohibido, lo vedado, “la señora”. El deseo se agranda ante el obstáculo y por ello las mujeres se agenciaron el mito religioso del noveno mandamiento. Sabían ellas que lo fácil no perdura. Que lo que cuesta se guarda. El techo y la piel que las abrigaría, sólo se conquista acallando el grito de su carne, satisfaciéndose cuando solteras con las cánulas de los irrigadores y las bicicletas de asientos empinados. Ninguna mujer normal está físicamente satisfecha de su esposo. El hastío de ellos los hace a sus ojos, impotentes. Y la mujer perdonará todo, con excepción de aquello.

-¿Estaré enamorado?- se preguntaba mientras descendía la escalinata, hacia el camarote de Marcelle.

-Soy un puerco- se dijo al golpear con los nudillos la puerta sobre la cual lucía la tarjeta con el nombre de ella.

-Soy un puerco- se repitió al penetrar en la cabina.

La había poseído tres veces consecutivas aquella noche. Tres asaltos maestros y sin embargo su carne estaba insatisfecha y su espíritu asqueado. La había tomado cerrando los ojos, pensando en Alma. Cuando más se acercaba a ese cuerpo, más pensaba en el otro. Era distinta la piel, distinta la VOZ.

-¡Cállate!... -háblale rogado, tratando inútilmente de imaginarla. Así como él, harían las mujeres enamoradas, obligadas a venderse o a entregarse.

No era ese sexo tibio y húmedo; no eran esos senos de pezones erguidos, ni esa boca temblorosa y carnosa, jadeante, agitada tras el placer, no era ese corazón que sintió latir fuertemente bajo el suyo varias veces... y sin embargo, lógicamente, debía poder “reemplazar” a la otra.

La lógica, es una palabra que no existe en el diccionario del amor. Esencialmente materialista, no había sentido embargado por una emoción similar. Trataba, ya en el lecho de su cabina, de recordar lo acaecido momentos antes.

-Quédate... duermes a mi lado -le había implorado Marcelle, vencida ya.

Él había partido, se había alejado casi violentamente, sin tratar de disimular su estado de ánimo. Se había purificado, en el agua de su ducha, y había enjuagado con deleite su boca. Quería borrar todo rastro, toda impresión

que hubiera podido dejar en sí Marcelle. Había jabonado ásperamente su miembro erguido aún, satisfecho de Marcelle, pero ansioso de “la otra”.

Si amor era ese fenómeno material, palpable pero incomprensible, él estaba enamorado.

Ridículo –se rectificó- ¿Cómo puedo enamorarme de un ser que ignoro aún si me corresponde?... No... yo no estoy enamorado, sólo estoy “caliente” –agregó recordando un término de su tierra.

Apagó la luz del velador, tratando de dormirse, inútilmente.

En la obscuridad de la cabina y en su cerebro, se movía en varios cuerpos, una sola Alma.

Como a través de una fantasía coreográfica, tras una Alma que, de pie y cubierta por una pequeña camisa, estiraba sobre la pierna, hasta cerca del sexo, una media, se cruzaba otra Alma acostada, desnuda y de espaldas, vuelta su cabeza, ofreciéndole su boca, y otra más, que llegaba hasta él, ofreciendo a sus labios las dos pequeñas manchas rojas de sus senos, y otra que, parada, desnuda, sobre él, presionaba con sus talones su pene, mostrándole la maraña de vello de su monte de Venus, y otra, y muchas y cientos de Almas, en diversas poses, ya sicalípticas, ya sentimentales o artísticas, ya risueñas, insinuantes o llorosas...

Todo su ser era sacudido por un temblor delicioso, jamás hasta entonces sentido.

Encendió la luz. Estaba todo transpirado y llegó hasta el baño, donde refrescó su rostro. Calzó pantuflas y sobre el pijama de hilo blanco, se colocó una “robe de chambre” de seda negra.

La pequeña pasarela de su puente estaba desierta a esa hora. Las ventanas de las cabinas, que por el calor se mantenían abiertas. De pronto recordó que Alma, por haberla visto entrar en diferentes oportunidades, tenía el camarote uno por medio del suyo. Lo ubicó fácilmente. La ventana sobre el pasillo estaba abierta. Se detuvo asustado ante la idea; pero continuó, como un sonámbulo, mecánicamente, acercándose a él.



Como a través de una fantasía coreográfica, tras un Alma que...

Tomó inconscientemente, el andar de un ladrón; miró un largo rato la pasarela vacía; escuchó, por todo ruido, sólo el murmullo de las olas del mar, agitadas por el viento y recostándose contra la pared de hierro aún tibio por el sol de la tarde, a pesar de las horas transcurridas, miró hacia adentro.

Su corazón latía como queriendo saltar del pecho. En su cerebro se había detenido el ritmo del pensamiento. Era todo músculo, bestia. Surgía en él el “homo sapiens ferus”, el hombre de las cavernas, la fiera que desconoce el peligro cuando olfatea la hembra, rastrea el placer, que desprecia la vida para cumplir la ley suprema de la misma. Se transformó su rostro, cuando, más bien que verla, la adivinó a través de la ventana, que bajó completamente, dejando penetrar algo más de la luz del cercano foco de la pasarela.

Allí acostada, separada sólo por un tabique de hierro y madera, despeinada su cabellera, los brazos sobre la almohada, tendida de espaldas, estaba ella, Alma.

Pasó su lengua sobre los labios resecos, volvió a mirar al pasillo, y apoyándose en el marco de la ventana, elevó lentamente su cuerpo, en una flexión de atleta, dejándose caer sobre ella suavemente. Corrió la sábana que la cubría, y abriendo con las suyas sus piernas, la penetró, potente, esperando que ella terminara de despertar.

-Calla, mi amor, calla... - le murmuró al oído, recordando de pronto al marido y a la nena que dormirían en la misma cabina. Sintió ella un temblor de terror, de pánico que la imposibilitaba moverse y hablar. Movié el sus caderas lentamente, penetrándola aún más. Y continuó así, mientras le murmuraba al oído:

-Mi amor... mi grande amor...

Ella se movió. Abriéndose más, inconscientemente, quizá con la intención de acelerar el espasmo, que llegó de pronto, fecundo, exuberante, inundándola...

Mordió él sus labios hasta hacerlos sangrar y las manos se clavaron en las piernas y brazos de Alma, como en compensación a la respiración contenida durante el acto.

Ella lo empujó. Sus manos imploraban.

-¡Vete!... ¡Vete, por Dios!...

Irguiéndose, saltó sobre la pasarela, cayendo de rodillas sobre su piso de madera, mientras tras él, se cerraba la ventana.

Respiró profundamente el aire. Era como si despertara de una pesadilla o borrachera. Estaba físicamente cansado, vacío. Al alejarse alcanzó a escuchar voces quedas que salían de la cabina. Apuró el paso y llegando a su camarote, se abandonó sobre la cama. En la mesa de luz había un cablegrama. Lo tomó displicente y lo abrió. “Papá ha muerto. Regresa” -decía.

Alma había sido, en sus cuatro años de casada, una mujer honesta. Honesta, como puede ser toda mujer, físicamente. De una moral, aunque mundana, rígida, había rechazado con horror toda idea de adulterio. Amaba a su marido y a su hija, y más de una vez habíase asegurado ser feliz. Rica, joven, satisfechos por el esposo sus pequeños caprichos diarios, nada podía excusar a su conciencia un acto vil.

Y vileza era, traicionarlo. Exponer su derecho futuro, cuando, vencida por los años, podría erguirse frente a aquel compañero, y exigirle el cumplimiento del pagaré que firmara en su juventud. Su felicidad, en los años mozos, la hacía acreedora a derechos en los años viejos. Era simple y recta, quizá por muy femenina, algo coqueta. Le espantaba la sola idea de vivir junto a un ser que ha dejado de amarse y en el cual, por lo tanto, todo es grotesco y desagradable. Hubiera tenido en ese caso, la valentía de arriesgar sola la vida.

Siempre sus “flirts” se habían realizado, podría decirse, con el consentimiento tácito de su marido, o como una pequeña venganza contra alguna aventurilla de él. La confianza en ambos era absoluta.

Y sin embargo, acababa de pasar “aquello”.

Al ver desaparecer aquel cuerpo tras la ventana, la cerró bruscamente, buscando ansiosa la tranca de la misma.

Sentía unas ansias locas de gritar, arañarse y llorar. Ahí estaban sus piernas y las sábanas bañadas por aquel semen, para confirmarle que no había sido un sueño.

Medio dormido el esposo preguntó desde la litera vecina:

-¿Tienes algo, querida?

-No... sólo un poco de frío... -mintió ella en un tono de voz que la asustó.

Sintió al marido moverse en la cama y escuchó de inmediato la respiración tranquila y rítmica a la que estaba acostumbrada. Deseaba levantarse para lavar su sexo, y evitar un posible embarazo. Le horrorizaba la idea...

Sin embargo, no se atrevía. Se quedó acurrucada, temblando, tratando de “despertar”. Retiró su camisón mojado en su centro y se hizo a un costado de la cama, tratando de evitar ese contacto húmedo y ya frío.

Le era casi imposible pensar. Al recuerdo del hecho se cruzó en su pensamiento, la imagen de su hijita, que dormía en el sofá. Sintió las lágrimas que corrían por sus mejillas y trató de contener los sollozos.

Se imaginó el escándalo en aquel barco, si hubiera gritado, como ahora consideraba que hubiera sido su deber. Pero cuando despertó, él ya estaba “adentro”... Espantada al reconocerlo, había quedado paralizada. Recordaba que solamente atinó a ayudarlo en el coito, para poner término a ese instante. Detúvole la idea del encuentro de esos dos hombres, de la lucha entre ambos, de los ojos dilatados de ira ante esos cuerpos desnudos y quizá ensangrentados, de los pasajeros en ropas menores, amontonados en la puerta del pasillo. Los comentarios ante su actitud durante el baile y más tarde en

cubierta. No atinó a nada. Solamente pensó en un futuro de infierno, ante el recuerdo de su desgracia.

Valía más haber callado.

La sociedad no castiga el delito, sino la falta de precauciones para que éste se sepa. Si cuidas las formas, si evitas los rastros, podrás ser el primero de los canallas. Y si convencidos te acusan, llamarás en tu amparo a la ley, que te expedirá un certificado de decencia, sobre tu buen nombre y honor. Patente de dama o señor.

No se da algo por nada en la vida. Hasta el mismo que, aparentemente idiota, devuelve la cartera con dinero hallado en la vía pública. Lo hace pensando que así, momentáneamente, va a destacarse, que los suyos lo mostrarán como ejemplo y ello vale bien el dinero devuelto. Lo hace quizá pensando en la facilidad con que ha de poder trampear mañana.

Lo que no se sabe, no cuenta en la historia de las hembras.

-Sólo Dios... - pensó Alma.

Ella era inocente, su único delito consistía en haberlo escuchado, no llamar en su auxilio...

-¡Dios mío!...

Sentía ansias de morir. Dormir y no despertarse jamás. Incendiar el barco. Hundir todo junto con ella...

Insinuó un movimiento para dejar la cama y llegar al baño.

Crujió el elástico y despertó el marido.

-Hace calor -dijo-. ¿Por qué no abres?

-No... no... -respondió ella- tengo frío...

-Tono raro el de tu voz -agregó él, encendiendo la tenue bujía del velador y acercándose a su cama:

-¿Te pasa algo, mi amor?- añadió al advertir la cara congestionada de Alma, que trataba de sonreírle.

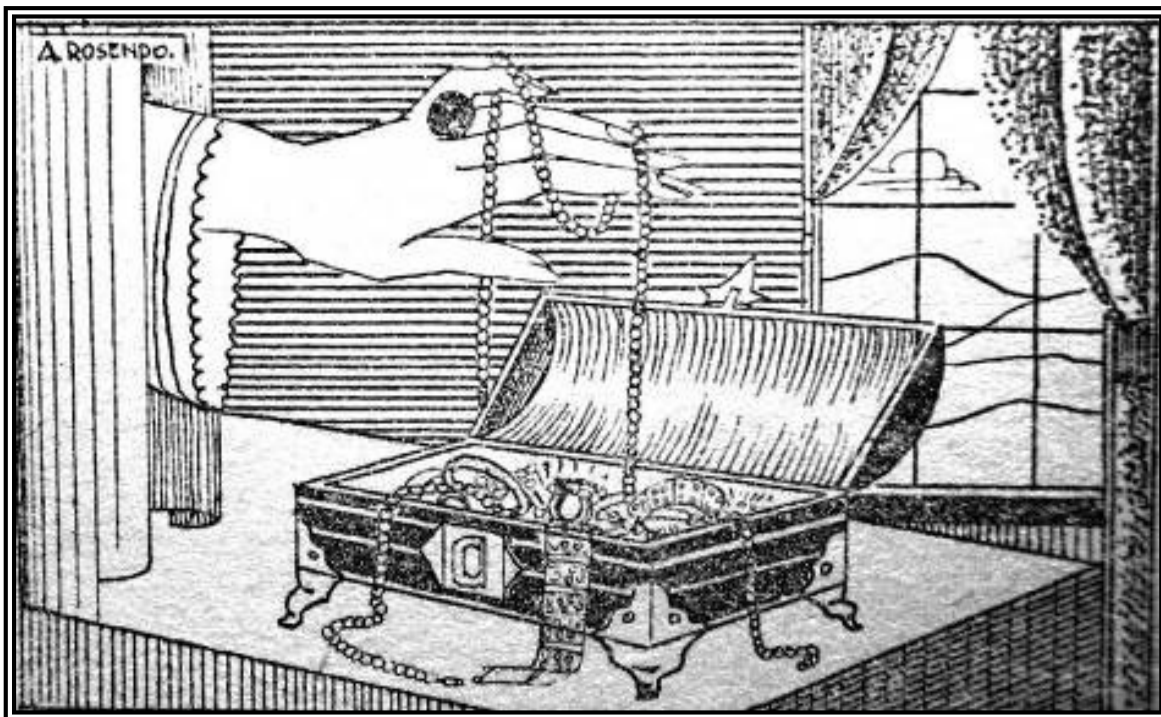
-No... es que no puedo dormir... Algo de nervios...

Él se introdujo en la cama y ella cubrió con su cuerpo la mancha húmeda de la sábana, quedando así él sobre ella. Dijo cuatro estupideces. Creyó que esa nerviosidad era deseo. El mismo rechazo de ella, inexplicable, lo excitó de pronto. Ella rompió a llorar cuando él la penetró.

-¿Por qué lloras, queridita?- interrogó él, deteniendo el coito.

-Porque la vida es una mentira -murmuró.

-No, la vida sólo es una mentira, fuera de tus brazos...



CAPITULO III

Alma Hoffman había nacido en una Noche de Reyes, en una casa cercana al funicular de Saint Moritz. A través de la ventana del dormitorio llegaban los ruidos de los trineos que inauguraban la temporada de invierno, en dirección al Palace, donde esa noche, noche de gala, las afortunadas del mundo lucirían sus mejores pieles y las más costosas alhajas.

Pedrería bárbara que hacía horadar las orejas a las mujeres que tienen el valor de su belleza, si no de su escasez. Por esas piedras, muchas mujeres habían abierto sus piernas sin deseo. Por ellas, seguían abriéndolas...

Sonaban alegres los cascabeles en las colleras de los caballos, cubiertos por un vaho de vapor destacado por la luz débil de los focos callejeros. Llegaban hasta el dormitorio las risas de los ocupantes de los vehículos. Llegaba hasta el perfume de las acompañantes.

La nieve cubría los tejados y las calles; todo era blanco y limpio porque todo estaba cubierto.

A lo lejos, las sombras de los montes de pinares y piedra. Abajo el lago helado, convertido en campo de carreras y pista de patinaje.

Acababa de nacer; empezaba a sufrir. Había llegado, se diría, con rabia al mundo, gritando desaforadamente, sucia, insignificante, indefensa.

En la escala biológica era el máximo de la inferioridad, ya que en ella solamente cuentan los audaces, los hipócritas, los capaces de huir o atacar.

Saber huir, ser ligero en la fuga es el arma de la gacela y la defensa de los insectos. En la lucha por la vida toda arma está justificada.

Muchos meses, muchos años diremos, Alma dependería de sus padres o tutores, de sus hermanos más tarde; de su marido o amante, después, y por último de sus hijos y confesores. Esclava ya, por ser mujer; esclava a la cual los hombres educarían para que se vendiera por una piel o por una joya. Esclava de la casta y religión en que había nacido.

Como auto defensa, solamente le quedaría el recurso de mentir; única arma que los hombres no podrían arrebatarse y las circunstancias le impondrían.

Habría que destruir el viejo sistema que nos llega desde el comienzo del cristianismo; hemos progresado en todos los órdenes de la vida; pero el progreso no es civilización; progreso es la radiotelefonía, la aeronavegación, el aire acondicionado. Hay que destruir, romper, demoler, incendiar si se quiere, todo lo creado hasta hoy en el orden moral, no por una necesidad de vandalismo, sino convencidos y esperanzados en que la moral que reemplazaría a la actual nos acercaría más a lo natural, a lo bueno.

Ni el juez que condena al inmoral está seguro de que lo sea. Como universitario, conoce o debe conocer historia y bien sabe que lo que ayer fue prohibido, hoy es tolerado y mañana será ensalzado.

Bien sabe el hombre del confesionario, la mentira de su prédica.

Bien sabe el hombre de las sombras, el mandato de su sexo. Bien sabe que no se calma su sangre comulgando, ni se satisface la ansiedad del niño, haciéndolo temblar bajo la amenaza del infierno. Bien sabe de la mentira de aquella estampa de la corte celestial. Bien sabe la madre que su silencio no es la respuesta esperada por la inquietud de la carne joven despierta, ni por el cerebro del niño que indaga.

Nuestra primera etapa de perfección sería destruir todo lo que según nos consta que es malo; destruir hasta nuestra historia; borrar del pasado de la humanidad, las bibliotecas, los viejos pergaminos y las mismas piedras que nos hablan de monumentos, en que cada ladrillo es la vida de un hombre. Borrar del cerebro la idea de que el hombre puede explotar al hombre y comprar la hembra. Destruir ya es una etapa; solamente los mojigatos, solamente los tímidos, solamente los hipócritas, exigirán conjuntamente la solución del problema. Ésta debe llegar como consecuencia lógica de ese primer hecho. Lo mismo que al arrasar el fuego un campo, surge de nuevo el pastizal tierno. Todo ser puede cumplir una misión, unos destruyendo, otros creando. Creando ante la necesidad de vivir.

Se le dice a la niña que baje sus faldas, que oculte sus piernas y por toda respuesta a su curiosidad, se le contesta:

-Las niñas no deben preguntar ciertas cosas.

Y con esa mentira de siglos, creada por un jesuitismo enfermizo, de impotentes anacoretas o apóstoles invertidos, debemos seguir llenando de histéricas y neuróticas, los hospitales y manicomios.

El deseo de la materia, cuando ese niño llegue a la adolescencia, no se matará. Cuando más, podrá amordazarse, torcerse, acallarse aparentemente; y cuando esto suceda, deberá ampararse para satisfacerse, en las sombras pornográficas, en la pesadilla sexual de sus años mozos, en la degeneración colectiva. Es que todos sabemos, es que a todos nos consta la mentira de aquella virgen masturbadora, cuando afirma cínicamente, “que no desea casarse, que no le interesan los hombres”.

¿Es que la virginidad, esa membrana pasada de moda y sucia, puede tener algún valor de canje en nuestra época? ¿En una época en que la cirugía estética nos transforma el rostro y el clínico nos estimula las secreciones glandulares? ¿Es posible que una mujer no se sienta avergonzada en su fuero íntimo de “no ser” mujer? ¿Es posible que siendo normal físicamente, no la lleve esta abstinencia a vicios secretos que influirán fatalmente en su futuro?

¿No está la naturaleza vengándose al darnos la lesbiana, producto del internado? ¿No existe aquella mujer desgana, de idiotas y bellas facciones inexpresivas y ya muertas, que llamamos romántica?

Todas las drogas, más aún, todas las guerras no han hecho tanto daño a la humanidad, como esa doctrina de la moral, ese miedo al sexo, ese terror al deseo.

Ahí están ellos y ellas, los guardianes de la mentira, vigilantes y alertas. Los encontramos en las playas, obligando a los niños a cubrirse frente al sol; en los confesionarios de los templos amordazando la vida; en los autores de teatro con sus obras morales de terminaciones felices; en los estrados de la justicia, en vuestros hermanos, en vuestras mismas madres, ejército sin uniforme de depositarios y custodios de vuestros orificios naturales... Ahí están. Ahí quedarán si la nueva generación no se declara dueña absoluta de su cuerpo.

-Es mío -dirá la joven- y lo entrego a quien me dicte el deseo y la vida. Ninguna ley bárbara, ningún dios asexual, ninguna autoridad paterna, podrá disponer de mis senos tersos, jóvenes y erguidos, ni de mis labios húmedos y sedientos de otros labios, ni de mi sexo, ni de mi salud, ni de mi vida... Mi cuerpo no será esclavo, por siempre jamás, de ninguna moral, de ninguna fuerza contraria a la naturaleza y a la vida...

Mujer, hermana mía, amiga mía, novia mía: ¿cuál y cuándo será ese tu día, el de la liberación?

Alberto Hoffman, el flamante padre de Alma, acababa de ser designado como ingeniero, para una subgerencia en la lejana y remota Argentina. Su viaje había sido demorado por aquel magno acontecimiento: el primer hijo, que hubiera deseado no fuera mujer y a pesar de lo cual, sin embargo, su espíritu se conformó rápidamente. Cuando pudieron marchar, semanas después, embarcaron en un viejo trasatlántico y economizaron de esa manera, unos centenares de francos sobre lo asignado para los pasajes. No eran

ricos; por eso ellos habían aceptado contentos aquel destino tan lejano de sus montañas natales. Llegaron a Buenos Aires y pronto conquistaron afectos y aumentaron ahorros. Habitado a la férrea disciplina alemana, le resultó simple obedecer obsecuentemente a sus jefes y éstos lo recomendaron a la Central; gracias a ello consiguió ascender rápidamente.

Cuando Alma cumplió once años, días antes había sido nombrado gerente general en Sudamérica y el directorio que por primera vez conocería, lo había llamado a Berlín.

Así empieza la historia de Alma Hoffman.

Bobi había escapado esa tarde hacia la calle. Era una tragedia. Podía perderse o ser raptado; podría aún más, matarlo un auto. Se horrorizaba ante tal idea. Su pequeño corazón no concebía la tragedia.

Era la hora de la siesta; la hora en que las moscas tenían un zumbido más vibrante en el silencio de la naturaleza que dormía agobiada por el calor.

Sintió ladridos, adivinó movimientos tras la esquina, y corrió hacia ella.

La pequeña jauría que se había congregado en derredor de aquella perra en celo, atraída por la misión de conservar la especie, la sorprendió. Quedó un minuto asombrada ante el espectáculo, en aquella hora, de la calle solitaria.

Bobi, sobre las nalgas de una perrita, jadeaba, apoyado en sus patas traseras, mientras los perros que los rodeaban parecían esperar turno. Se detuvo un minuto, desconcertada.

¿Qué hacían? ¿A qué jugaban? y en seguida corrió, temerosa, que le pasara algo. Al intentar tomarlo, notó que su “pichí” exageradamente grande y de un color rojo, penetraba entre las nalgas de la perra, que sin aparentar dolor a tamaña tortura, pasivamente, aguantaba.

Horrorizada ante la maldad de Bobi, lo tomó violentamente, arrancándolo de encima de la perra...



...tanto daño a la Humanidad como esa doctrina de la moral, ese miedo al sexo.

Bobi, furioso, con los ojos inyectados en sangre, que nunca había visto, apretó sus dientes en el brazo de ella, la que ante tal dolor, hizo soltarlo, cayendo a tierra.

La perra se había alejado ya unos metros, y tras de ella otro perro intentaba subirla. Bobi saltó furioso sobre él, echándolo a tierra, subiendo de inmediato otra vez sobre la perra.

Apretando con la falda de su traje, el brazo, que manaba sangre, Alma con los ojos lacrimosos por el dolor, fue acercándose nuevamente al grupo. Temerosa se quedó mirando. No quería, a pesar de su herida, abandonarlo. Seguramente estaba loco. ¿A qué jugaban, qué hacían?

El ritmo se aceleraba. Las lenguas de ambos goteaban sudor. Los perros parecían seguir esperando turno. Le horrorizaba y le intrigaba a la vez, el espectáculo. Recostada a la pared, trémula, sintió de pronto como si algo penetrara dentro de ella, como si ella fuera la perra. Era como una sensación agradable, nunca hasta ahora sentida.

De pronto, Bobi se separó de la perra, la que echó a correr, seguida de otros perros, quizá satisfecha.

Alma corrió tras Bobi, y ya desesperada y sin miedo de nuevo a sus dientes, lo tomó en sus brazos. El perro no opuso resistencia, tranquilo, cansado, se dejó llevar. Aún tenía su “pichí”, que ella sintió en la piel de su brazo herido, ardiente y húmedo.

Cuando llegó a la casa, llorosa, los sirvientes habían salido a buscarla y cuando explicó lo que había pasado, todos sonrieron murmurando palabras cuyo significado no comprendió.

Fue su primer encuentro con el imperativo de la vida, que perpetuaba todas las especies.

Días después de aquel espectáculo que la tuvo sin dormir tantas noches, en un estado de nerviosidad inexplicable, pero deliciosa, Alma fue internada en el colegio de la Divina Unión, edificio tétrico, de altos muros y aceradas rejas, edificio que más tenía de cárcel que de colegio.

Allí, en esos salones y corredores, cuyos muros sólo se veían interrumpidos por Cristos desnudos y crucificados, por vírgenes llorosas y santos que mostraban sus llagas lamidas por perros, debería Alma formar su espíritu. Nada era hogareño, nada permitido, toda alegría vedada...

La vida era una maldición. Todo deseo pecado, todo movimiento natural impuro. La vida -le enseñaron- tenía por sola misión, adorar un Dios, macerar la carne y torturar el espíritu, en pago de una manzana robada del jardín del Señor, hacía ya miles de años. Ese Dios de luengas barbas, que por corona usaba un triángulo, podía pulverizar la tierra, negar la leche al seno

materno, convertir a niños en monstruos paralíticos y leprosos. Cuando se cansara de castigar, dentro de otros miles de años quizá, volvería a juzgarnos, para castigarnos nuevamente, porque hasta castigo también era la eternidad, que sólo tenía como motivo escuchar los cantos celestiales, a su vera...

Sus noches comenzaron a poblarse de demonios, que le ofrecían comer en Viernes Santo, que le levantaban las faldas mientras escuchaba misa, que la tentaban a mirar sus senos, que comenzaban a surgir, y el vello que sombreaba ya su sexo, durante el baño, en el que se obligaba a tomar con larga camisa para no caer en el pecado de mirar su propia desnudez...

¡Llamarse esposa de Jesús! Cuando ella fuera mayor, vestiría también hábitos, en los días de retiro, leería también, por millonésima vez, la vida de su Santa.

El padre José era un hombre de no más de cuarenta años, delgado, pulcramente vestido, y de una palidez cérica, color al que las monjas atribuían santidad. Color de moda en los conventos, hospitales y manicomios, "color quebrada" en los años del reinado de Felipe IV y de Zurbarán y Alonso Cano. Color mezcla de cirio y barro, de una época en que "la vida es viento, es una sombra, la vida es sueño..." Época en que disputaban el triunfo Ribera y Juan de Valdez Leal, y las mujeres enamoradas comían barro.

Sus ojos casi negros se destacaban en el color cetrino de su rostro y lo oscuro de la sotana. Sus cabellos castaño oscuro y rizados, enmarcaban su cabeza dándole un cierto aire de poeta del romanticismo.

Era el confesor del colegio, alma ante la cual todas las almas se presentaban impúdicamente desnudas, ensangrentadas y sedientas. Era a la caída de la tarde. Interrumpían el estudio las que al día siguiente comulgarían, las que debían purificarse por la confesión. Costumbre bárbara, que dio el poder omnipotente a los Papas. Arma ante la que los más valientes guerreros, temblaron. Dolor que no se confía al padre, al esposo, al amigo, pero sí al extraño. Arma que entregamos una vez, y con la que la conciencia nos amenaza siempre. Ignoraba, y eso lo sabría recién después de muchos años, que aquella santidad fue la consecuencia de un desarreglo de glándulas en la edad crítica; desarreglo que hoy la medicina, trata y cura. Ignoraba que la noble de Avila de Los Caballeros, tuvo amores con un primo y que ella en su autobiografía, trata con un afán sospechoso, de aclarar que esos amores no pasaron de las conversaciones. Oculta, quizá, con mala fe, que el tal primo vivía pared por medio y que tenía entrada a toda hora a su casa. Confiesa porque no puede ocultar a sus contemporáneos, que le gustaban en su edad moza, los trajes, el arreglo y los perfumes. Lo que llevó consigo a la tumba, fue el secreto de la ruptura de esos amores, qué acto, qué escena la repugnó hasta el extremo de tomar los hábitos. Su vida fue liberal, como era la vida de las monjas en aquella época.

Su íntima amiga, con la que vivió tantos años, y ese asco que demuestra a todo lo humano, a todo lo hombruno, nos hace entrar en la sospecha de encontrarnos en presencia de una uranista. Y si no ahí está la

descripción que su “amiga” María de San José hace de ella: “Era más bien alta que pequeña y tuvo fama de muy hermosa. De un rostro extraordinario. Muy hermosas sus cejas, de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas, ojos negros, vivos redondos, muy bien puestos. Nariz redonda y en derecho hasta igualar con las cejas formando un apacible entrecejo. En toda bien proporcionada, tenía muy lindas manos y en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares... en derecho unos de otros, comenzando desde debajo de la boca, el que mayor era y el otro entre la boca y la nariz y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba... ¡era un todo, perfecta!”. Descripción más bien digna de un amante que de una religiosa.

Ignoraba que recién a los 44 años, en la edad que termina en las mujeres la menstruación, es decir, normalmente, el deseo, es cuando despierta en ella esa necrofilia ante el Cristo crucificado, con el que pronto tropieza al entrar en una iglesia. Y es recién entonces, cuando escribe su maravillosa obra de amor, cuando reúne la congregación dispersa, cuando funda la orden de las Descalzas...

Ignoraba ello, como ignoraba la vida. Lejos de los hombres, sin deseos materiales definidos, creyendo aún que los niños los extraía la comadrona por el ombligo, y con sólo una vaga sospecha de cómo se concebía, era un magnífico espíritu virgen en el que podía germinar cualquier mentira.

Y el deseo de su carne se mezcló así con lo místico. Virgen en la que los pechos empezaban a surgir y su sexo a sombrearse de vello.

Alma fue poblando su espíritu, dando vida dentro de él a infinidad de seres, cuyos dobles adornaban los nichos de los altares de la imponente iglesia, junto al colegio. Quiso emular la vida de Santa Teresa, amar a Jesús, como aquélla lo había amado, sufrir como aquélla había sufrido.

Iban en grupos de diez, acompañadas por una monja; de hinojos, cerca del altar, esperaban rezando, su turno. A pocos metros, el confesionario de madera negra, representaba dentro de la casa de Dios, el lugar más íntimo de la misma. Dentro de él, un hombre nombrado por otro hombre, se arrogaba el derecho, divino, de representante de una corte que nadie había visto, que la lógica y la cosmografía negaban. De ese tribunal, al que se llegaba de rodillas para implorar la bienaventuranza, podíamos salir con un derecho de penetrar en el cielo, de continuar pecando.

En el juvenil espíritu de Alma, el padre José tenía la aureola del santo, tenía asegurado un lugar al lado de Jesús y la Virgen, cuando éstos lo llamaran. Le harían también una estatua y las generaciones venideras implorarían sus dones.

Tenía demás, la belleza perfecta de los varones que adornaban la iglesia. Muchas veces ella había sentido deseos de besar el ruedo de su sotana, de dejarse apretar fuertemente por él. Creía esto una gracia de la que todavía no era digna.

El timbre de su voz era suave, insinuante, amoroso, diríase.

-Padre; acúsome de haber soñado ayer noche con usted. Recuerdo que llegaba hasta mí, bajando de una cruz, con manos y pies glorificados por los clavos.

Pasó un instante, que le pareció interminable. La dulce voz de él, se dejó oír:

-¿Y venía desnudo como Jesús, hasta ti mi niña?

-Sí, padre...

-¿Y por qué te acusas de ello? ¿Lo has contado a alguien?

-No, padre. Me acuso porque me parece tan extraño este sueño...

-¿Y después?...

-Al acercarse usted a mí y besarme, me desperté, sintiendo correr por todo mi cuerpo una sensación extraña, que sólo en otra oportunidad sentí...

-¿Y dónde te besaba?- le interrumpió con un timbre distinto de voz.

Ella calló.

-¿Dónde?... - volvió a preguntar él.

-¡Padre!... - imploró Alma.

-¡Te lo mando, te lo manda la Iglesia! - ordenó.

-En la boca... - murmuró temblando ya, próxima a desvanecerse.

Siguió un silencio. Después, él le obligó a contar aquella "otra oportunidad" en la que sorprendió a su perrito Bobi.

-Acércate más... más... - murmuró él, entre dientes -. No cuentas a nadie, pero eso que tú has soñado, es una advertencia divina, de "nuestra" santificación. Jesús nos ha elegido a nosotros, para que juntos lo amemos, glorificándolo en el pecado. Sólo el pecado puede acercarnos a él.

Jadeaba su voz, apresurábase la respiración de ella, como si al fin Dios la hubiera escuchado. Era como un éxtasis.

-Esta noche, y mañana por la noche, y todas las noches, irá mi espíritu a glorificar al Señor. Penetraré en tu cama y tú me dejarás besar, besar donde Jesús por mi espíritu quiera, penetraré en ti, con mi luz, como cuando él penetra con su sangre en la divina hostia. Y seremos así, del Señor... Y vendrás para mantenerte pura, a confesarte todos los días, porque todos los días comulgarás. Vivirás en la gracia divina...

En aquella época le pareció el día más hermoso de su vida, que justificaba hasta sus ansias de morir.

El amanecer la había sorprendido en vela; las palmadas de la monja en ese dormitorio de cuarenta camas, con las que despertaban todas las mañanas, le parecieron campanas tocando a gloria. Se peinó con todo cuidado. Sin saber por qué, deseaba estar bonita, le agradó el círculo violáceo que circundaba sus ojos.

Junto con la primera claridad, penetraron en la nave inmensa y oscura de la iglesia. El viejo sacristán encendió los cirios.

El padre José llega al púlpito. Para ella está radiante, hasta cree ver una aureola de luz sobre su cabeza. Habla, llega hasta ella su maravillosa voz. Quiere darles a todos la paz, por medio de la palabra. Después es la misa.

Su alta figura se destaca en el fondo de columnas doradas, se mueve lenta y señorialmente, consciente de su poder...

Ya cruza los brazos y ora por las almas del purgatorio, pide paz para los muertos queridos, pero sólo para aquellos que han creído en su Dios único y verdadero. No indaga, no se detiene a pensar en la injusticia divina de haber nacido en África o en Asia. Para ellos, para los mahometanos o budistas, no habrá paz, no la pedirá tampoco. Reza el padre nuestro y dice: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, dadnos la paz...

Ya canta la grandeza de Dios padre, y afirma la pureza de la Virgen y pide gloria, al Padre, al Hijo y al Espíritu santo. Ayuda mi incredulidad -continúa-; líbranos del pecado.

Realiza el sacrificio y pide a su Señor la bendición. Ofrece la sangre de Jesús hecha buen vino, a cambio de sus pecados. Os dejo mi paz, mi paz, os doy...

-Señor -continúa- yo no soy digno de que entréis en la morada de mi alma, mas decid una sola palabra y mi alma será salva... Ya que habéis llegado no me abandonéis...

La víctima ha sido ya inmolada y el sacrificio va a obtener su fruto; reverencia al cáliz de oro o dorado y se dirige con él hacia el público.

Alma, de rodillas, sacudida por un temblor, presiente mas que ve la ceremonia. Sabe que Jesús, mejor dicho "ÉL", va a penetrar dentro de su cuerpo, por medio de la hostia. Cuando el padre José llega frente a ella, en un ansia deliciosa, abre sus ojos y mira fijamente los de él. Se mantienen fijas las miradas, entorna él sus ojos, sonriendo, pasa la lengua sobre sus labios reseca, de pronto introduce una mano en el cáliz, y lentamente, toma dos hostias que coloca en la boca fresca y perlada de Alma.

Ésta siente los dedos de él que rozan sus labios como un beso, y en ese instante maravilloso, divino, de deglutir las hostias que siente dobles, un espasmo delicioso, jamás hasta ahora sentido, le hace juntar en una contracción involuntaria, sus piernas. Allí en el fondo de su vientre, en su propio sexo, en toda su piel, golpeándole vertiginosamente el corazón, en un segundo, descubre...

Cuando vuelve en sí en el banco, el rito sacrificial ha terminado. El padre José cubre el cáliz, besa las reliquias y ora. Vuelve a los fieles y termina: "El Señor sea con vosotros. Volved a vuestros hogares. Vuestras oraciones han sido presentadas al Señor... Gracias sean dadas... La misa ha terminado".

El recuerdo de aquella escena, no lo olvidó jamás.

El despertar de su carne en el sagrado momento de la comunión no la horrorizó. El padre José sólo se conformaba con mantener

latente su deseo, ya que no hubiera podido haber ningún contacto entre ellos. Reconocía sí, que si él lo hubiera deseado y podido, ella hubiera sido de él. No sabía bien cómo; pero no se habría negado a nada, aunque hubiera tenido que para desgarrar su carne, taparse la boca.

Él que le indicó cómo masturbarse, y ella abusó, recordaba, durante aquel año varias veces por día.

Después llegó la pubertad, regresaron los padres, y abandonó el internado. Algunas amigas mayores le aclararon muchos conceptos equivocados de la vida. Otra le enseñó varias formas de satisfacerse. Una de ellas era salir juntas en bicicleta cuyos asientos habían con anterioridad empujado, haciendo que al sentarse el mismo penetrara en los labios mayores. Buscaban especialmente calles de empedrado algo áspero y cuya vibración al andar sobre el mismo repercutía en el sexo. Abandonó aquella costumbre a raíz de que una tarde sobreexcitada el asiento penetró más, haciéndola sangrar. Se asustó mucho, creyendo haber perdido su virginidad. Una amiga de la casa le dijo que iba a volverse loca y ella abandonó entonces definitivamente el onanismo.

Sus estudios siguieron el curso normal de toda burguesa. Llegó a recibirse de maestra y ante el recuerdo del padre José se hizo anticlerical.

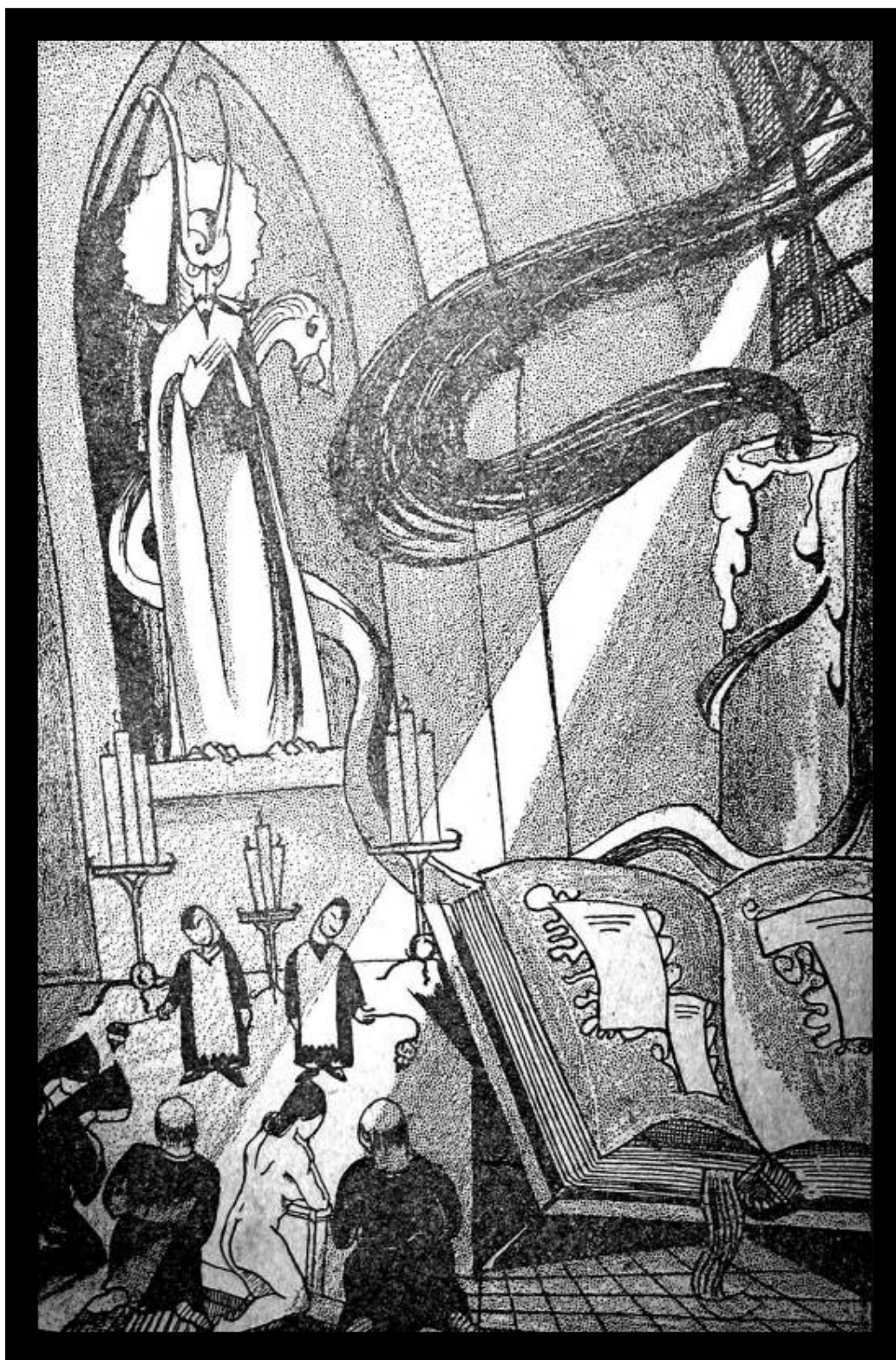
Pequeños romances que no dejaron más rastros que algunos besos o manoseos, principios de noviazgos que se rompían ante las pretensiones materiales de ellos.

Ella no caería. Los años del Liceo le habían enseñado una cartilla que bien había aprendido.

Para formar su hogar debería esperar el hombre que quisiera ofrecerlo. Ahí estaba ella, en sus veinte maravillosos años, ofreciéndose a la venta. Ahí estaba, sabedora que la mujer no es sino una propiedad ocasional y que lleva como marca el nombre del último que la compra ante la ley.

Femenina y hembra, esperaba el amor junto con el alimento y el abrigo. Con amor sólo, las mujeres ruedan...

Su capital, su plus-valía, la había acumulado, en todas esas noches de primavera, mordiendo una almohada y refregando otra entre sus piernas. A cambio de ello, exigía amor y fortuna. A cambio de vagina cerrada y pequeña.



Alma, de rodillas, sacudida por un temblor,
presiente más que ve esa ceremonia.

¡Pobre fortuna la de las hembras! ¡Maldito destino el de ellas!

Si te entregas, eres para el hombre, una prostituta, si te niegas, una hipócrita o invertida. ¿Cómo actuar, cómo defenderse entonces del hombre? ¿Si en un momento de amor, cedes, qué hombre no guardará en el fondo de su alma una duda, de que podrías haberlo hecho con otro?

Y si no cedes, ¿qué hombre podrá creer en la sinceridad de tu cariño?

En el mundo del mañana, no habrá vírgenes o lo serán todas. Así lo han querido los hombres y así será. Llegará el médico que las dejará físicamente puras, aunque tengan podrida el alma. Y la vanidad de los machos quedará así satisfecha, escrito su honor en las sábanas blancas manchadas de rojo...

Tu honor, mujer, vale tanto como la estupidez del hombre.

Esa estupidez que te hacer creer, que el hecho de entregarse implica de tu parte un sacrificio y de parte de él una obligación.

¿Sacrificio, por gozar? ¿Por sentirte poseída, penetrada, besada, como deseas y como ansías? ¿Obligación de mantenerte toda la vida a cambio de ello? Te dicen desde niña: "No te entregues sin la garantía del matrimonio". Y cuando vencida por tu carne, olvidada de tu conveniencia, cedes, recoges tus faldas y saltas la cerca prohibida, una vez satisfecha, exiges que ese hombre, al que sabes de antemano no debes creer, te lleve a cuesta toda su vida?

Y si así no quiere, si así no lo hace ¿no recurres llorosa a la autoridad de tu padre, a la fuerza muscular de tus hermanos, o a la misma justicia, a las leyes que acabas de violar?

Hay que borrar, escribir de nuevo el código de la juventud y de la vida. Escribirlo un hombre y una mujer, desnudos y enamorados frente al sol.

Días antes de casarse Alma recibió la visita de una amiga.

-¿Sabrás que tu novio tiene una querida? - le gritó a boca de jarro.

Ella quedóse mirando un momento a aquella ex mujer. Quería profundamente a su novio, un cubano joven, de paso por Buenos Aires. Tenían ya reservado su departamento en el barco que los llevaría a Nueva York y más tarde a La Habana. Era lo que había soñado desde hacía mucho. Diez años mayor que ella, morocho, rico...

¡Y ahora aquel vejestorio, aquella perra, venía a plantearle ese problema!

Se contuvo de echarla de su casa y le preguntó ya tranquila:

-¿Y no te alegras? ¿No es ello una prueba de su cariño? ¿No te demuestra ello que yo le he negado lo que la querida le da? Te agradecería mucho una advertencia similar, después de casada, pero no en estas circunstancias...

Alma Hoffman era ya toda una mujer. El cálculo superaba los sentimientos.

Su matrimonio tuvo el ritmo de todos los matrimonios. Se preparó el ajuar, seda y encaje. Llegaron los obsequios de las seudas amistades, unos más sinceros y valiosos que otros. Llegaron comestibles, confituras y bebidas. Llegaron los hombres que representaban la ley y le extendieron un permiso para que pudiera cohabitar. Un parte de señora, un certificado de honesta. No interesaba a la sociedad que representaban, que ella lo fuera realmente. Sabedora de lo difícil que es ello, se conformaba con que se guardaran las apariencias, se cumplieran las formas. Ese papel quitaba al hombre todo derecho, toda libertad, lo obligaba y lo comprometía. Debería defender en lo futuro a esa hembra de todo hombre que la pretendiera y a ella no le agradara. Debería a costa de sus privaciones, vestir y alimentar a ella y a sus hijos, sin importarle que éstos fueran más o menos auténticos, hubieran sido o no deseados por él. Podía ella disponer de la paternidad de esa sociedad conyugal, extraña sociedad, en la que la mujer, con el mero hecho de llegar voluntariamente hasta el bidet a tiempo o la comadrona o médico complaciente, podía negarle a su asociado el derecho de llenar la finalidad de esos esponsales o de cumplir con una misión instintiva. Podía ella...

Y como sólo pago, él tendría al comienzo de la vida conyugal el derecho de poseerla tantas veces como ella quisiera, y más tarde cuando ésta no fuera sino una grotesca caricatura de aquella de la que él se enamoró, la obligación de poseerla, tantas veces también como ella quisiera.

Llegaron los músicos, las comparsas del cortejo, los invitados y el sacerdote.

Un hálito de lujuria embargaba a todos. Niños y viejos. Las vírgenes se masturbarían violentamente esa noche pensando que eran ellas las desposadas, los hombres aprovecharían de la bebida cambiando chistes que ellos solos comprendían, y el soltero atraería las miradas de las jovencitas del cortejo.

Era el triunfo de la astucia sobre el deseo, de la habilidad sobre la fuerza.

Después de la novia, radiante en la blancura de sus azahares y en el hecho de poder acostarse desde entonces legalmente con todo hombre, dos seres recibían los plácemes esa noche. Dos hombres enfundados en sendos jaquets y cuellos duros. El padre de la novia y el flamante marido. El cínico y el imbécil, que también a su tiempo llegaría a ser cínico. Cínico el uno, por vender a su hija, por entregarla a otro hombre, que sabe desde esa noche va a poseerla en todas las formas posibles, a degenerar sus labios quizás, labios que mañana, con olor aún del sexo de aquel hombre, vendrán a posarse sobre sus mejillas, a contarle de su "felicidad".

Criatura que has criado a costa de sacrificios, para el solo hecho de que mañana te repudie si te opones a su deseo de un hombre. Criatura para la que el padre nació con obligación de pagarle sus gastos y buscarle un marido. En el país de Confucio, en la milenaria China, las hijas no cuentan en los matrimonios, son consideradas un castigo de Dios. Y lo son...

Y lo son, porque sólo saben dar... llorar... Porque la sociedad que perdona la falta de tu hijo, que sonríe ante su aventura, mancha tu generación, si ella no ha tomado sus precauciones al tener una.

Y el otro, el flamante marido, que tantas veces se vanaglorió de no caer, esperando para poseerla, el permiso de una religión y una sociedad. Como si una vez benditos, la posesión fuera diferente o menos dolorosa. Imbécil por exhibir su fracaso de conquistador, por llevar al lecho de la hembra a la hora fijada, contra un pagaré bárbaro de nuestra civilización.

Alma Hoffman casó, como casan casi todas las mujeres, jugando su vida a cara o cruz. Partió para el país de su marido y a los diez meses dio a luz a una niña que llamaron Vida. Cuando encontró a Ego, habían vendido las propiedades en Cuba y se dirigían a vivir de rentas en Europa.

Burgueses ricos, millonarios, no pensaron en el “estaba escrito” alemán, ni que la vida...

El papel azulado que había traído la noticia de su riqueza, junto con la de la muerte de su padre, iba a hacerle abandonar a Ego, automáticamente, la vida que hasta ese día había llevado.

Rico, más aún; varias veces millonario; poseedor de grandes estancias y propiedades en América y en Europa, dueño de acciones de empresas ferroviarias y títulos del Estado, se le abrían, a los dieciocho años, las puertas de la razón y se le brindaban todas las sonrisas. Las mujeres y los hombres seguirían, de hoy en adelante, a aquel que, sin más esfuerzo que el haber nacido, encontrábase con que le tocaba un sitio destacado en el festín de la vida. De hoy en más, todos serían obsecuentes con él. Las mujeres más fáciles, los policías más serviles. El secreto de la dádiva abría todas las fronteras y le daría todos los derechos.

Afectado ante el misterio de la muerte, conmovido por el repentino cambio de su situación económica, apenas tuvo tiempo, en los tres días que tardó en cambiar de barco para seguir regreso a su patria, de cobrar el cuantioso giro que solicitó a los suyos en Buenos Aires. Estaba en esos días, como atontado. La vida que según él creía, por ese suceso debía detenerse, continuaba inexorablemente su curso.

Esa tarde se realizaba una fiesta a bordo. Fiesta en los corazones. El lujoso transatlántico en que se embarcaba, estaba a punto de zarpar. Los pasajeros se sonreían entre sí, sin conocerse. Llegaban a la mole

flotante, de todas partes de Europa, por distintas rutas y con diferentes rótulos en los equipajes y en las almas.

Perdían su nombre; para el comisario serían números. Los marineros apresurados, retocaban de blanco los hierros que comenzaban a sangrar. Vendajes a las heridas del tiempo y del mar en la última travesía.

Corrían por los pasillos los camareros, llevando, sudorosos y sonrientes, los equipajes de mano. Imaginaban la propina, limosna indigna obtenida en cada viaje. Muchos de ellos dejaban mujeres, hembras, hijos y se llevaban, a cambio, dudas que corroerían su espíritu hasta el regreso.

Sobre el empedrado del “dock”, sucio, mugriento como todo puerto, estaban ellas, estereotipada en sus rostros una tristeza que no sentían.

Al largar amarras el barco, el lecho aún tibio de la posesión de despedida, llegaría quizá “el otro”...

La vida es una amalgama de virtudes y mugre.

Bajaban ya los amigos de los pasajeros. Los tentáculos de acero de los remolcadores se tendieron hacia el transatlántico. El humo de sus chimeneas, traído por el viento, dejaba pintas negras sobre todo lo animado e inanimado.

Sonó potente, ronco como voz de viejo fumador, el primer llamado del barco.

Se hizo más alta la conversación y más fuertes las risas. En los salones se apuraban las últimas clásicas copas de champagne. La segunda llamada puso una nota más nerviosa aún en el pasaje y la tripulación. No se olvidaba nada. Estaba todo. La grúa, cual tentáculo de un monstruo del futuro, se acercó hasta la pasarela para tomarla y en un jadeo de vapor la levantó, cortando ya todo contacto material con la tierra. La tercera y última pitada de adiós, saludo marino de los que parten a los que se quedan, dio a todos la sensación del comienzo de una nueva etapa. Quedarían por días y semanas, aislados del mundo. La radiotelefonía les alcanzaría los ecos de las miserias de la tierra.

Ego, reconoció de pronto, apoyado en la baranda de cubierta, a un viejo amigo de la infancia; se acercó lentamente a él; tomándolo de sorpresa le dio un abrazo.

-¡Leonardo!... ¡Qué placer el encontrarte!...

-¡Ego!...

Charlaron atropelladamente. Era doctor en química. Poseía grandes farmacias en la Argentina. Había ido a realizar compras y a divertirse en Europa.

Ningún sudamericano de categoría podía dejar de conocer París, mejor dicho, los infectos “cabarets” de París, creyendo con ellos, haber completado su “cultura”. Ninguna mujer la oportunidad de su “libertad”.

Recordaron días idos; vecinos de casa, habíanse trompeado más de una vez. Trompadas de niños, que no dejan rencor y que afianzan la

amistad en el mañana. Sonó la llamada de la comida y ambos se dirigieron al salón comedor.

-Estoy solo, ¿por qué no comes en mi mesa?

Y el "maitre" los acompañó a una de las mejor ubicadas, reservada ya para él.

Observaron el pasaje, es decir, las hembras del pasaje. En la variedad multicolor de los trajes no se podía confirmar la belleza corporal de esta o aquella mujer. Muchos asientos permanecían aún vacíos.

-Me parece -dijo Ego- que vamos a tener una "mala travesía".

Leonardo guiñó el ojo y contestó.

-No para mí.

Ego lo miró fijamente ante tal petulancia y terminó, después de un breve examen, por confesarse que tenía razón.

De una estatura normal, delgado, de tez mate, y cabellos castaños oscuros, ojos verdosos y facciones perfectas, tenía derecho a ser petulante.

Podía afirmarse que era el hombre más buen mozo de abordo y durante la travesía, sin duda, se destruiría aquella mentira con que la mujer afirma, para "reparar" su desliz al matrimonio, la consoladora frase: "El hombre, como el oso, cuanto más feo más hermoso".

Ego se animó.

-Si tú obtienes una mujer, yo tendré otra igual o mejor.

Cuando llegó la hora del cognac, ambos habían hecho un pacto. Una cena "ensillada", en la mejor "boite" de Buenos Aires, con champagne y mujeres a discreción. Pero champagne del bueno.

Los días que siguieron a la concertación de la apuesta, fueron de una inquietud en aumento para el espíritu de Ego. Sabía que iba a perder. No podía competir con la belleza animal de Leonardo. Él sabía que los machos que conquistan a las mujeres hasta poder llegar al oído, deben reunir dos condiciones: un físico atrayente o una mujer que les confesara a éstos estar enamorada de ellos.

Dos cosas, dos hechos que indiscutiblemente están por sobre la belleza física masculina o el dinero. Lo que más en relación está con el sexo, son los celos o la envidia con que una mujer escucha a otra, hablar de "su hombre". Ninguna mujer medianamente sensata, hablará a otra del hombre que quiere conservar. No preocupa que ese hombre sea medianamente interesante, ni física ni espiritualmente. Lo que lleva a la mujer a entregarse al amigo de su amiga, es el prurito de creerse superior o, cuando menos, igual a ella. En las mujeres, este hecho no es una felonía; es un acto esencialmente femenino, que toda mujer en su fuero íntimo confiesa.

¿Qué cualidad posee aquel hombre para que su amiga esté enamorada? ¿Es sincera esa dicha que ella demuestra junto a él? ¿Es posible que ella esté condenada a no conocerla jamás? ¿Es ella tan inferior, que no puede reemplazarla? Entre mujeres, la amistad es una palabra sin sentido.

Sacrificarse para ellas en amistad, significa repartirse.

No le quedaba a Ego otro recurso que la palabra. La mala partida que la Naturaleza le ha jugado a la mujer, es el oído. Ahí está el secreto, el talón de Aquiles. Un hombre con un timbre cálido de voz que pueda llegar a susurrar al oído de una mujer, mentiras que ella desea creer, lleva un noventa por ciento de probabilidades de éxito. Si a esa voz, le acompaña el ambiente y esa mujer tiene ocasión, no habrá una sola que se le niegue. Podrá, pasada la embriaguez amorosa, llorar a gritos, arrepentida del acto. Podrá jurarse a sí misma no reincidir, pero siempre el camino más corto para llegar a la horizontalidad con la mujer, será el oído.

Ego pensó que la monotonía de a bordo, hastiaría a los pasajeros. Los primeros días de ese pasaje, integrado por seres heterogéneos, serían de prontas amistades, de pequeños grupos y parejas que al pasar los días, cansados ya por no tener nada que contarse o mentirse, se repelerían, para buscar refugio en otros grupos y parejas.

Si ese mismo pasaje, que se despide al término de la travesía, más o menos amablemente, estuviera obligado a vivir un año en tales condiciones, terminaría por asquearse u odiarse recíprocamente. Por ello se dedicó a la lectura. Tomaba su desayuno en la cabina y, tarde ya, salía a la cubierta de los botes, desde la cual, alejado del grupo del pasaje, se distraía mirando el mar, unas veces agitado, calmo otras, de distintas tonalidades; inmenso camino hacia todos los continentes.

-Soy un canalla- se decía, cuando recordaba la aventura con Alma. Si hubiera tenido ocasión de despedirse, si hubiera podido averiguar una dirección para seguirla, él hubiese vuelto a ella.

La abstinencia obligada de los días y el calor del trópico, hacíanle recordar aquella figura; aquel hecho, con un sentimiento de lujuria y tristeza a la vez.

Se revolcaba en la cama, evocando el acto de aquella violación, que no lo había satisfecho. Ello no fue una conquista -se decía- y por momentos lo embargaba una tristeza infinita, pensando en el sentimiento de ella. ¡Ah!... ¡Si pudiera volver a encontrarla!... ¡Cómo le pediría perdón!...

Un día se dijo:

-¡Cómo llegaría a amarla!...

Aquella noche, Leonardo en la mesa, pidió una botella de champagne y como aclaración, dijo:

-Es a cuenta de mi apuesta -y explicó-: Esta noche entraré en la cabina de Nacha Quintanilla.

Nacha Quintanilla... Inmensamente rica, viuda, heredera de una gran fortuna y luciendo uno de los nombres más respetables del país, vestida por Paquin, alhajada por Cartier y peinada por Antoine, no era, a pesar de ello, una conquista de la que pudiera vanagloriarse ningún hombre de 25 años.

La vida había sido justa, y si los dioses le habían brindado riquezas, no fueron tan generosos con su físico. Cualquier camarera podía reemplazarla desnuda, con ventajas.

-¡Qué quieres!... -expresó Leonardo- no pretenderás que tome a Nelly Franca, esa chiquilla...

Nelly Franca... Él la había visto pasar por cubierta y se habían encontrado en más de una oportunidad en las pasarelas del barco. Ella viajaba con la madre. Regresaban de Italia. Alguien había dicho que estaba de novia con un abogado de Firenze. Tenía la "beauté du diable". Apenas contaría 17 años. Se adivinaba, a través del vestido de ligera tela que el viento hacía jugar entre las piernas, la piel de colegiala, tirante, dando formas a la hembra que apuntaba. Era bonita como la mujer de un amigo. Tenía el encanto de lo prohibido, de lo vedado. Novicia en la vida, sus ojos se habían fijado detenidamente en él.

¡Nelly Franca!...

-¿Qué me importan a mí tus prejuicios sociales? Hemos hecho una apuesta; no hemos hablado de tomar viejas millonarias o señoras de tercera mano. ¿Si yo conquistara a Nelly Franca, confesarías tú que he ganado?...

-¡Tú no harás eso! -respondió Leonardo-. Pensarás en tus hermanas, en las hijas de mañana, en ciertos sacrificios a que los hombres estamos obligados.

-Yo no estoy obligado a nada con la vida. Tus convencionalismos no tienen para mí más importancia que un fracaso en potencia. Tienes miedo de ensayar una conquista, a la que no te consideras digno. Pues bien, yo me creo capaz. ¿O pretenderás que deje, si puedo ser yo, que otro la inicie en el placer? Otro que puede ser el primo o el mucamo... ¿Pretenderás que su futuro marido será menos feliz por haberla tomado yo una noche a bordo, que se lo confesará ella o se lo iré a decir yo?

Terminó su copa de champagne y se fue hacia la pasarela. Hacia popa, junto a la baranda, la "jazz" de a bordo, atacaba una "marchinha" brasileña. Los "smokings" blancos se mezclaban con los brazos tostados por el sol en las plazas de Biarritz o Niza. Arrojó su habano al mar y bajó a su cabina.

Esa noche se durmió imaginando tener a Nelly Franca desnuda y agotada sobre su pecho. Se durmió imaginando haber ganado su apuesta.

Una luna de cartón, pálida, noctámbula, tuberculosa, luna para noche de Pierrot, luna digna de alumbrar amores gatunos, como colgada por un hilo invisible en un cielo de terciopelo, a lo lejos, en el horizonte, por orden de la empresa naviera, decoraba esa noche, la víspera de la llegada a Río de Janeiro.

Sobre la cubierta superior los toldos defendían del sereno a las mesas preparadas para la fiesta. Las banderas de todas las naciones servían de

decorados. Por primera vez podían justificar su misión, su utilidad. Las guirnaldas, con faroles chinoscos algo ajados, habían salido con la misión de forzar una vez más la alegría. Un estrado, donde tocaría la orquesta, había sido improvisado. Los pasajeros que bajarían en Río, final de su viaje, denotaban un mayor cinismo en sus actos y palabras; diríase que ya no sentían el temor al “qué dirán”. Que habían dejado en la cabina, junto a las maletas arrugadas, algo de sus caretas.

A la noche siguiente se habrían perdido en las avenidas de aquella maravillosa ciudad, junto con sus inquietudes. Otros habrían partido hacia el interior del país; otros hacia el Uruguay y la Argentina. La seguridad de la separación las y los llenaba de audacia. Muchos no se volverían a encontrar. Irían por lejanas rutas y pertenecerían a diferentes clases, que la travesía, el viaje de “sport” y el smoking tropical, habían igualado. Algunos pasajeros más modestos, pensaban en la aventura fácil con algunas rubias que formaban la “troupe” que la trata internacional de blancas, mandaba a los prostíbulos de Buenos Aires, rotulados como “cabarets”.

Esa noche, Ego fue invitado a la mesa del capitán, distinción que en el pequeño mundo de a bordo, equivalía al espaldarazo que lo armaba caballero.

La cabina de lujo que ocupaba, le daba tal derecho. El viejo lobo de mar, al igual que Ego, cumplía un rito social, junto a las matronas ajadas y los viejos calvos y panzones que formaban el núcleo de comensales de esa mesa y a quienes sus títulos de embajadores e industriales millonarios, les habían acordado el derecho de congregarse.

Se dijeron los brindis de práctica, formulismos y mentiras que ni quienes los expresaban ni quienes los escuchaban, llegaban a sentir. En todos los idiomas, pero en una misma cultura.

Cuando la mesa con los mismos comensales se repitió sobre cubierta, Ego se dirigió resueltamente hacia la ocupada por Nelly Franca, junto a otros pasajeros.

-¿Permite usted -dijo dirigiéndose a la madre-, permite usted, señora?

E inmediatamente insinuó un movimiento con su mano, hacia Nelly.

La música simple, primitiva y sentimental por ello mismo, del tango, los llevó al centro de la pista.

La figura delgada de Ego, dentro del “smoking” corto, que hacía resaltar sus anchos hombros y su fina cintura, dándole un aspecto de bailarín español, se juntaba a la de ella, vestida tímidamente de mujer. Sin alhajas, con tacos medianos y el vestido cuya falda no sobrepasaba mucho de la rodilla, mostraba a la codicia sexual del público, sus piernas magníficamente moldeadas, enfundadas en finas medias de seda, tan transparentes y delgadas que solamente alcanzaban a dar un brillo aceitoso a la carne. El cabello suelto, casi rubio, enmarañado por el viento, caíale sobre los hombros, jugaban sus

guedejas en el suelo y en el nacimiento de su espalda. Parecía acariciar aquella piel, prepararla... Sin colorete, apenas sombreados los párpados de sus ojos claros y sus labios de "rouge", tenía el brillo de sus pupilas, la descubrían como mujer, como hembra. Ahí estaban los pechos, que el roce de la pechera almidonada los descubría pequeños y tensos y cuyos pezones se enganchaban en los pliegues de la misma. Ahí estaba su mano, temblorosa en la mano fría, serena, calculadora, de Ego. Y ahí estaba su otra mano, que cínicamente recorría las caderas, palpando su grupa, adivinando el pequeño elástico del calzón. Ahí estaban sus piernas aprisionando las de ella, en cada movimiento del barco y en cada paso del baile y remarcando sobre la derecha, el sexo de ella apenas aislado por la tela de su falda.

El tango, más que cualquier otro baile, es sensual y afrodisíaco.

Tiene la lentitud necesaria para que la música sea un acompañamiento y no una distracción. Tiene algo de gemido. Algo de alma femenina. El acordeón tiene algo de armonium. Algo de misticismo.

Atronaron, junto con las últimas notas, los aplausos.

Ego se quedó mirando hacia la orquesta. Comprendió que era a ellos a quienes aplaudían.

-¡Bien!... ¡Bravo!... ¡Otra vez!...

Las demás parejas se dirigieron a sus mesas. La orquesta comenzó de nuevo.

Él le dijo:

-Baila usted muy bien.

Por primera vez escuchó, en la respuesta, la voz de ella.

Volvieron a abrazarse y, ya solos, se volvieron a lucir. Ella se dejaba llevar, esa segunda pieza la encontraba más confiada, le halagaba el triunfo, pobre triunfo de minutos, ante decenas de personas.

Cansados, agotados por el esfuerzo hecho para bailar tres piezas, él la llevó hacia la borda. El pretexto era el fresco; la razón, la conquista.

-Yo no quiero llamarla, como todos los hombres la han llamado. Ya la he encontrado esta noche de mi vida y para mí su vida comienza este próximo amanecer. Yo no quiero que mis labios la llamen con el mismo sonido con que la han llamado otros. Quiero que el nombre que mi corazón va a crearle, sea únicamente mío. Que cuando la vida la haga dejarme, ningún otro lo pronuncie...

Quiero darle por testigos de esta original confidencia, las estrellas y el mar. Quiero como un vasallo de su belleza, como un siervo de éste, mi amor que nace, decirle hoy y siempre: ¡Alteza! Porque para mí será usted, poderosa reina, a la que hago entrega de mis armas de hombre, prometo fidelidad y devoción...

Le habló de Grecia. Le contó cómo veneraba Atenas la forma. Le habló de aquella pecadora que, acusada ante los jueces, no precisó más defensa para lograr la absolución, que dejar caer la túnica. Le contó cómo paseaban por las calles las sacerdotisas de Venus, sin más adorno que su

desnudez, en la fiesta de la Diosa. Le habló del respeto con que aquellos bravos guerreros, aquel pueblo elegido de Júpiter, miraban la materia, cuando ésta era la expresión máxima de la belleza. ¿Qué guirnaldas de oro, o qué cantidad de pedrería podía satisfacer más a la mujer que aquella admiración muda de todo un pueblo?

-¡Quién pudiera -le dijo- revivir un minuto de aquella Grecia inmortal!... ¿Existiría la reencarnación de Friné, capaz de llegar hasta la cabina de un hombre que sabe no volverá a encontrar; que sabe de las bellezas de las formas, y hacerle el presente maravilloso de dejarse contemplar unos minutos y cerrar de nuevo la cabina, y partir sin haber pronunciado una palabra, sin haberse dejado mancillar por el roce...?

Pero, para que tuviera valor, para que no fuera un acto puramente carnal o pornográfico, ella debía ser virgen. Ella no debía haber conocido jamás contacto con hombre. Pura, moral y físicamente; pura como ante el reclinatorio de su primera comunión.

-Sentémosnos -y sin esperar la respuesta de ella, ordenó al mozo que pasaba:

-¡Champagne!...

-Ven -le dijo tuteándola y tomando una de sus manos entre las de él-. Ven y que esta noche sea para nosotros, la de una boda espiritual, nupcias de dos almas. Encuentro de dos espíritus. Tú, desnuda frente a mí; yo de rodillas, frente a ti... La noche me dice que tú eres la mujer de mi vida. Alejada del pecado, remota del deseo. La noche y el mar me dicen que tú eres la que esperé siempre, y de no haberte encontrado, no habría amado jamás. La noche y el viento afirman que el porvenir es mío si tú quedas a mi lado. Los astros dicen que legaremos a los hombres la más bella historia de amor. No renuncies a la vida. El encuentro de esta noche no es el tropezón ocasional de un hombre y una niña; es el choque de la vida que tiene por misión llenarnos el alma de luz. Los hombres necesitamos el aliciente, el estímulo de ese sentimiento misterioso y milenario que se llama amor. Por él yo seré bueno y seré grande. Por él seré fuerte. Tomada de mi mano, empezaremos una senda en la noche del porvenir y del mañana... Una senda que iluminará mi espíritu pletórico de esperanzas... Marcharemos juntos por la vida. Pero, para que nuestro camino no sea el de todos, y no se confundan lo animal con lo bello y lo sublime, debes acceder a mi pedido. Debes tener el gesto de las sacerdotisas griegas; debes tener la confianza en tu virginidad... Ven... yo te esperaré esta noche, trémulo de ansiedad, y después que me hayas ofrendado tu gesto magnífico, diré que mis ojos han cumplido su misión y le pediré a Dios, porque esta noche Dios existe, que si no pudiera volver a encontrarte, no me devolviera la vista, para guardar tras los párpados, la imagen tuya...

Su mano diminuta y suave, temblaba entre las de Ego. Se sentía, a través de la piel, afluencia de sangre; se caldeaban, quemaban, diríase.

Con los ojos entornados, mirando a la noche, ella murmuró una plegaria:

-Si tú lo pides, iré... Tal es la confianza que me inspiras.
Su voz tenía la misma sonoridad que cuando de hinojos, frente al altar mayor, repetía:

-“Creo en Dios padre...”

Acercó la mano de ella a su pecho, y dijo en voz queda:

-No hables... cállate... esperemos el milagro...

Y quedaron así, mirando en el mar, el camino de plata que había dibujado la luna, indiferente a todo lo humano, a todo lo terrestre. Mientras el roce de su epidermis, en el idioma de las manos por ella abandonadas, escuchaba las promesas mudas de él.

Calma de cansancio a bordo. Calma aparente de la noche de los conglomerados humanos. Calma en los pasillos y torbellino en las almas. Silencio tras las puertas de los camarotes cerrados, rugidos en los corazones de sus ocupantes. Vida o sueños, pero inquietud y torbellino siempre...

Acostados en las estrechas literas, girando sobre sus cuerpos y almas, esos seres separados escasamente por el tabique de madera, vivían la mentira de sus convencionalismos, incapaces de obedecer la materia, de seguir el imperativo de sus pieles.

Nelly, cerró con precaución la puerta de camarote que ocupaba con su madre. Temblábanle las manos y castañeábanle los dientes. Cual una delincuente, hermanada en sus ademanes instintivos, como quien fuera a cometer un delito, se deslizó a esa hora de la madrugada, envuelta en su salto de cama hacia el camarote de él. Asaltábale la idea de que despertara su madre, notara su falta, que algún pasajero la sorprendiera a esa hora, marchando rumbo contrario a los toilettes, que un camarero de guardia la viera entrar, que equivocara el número de la cabina o no lo encontrara.

Quizá fuera mejor volver, y justificarse mañana, diciéndole que la madre despertó... Volver, huir...

¿Huir de qué?... ¿de sí misma? Ella tenía fe en aquel hombre que recién conocía, la fe que despertaban los apóstoles en el desierto, haciendo que se abandonaran los hogares, los bienes, los propios hijos. Su alma y su piel habían despertado al conjuro de la vida. Ella no debía huir, aún sabiendo que él no cumpliría su palabra de no intentar tocarla. Pero ella sabría detener a tiempo su deseo, y controlar de esa manera su futuro; podría no creer en las palabras de él, pero éstas le habían justificado su actitud. No sabía nada de Grecia, ni le importaba la veracidad de la historia de Friné. Sólo sabía de ella y de su historia virginal, tentada siempre por la vida, detenida siempre por los convencionalismos. Por primera vez, un hombre habíale dicho: “Yo deseo tu cuerpo virgen, tú me lo negarás, guardándolo para un problemático marido, pero deja ahora al menos en tus años mozos que lo bese como no lo besó, ni lo

besará nadie. No me importa su penetración, me basta saber que tu espíritu ya no es virgen, que he desflorado tus senos y tu pudor”.

Nadie en 17 años había tenido la osadía de hablarle así. Lo había adivinado miles de veces en decenas de hombres, pero éstos, timoratos, calculadores, sólo habían llegado hasta ella, sentimentalmente. Su mismo novio no había osado pasar del beso furtivo, o del apretón de manos.

Las hembras, como la vida, son de los audaces. Ella seguiría la ley establecida por los conquistadores. No le había implorado, su palabra había sido una orden, y ella, feliz en el fondo de su alma, esclava por temperamento biológico, obedeciendo a la tradición milenaria, de la caverna o del castillo, había llegado hasta la puerta del camarote de Ego. Se detuvo ante ella vacilante, pero ésta se abrió, tomándola él de la mano.

-No hables, Alteza -murmuró él, cuando adivinó que ella quería insinuar que había cumplido, que partiría inmediatamente- No hables -le dijo atrayéndola hacia el centro de su amplia cabina a media luz-. No hables, Alteza -continuó, sabedor que la palabra en determinadas ocasiones, despierta el alma, rompe el hechizo.

Tomó el salto de cama que la cubría y de sus hombros, fue haciéndolo deslizar por su espalda desnuda. Surgió como una aparición maravillosa de la vida, sus senos, diminutos, erectos y tersos, manchados en su centro por una gota de sangre pálida. Después surgió su vientre, la urna de la vida, esperando generosa la simiente, ensanchándose en sus caderas impúberas, y en una pequeña insinuación de curva, temblorosa y palpitante.

Ego, de rodillas frente a ella, ante una insinuación de resistencia, detuvo la ropa sobre sus caderas. Fue un segundo, el minuto que precede a los grandes actos de nuestras vidas. Alteza, por primera vez, iba a mostrarse desnuda a la vida. Las manos de él, continuaron bajando la seda de esa ropa que se deslizaba sobre la seda de su piel, seda ya tibia, contagiada de la tibieza de otra seda. Apareció su sexo. El pequeño monte Venus henchido, sobresaliendo sobre sus piernas apretadas y magníficamente moldeadas. Ego abrazó sus rodillas y apoyado sobre sus muslos su rostro, subió las manos hasta las nalgas tensas y temblorosas, y lenta, suavemente, depositó su primer beso sobre el vientre, que se contrajo en el espasmo de una descarga eléctrica. Corrió sus manos hasta los senos, de pezones ya erguidos, y los fue oprimiendo lentamente. De pie ya, cruzó un brazo sobre su cuello y otro sobre su cadera. Abierta su robe de chambre, atrajo sobre su cuerpo desnudo, el cuerpo ardiente y tembloroso de ella. Se juntaron las pieles y el sexo de él penetró entre las piernas, buscando inconsciente el camino de aquel cuerpo. Buscó con sus labios los de ella y los encontró, sin resistencia, entreabiertos y húmedos.

Con sus ojos cerrados, Alteza gemía:

-No... no...

Hipnotizada, enloquecida por la caricia, indefensa ante el arte de ese hombre para despertar la materia, dio ante el empuje de aquel cuerpo

pegado al suyo los dos pasos que los separaban de la litera. Los dos pasos que la separaban de la vida.

Cayó de espaldas. Forzosamente, él quedó entre los muslos entreabiertos de ella. Sintieron los sexos juntos. Él la penetró con su lengua en la boca y ante esa caricia desconocida y desconocida y maravillosa para ella, aprovechó él para penetrarla en su vientre. Fue un segundo. La carne se abrió sin resistencia. A la sensación rara del dolor, se mezclaba la sensación rara del placer. Corrió él sus manos hasta las caderas, y apoyándose en el borde de la cama, sosteniéndola, terminó de penetrarla violentamente. Gritó ella, despertando. La carne herida y torturada, la había vuelto en sí. Había pasado el hechizo. Lo rechazó con violencia, mirándolo como si por primera vez lo encontrara. Estaba él enfrente, con su miembro erguido y ensangrentado por la sangre de ella, sonriendo, victorioso, desconocido.

La costa brasilera corta alta el horizonte. Los "white horse" galopaban alegres sobre las olas, corren carreras a las que nadie apuesta. No tienen meta de llegada ni línea de partida. Nacen del agua, surgen impetuosos, galopan sobre las pistas onduladas de las olas, y agotados rápidamente, se acuestan sobre el agua hasta perderse en ellas. Son caballitos de espuma, todos blancos, y como el ave Fénix, eternos. Son juguetes que creó Neptuno para sus amantes, las sirenas; espuma de mar...

Sobre la promenade de babor, Ego, apoyado en la barandilla, entretenido por los tonos de paleta que tomaban en el horizonte las nubes que, perezosamente, se dirigían, diríase, a las montañas que bordeaban la costa, para reposar sobre ellas de su larga travesía, no sintió la proximidad de Alteza.

Ella vino a su lado, tratando de seguir con su mirada, la mirada de él. Llegaba vencida y orgullosa, satisfecha, al mismo tiempo. Ella, sólo ella, ahora podía hablar de amor. Saturada aún de lujuria, lo contempló largamente. Detallado fríamente, sólo podría decirse un rostro interesante, particular, casi pedante. La fuerza de él eran sus ojos, renegridos, autoritarios, al maravilloso timbre de su voz. El "sweater" ceñido al cuerpo, dejaba adivinar un espléndido cuerpo de macho. Anchos sus hombros, finas sus caderas.

-¡Alteza!...-dijo Ego al percibirla a su lado. Era su primer encuentro desde la noche anterior. Quedaron un instante mirándose. Ella descubrió en él una pequeña sonrisa cínica.

-Ego... -murmuró ella, amorosamente femenina, dispuesta a aceptar todas las sonrisas cínicas con que él quisiera recibirla. Se sentía íntegramente de él. Si él la hubiera invitado a saltar al mar, ella lo hubiera seguido sin titubear. Rozó su brazo con el de Ego y esperó que hablara... Todo para ella era distinto. El sol, el mar y el barco. Todo era más nuevo, más brillante.

Explicó él que había quedado en su cabina hasta esa hora, y ella, cómo lo había buscado por todo el barco. Habló de su madre, de la alegría que iba a producirle su felicidad, de su padre, que la esperaba en Buenos Aires y que ella esperaba quisiera. Mostró en un comienzo, tímidamente, la carta que enviaría desde Río a su novio en Firenze. Orgullosa, temblándole de emoción su voz, como presentando a un dios, el mayor bien de su vida, como haciendo holocausto de ella a él.

“No esperes –decía-, en mi vida ha llegado otro hombre... y ya es dueño de mi cuerpo y de mi alma”.

Los “white horse” continuaban su galope eterno sobre las olas, los pasajeros dejaban cubierta para vestirse para la cena de la noche, el sol pintaba sus últimos colores sobre las nubes retardadas.

Ego explicó; no debía ella enviar esa carta, apresurarse. Un novio no se encuentra siempre a mano. Después de esta travesía, sería difícil que volvieran a verse. Él no deseaba conocer a su padre. El amor que él deseaba, no conocía más cadenas que la voluntad. Y su voluntad era terminar ahora, que la había poseído, que había ganado su apuesta.

Se lo dijo cínicamente:

-La vida, Alteza, te da la primera lección. Apréndela. Dame tu cuerpo tantas veces quieras, pero no exijas de mí, más que mi cuerpo. Contra tus labios, los míos, contra tu placer, mi placer. Se nace para esposo, por ello el fracaso de muchos. Tú no eres en mi vida, más que una bella aventura, doblemente bella, por mi apuesta. La vida es así, perra, canalla, sucia...



CAPITULO IV

Fueron diez años de locura. Diez años, al cabo de los cuales se permitió decir: Si volviera a nacer, no pediría a los dioses como don, sino otra vida igual a la mía. Había al cabo de ellos recorrido todos los caminos, las rutas y sendas del mundo. Los monstruosos transatlánticos, los veloces trenes, los lujosos autos, lo habían llevado en carrera fantástica por los cinco continentes; habíanle hecho conocer las ciudades y los hombres. El valor de la humanidad en las mesas de juego; en el suntuoso bar de su garconier; lo fácil de las hembras ante el lecho de su yacht, de sábanas de seda y manta de armiño. Lo había conocido de todas maneras y en todas las poses. Embajadores tramposos y generales ladrones, ministros serviles y jueces sensibles a la dádiva, sacerdotes sicalípticos e industriales pederastas. Toda la vida en su aspecto más cruel y mugriento, había desfilado ante sus ojos, vestida de oropeles y condecoraciones. El reloj de su placer no se había detenido jamás. Todo hombre podía comprarse, toda mujer adquirirse. Miles de noches, había cambiado cientos de hembras. Rubias y altas, morochas y bajas, vírgenes y prostitutas, pobres y ricas, algunas de apenas un apodo y otras de muchos apellidos, románticas y cínicas, frías y eróticas, uranistas y púdicas, sinceras e hipócritas, pero todas habían dejado en su espíritu, el hastío del deseo satisfecho. Satisfecho ampliamente, generosamente entregadas. Desde la droga blanca, hasta la séptima pipa de opio persa, todos los alcoholes, todas las caricias, en todos los idiomas, bajo todos los climas, sobre todas las razas.

Sus amantes, de tanta belleza como sus alhajas y pieles, alternaban en las mesas de los clubes aristocráticos, en los salones de las embajadas y en las fiestas oficiales del gobierno. Al paso de su yacht los gobernadores abrían los salones oficiales para recibir, la vedette famosa. El pueblo miraba asombrado pasar al nuevo Creso. En su desprecio generoso, multitud de seudos amigos lo seguían, cual corte de tierras calientes.

“El teatro, lo llevo conmigo –decía cuando ebrio ya, insultaba a los comensales- la comedia la escriben ustedes”.

De todo ese pasado, pocos rastros habían quedado en su alma. La aventura con Ave, fue para su espíritu, un fracaso magnífico.

Fue en Londres. En los salones del Savoy. Se la presentaron unos millonarios americanos, tan millonarios, que frente a ellos, él era pobre. Fueron ese fin de semana a Bournemouth, ella manejaba un pequeño Rolls Royce. Él le confesó frente a los acantilados, junto al bosque sombrío del viejo hotel, que era pobre, que en la frontera con el Brasil y su patria, frente a un caudaloso río, poseía las viejas propiedades de sus antepasados. Obras y yerbatales que había que defender con el revólver en la mano. Le habló de los peces de colores que disputaban la belleza del colorido de las mariposas. De las noches claras por los “tucos”, y del invierno, la época de las lluvias. Jamás volvería a Europa, pero jamás tampoco, la olvidaría. Su recuerdo bastaba para haber llenado su vida.

Los ojos claros, color aceituna, soñaban con sus palabras. Yo iré contigo, le dijo esa noche, después de entregarse. Y él aceptó la partida satisfecho de haber conquistado por sí solo una hembra.

-Yo iré contigo, para ser un pedazo de ti mismo, para ayudarte en la lucha, para alegrarte en tu tristeza. Mi cuerpo todo será el premio de tu día de fatiga..

Y así partieron. Felices días que él no olvidaría nunca. Economías absurdas que ella obligaba, en la sincera creencia de su pobreza.

Y así llegaron ante el palacete de cuatro pisos cuyo servicio alineado esperaba en la recepción.

-Yo te he mentido por amor –le dijo él para justificarse- Mi riqueza no es un delito.

Sin embargo ella partió con sus ojos color aceituna:

-Tú eres demasiado rico para amar, para comprender a una mujer...

Quedó de nuevo con las aventuras fugaces de sus hembras ocasionales. Mujeres de todas las situaciones económicas y culturales, de las más variadas gamas y donde se entremezclaba la aventura seudo romántica con el chantaje y lo grotesco. Por medio de las mujeres había llegado a conocer a los hombres, a desnudarles el alma y a asomarse a la letrina de sus morales aristocráticas y caballerescas...

Fue a un club náutico llamado San Isidoro, uno de esos clubes en que se juega al golf para entretener la impotencia del marido y al tennis, para

mantener en forma al amante. Lo habían invitado para aquel party a bordo en la curiosidad de circo, de conocer ese hombre famoso ya en su fortuna y sus amores. Se murmuraba de él, se creaban mitos y degeneraciones, se le atribuían orgías fantásticas en que las mujeres dopadas eran bestializadas en misas negras.

Y los creaban aquellos que por la ley de la vida habían nacido con la tara de los cornudos. Aquellos que reunían desde su nacimiento los caracteres peculiares de los nacidos como para justificar el engaño, de esos eunucos de alma, tarados por el miedo a la cárcel o del qué dirán. Predestinados a la cornamenta cuando tuvieran la primera hembra...

Intuitivo, aquel señor de la comisión directiva comentó molesto su presencia a bordo: -¡Si pudiera echarle una bolilla negra!- pensó recordando su valentía, amparada en el reglamento.

En la presentación aquel señor haciéndose el distraído, evitó la mano de Ego, que fue compensado con una exhibición de dientes perlados, en la sonrisa acogedora de la esposa.

No era bonita, no era joven, no era rica y sin embargo la antipatía del marido lo llevó hacia ello. Cobrarse el desaire entre las piernas de la mujer.

Mientras que el marido jugaba al bridge en el pequeño salón de popa ellos juntos con otros invitados se tendieron en aquel caluroso atardecer, entregándose a la luz. La había contemplado moverse en la pequeña cubierta, ágil y segura, ondulante como las aguas que velozmente cortaban la afilada proa del barco, y al tercer cocktail conversando a su lado chocan casi sus alientos, se confesó que sería delicioso engañar a aquel señor de aristócrata apellido. El sol no quiso ser testigo del asunto, complicarse en los problemas de los hombres. El frío ahuyentó los compañeros, y el jardinero de la noche se puso a sembrar estrellas en vez de dar un toque de clarín en salvaguardia de la moral.

¡Qué fácil fue la aventurita aquella!

-Yo detesto -le dijo Ego- el match-as-catchcan en el amor. La violencia de los gestos es un síntoma de inferioridad intelectual, es sólo un derecho animal. No creo -agregó- que el amor, siendo un sentimiento pueda tener plazos determinados. Yo la amo a usted como si le hubiera hecho la corte hace años...

El señor del mundo seguía sembrando estrellas, el marido perdiendo renta de la esposa, en cubierta abrigados por una manta sobre aquel colchón mullido ella y él, un hombre complicado y una mujer simple.

El instinto hizo a ese hombre abandonar la mesa de juego en busca de ellos. ¡Qué ridículo habría estado jadeando sobre aquella hembra, cuando percibió al que legalmente tenía más derecho a aquel orificio! Congestionado el rostro a la difusa luz de las farolas; rojo de ira, con el puño en alto avanzó hacia ellos escupiéndoles con voz de sordina: -¡Miserables!... Y dirigiéndose a la mujer le ordenó: ¡Baja! ¡Vete!

Se quedaron ambos sobre cubierta, presto Ego a la defensa, previendo la lucha, arrepentido quizá de haber expuesto la vida en aquella aventura. Sería una dicha digna de la cámara, lástima de no filmarla.

-No lo mato -empezó- porque yo tengo más que perder... No amo a mi mujer y sólo temo al ridículo. Yo soy un hombre moral que vive dentro de una sociedad y la respeta... no como usted que carece de todo concepto de hospitalidad y de señor.

Ego estuvo, pasado el primer momento de temor, a punto de dar rienda suelta a su hilaridad. ¡Pues señor! ¡Claro que carecía de toda moral y carecería mientras viera frente a sí hembra que le agradara, por más esposa que fuera del más calificado de los miembros de la comisión directiva del club náutico San Isidoro o San Benito!

-¡Le prohíbo que divulgue lo acontecido! -rugió iracundo- Mi nombre no puede verse expuesto a un escándalo y menos entremezclado con el suyo...

A Ego se le hizo una niebla en el cerebro. ¡Ah, la aristocracia! Aristocracia de aluvión; con arranques de judíos y torquemadas; aristocracia de nieto de inmigrante, aristocracia con origen de soldadesca que ha perdido todas sus virtudes y conservado todos sus defectos.

-Y sépalo, si nos volviéramos a encontrar, ¡no me salude!... -ordenó alejándose.

Ego, miró su miembro que flácido colgaba fuera de sus pantalones, olvidado en aquella mezcla de emociones. Lo guardó, abrochó su bragueta, limpió su mano en el pañuelo y pensó que más que no haber gozado de esa hembra le dolía el ridículo ante aquel cornudo distinguido.

Otras veces su recuerdo era aquella reina de belleza cuya madre le negó acostarse y raptó en venganza, días después. Se reía todavía cuando la madre llegó hasta él para matarlo y le hizo entregar un revolver para que así lo hiciera. Se reía, recordando que el arma estaba descargada.

Y la otra aventura del tren. Era el expreso de una línea que no recordaba. En el compartimiento cabecaba el marido. Matrimonio burgués que partía de vacaciones.

Ella era fresca, prohibida. Ante las miradas de él, ella bajaba púdicamente sus ojos, que adivinaba la desvestían, pasaban a través de los tejidos de sus ropas, llegaban hasta la piel.

De pronto ella se alejó hacia el toilette, y él minutos después dominado por ese "coupe" de audacia característica la siguió.

Parado frente al "señoras" él esperaba que abriera. El pasillo estaba vacío. Su idea era pedirle una dirección, darle la suya para volverla a ver...

No podía explicarse cómo sucedió aquello. Pasos que llegaban en el momento que ella salía.

-¡Calle! ¡Escúcheme!... -le ordenó, encerrándose con ella en el toilette.

E inmediatamente la posesión, ante el asombro de ella que dejaba hacer.

-¡Estoy loco por ti!... -mintió él.

Cuando instantes después regresó al compartimiento, invitó al soñoliento marido a cenar; cena que después, ella indignada le obligó a rechazar.

¿Y la aventura aquella de la Embajada?

Era en Viena, lo recordaba bien. Noche de gala; noche en que se festeja cualquier aniversario o fecha patria. Uniformes y toilettes. Escotes y condecoraciones. Él y ella eran italianos, secretario, según le dijo, de la Embajada. Jóvenes, simpáticos y enamorados. Hacía poco que se habían casado. Ella tenía la belleza del sud. Ojos negros y piel mate. Ojos que sin querer, invitaban. Simpatizaron y festejaron su encuentro bebiendo.

-¡Viva l'Amérique du Sud! -gritaba él en el idioma oficial.

-¡Viva l'Itali! -respondía Ego gentilmente.

-¡On va faire la bombe! -propuso ella ya achispada.

Y partieron en alegre trío a recorrer las boites de la vieja ciudad de Francisco José.

Cuando de madrugada él los llevó a su casa, estaban ambos completamente ebrios. Colgados a él subieron las escaleras hasta el primer piso. Al abrir la puerta del pequeño y lujoso departamento, cayeron vestidos sobre la cama de la alcoba próxima.

Ego, desvistió a él y se quedó un minuto indeciso, contemplando a ella.

Su escote dejaba ver el nacimiento de su seno erguido, de piel mate que se adivinaba cálida. La falda recogida hasta más arriba de la rodilla, dejaba ver al descubierto algo de su muslo entre la media y el traje, piel morena quemada por el sol de los balnearios de moda.

Como un relámpago cruzó por su mente una idea: ¿y por qué no? Acercándose, llevó sus piernas hasta el borde del lecho y levantándole las faldas dejó al descubierto su vientre apenas cubierto por el ancho "coulotte" de seda transparente. Miró a él, que, con los ojos cerrados, roncaba plácidamente. Desabrochando su pantalón, lenta, cuidadosamente, fue poseyéndola.

-¡Caro, caro mío!... ¡Mario, mío! -gimió ella en su embriaguez de alcohol y deseo.

-¡Ah!... Su aventura aquella de la embajada...

Años después en Biarritz los encontró con una niña, y ante el parecido a él, hizo cálculos, recordó fechas...

Si una mujer podría jurar haber sido fiel a su marido, era aquella.

Después fue la aventura con aquella chiquilla de catorce años. Era en una plaza burguesa argentina. Tenía por hermana una célebre escritora. Habían disentido varias veces en el bar:

-Usted habla así de las mujeres porque nunca ha tenido una mujer bien -le arrojó insolente, y al día siguiente en la carpa de la playa, a la hora que terminaba ya el baño, él, en venganza desfloró a su hermana.

Recordaba aún la incredulidad de ella, cuando él esa tarde le dijo:

-Acabo de tener la niña bien y no he notado más diferencia que en lo insípido y lo sucio.

Y más tarde la aventura con aquella monja, hermana del amigo, en la suntuosa estancia del sud. Su asombro, su sorpresa, ante la hembra que él había creído virgen. "Sólo cuando pecadora, vencida por el demonio, arrepentida de mi sacrilegio, abandonando a Dios, puedo acercarme a Él. Dios me ha elegido su gran pecadora, para que en mi dolor pueda encontrar a Él..."

Y aquella famosa estrella cinematográfica, cuyo marido le había pedido para "besarla" él después.

Y ésta y aquella otra y la de más allá...

Habíase permitido la insolencia de rechazar mujeres, que no le perdonaron jamás tal ofensa. Mujeres que murmuraban a su paso, creaban calumnias de impotencias y degeneraciones.

Cientos y cientos con el mismo atractivo del deseo y el mismo repetido cansancio de la posesión. Choque de mucosas y de pieles.

-“Yo quiero que mis labios pronuncien otro nombre con que hasta ahora la han llamado. No quiero que exista nada de común entre ellos y yo. Deje que mi corazón lo cree para mí”.

Y así para no equivocarse les decía “Monedita”. Monedita -les explicaba- es aquella pieza, casi sin valor, pero que encontramos de pronto en la vida, y que con nuestra cartera llena de billetes, recogemos y no cambiamos nunca en la superstición de que ha de darnos suerte.

Los hombres, no lo comprendieron nunca y no le perdonaron jamás su doble fortuna en oro y amor. Ni le perdonaron la duda nacida de la pregunta de su compañera: ¿Es como dicen ese hombre?

Un día, recordaba, llegó hasta su bar un amigo, uno de los que formaban la comparsa. Llegó sobreexcitado y explicó:

-Acabo de tener un violento altercado en el Alvear. Ignoro cómo salió tu nombre en la conversación, y aquél mismo, al que burlaste hace años con Marta, empezó a denigrarte. Yo, amigo tuyo no podía aceptar tales conceptos y salí en tu defensa.

-Gracias -le dijo Ego- Sírvete algo.

Pero de pronto asaltado por una duda preguntó:

-¿Había mujeres en la mesa?

-¡Y qué mujeres! Fulana, Mengana, a quien no conoces...

Congestionándosele el rostro Ego, arrebató de la mano del recién llegado el vaso en que iba a beber, y tomándolo del saco lo llevó violentamente hasta el ascensor.

-¡Fuera de mi casa, imbécil!...

El asombro de los presentes ante el hecho inaudito no tenía límites.

Ego explicó:

-Ese hombre no es un amigo mío. Cuando yo quiero eliminar un rival, trato de convencer a mi conquista, de que el buen hombre, es aquél.

"No crea lo que dicen... es un buen muchacho". Y no hay hembra, no hay mujer que, convencida de ello, lo quiera por amante.

La mujer ama el peligro, le atrae lo desconocido, lo prohibido. Yo no preciso que nadie me defienda. Yo soy fuerte porque lo que más puedo perder en la jugada es la vida. Yo soy fuerte cuando estoy solo. No preciso ayuda de nadie ni la pido. Con la espalda cubierta no temo a ningún hombre... Con el código en mi mano a ninguna ley, ni hay religión capaz de crearme una conciencia."

Ego vivió aquellos diez años escupiendo desde su palco de la Ópera sobre aquella sociedad podrida en que le había tocado actuar.

Ahí, semi-desnudas y alhajadas, con el pretexto de un arte que no comprendían, estaban las mismas que horas antes habían manchado sus sábanas rosas de crepe de China, y la otra que le daría categoría en las columnas de sociales y los diarios de la mañana.

Tranquilas, trágicamente púdicas en sus desnudeces, al lado de sus maridos, de sus padres y hermanos. Formaban parte de las doscientas familias dueñas del país, dueñas de bienes y vidas de millones de seres.

Él no tenía la culpa de haber nacido en ese cuerpo, y sólo se absolvía a sí mismo, despreciándolo. Los seguía porque habitaban los mejores hoteles, eran dueños de magníficas estancias y acompañaban las mejores hembras.

Ellos, dignos de ellas. Resabios de un clan al que Lenin asestó su primer golpe. Cobardes, en que todo su poderío se asentaba, en la milicia armada y los jueces complacientes. Cobardes porque cada botella de champagne destapada era a cambio de la tuberculosis de un niño. Dueños de la tierra, del poder y de la fuerza, no presentían la ola con la que los esclavos burlados en Francia hacía ya cerca de dos siglos tomarían la revancha en ellos o sus hijos.

Revancha a la que el mismo Luzbel sería incapaz de igualar. Revancha de músculos cansados y estómagos vacíos.

Los conocía bien. Usaban en los banquetes corbatas blancas para no confundirse con los que usaban corbatas negras. Eran socios de los clubs y círculos aristocráticos. No bastábales la explotación en su fábrica. Si un obrero había ahorrado a costa de su pan unos céntimos, ellos con la dorada ilusión del juego legalizado se los arrebatában en sus días de asueto. ¡Cuidar la raza caballar en la era del motor!...

La naturaleza, en un secreto inexplicable, estereotipa en el aspecto y rostro de los seres, el fondo de sus almas. Un jorobado, un deforme, no puede amar la vida. Su bondad es aparente, exterior. No se puede ser bueno en la injusticia de la vida. El esclavo no puede amar al amo; el pobre al rico; el sin suerte al afortunado; la fea a la hermosa.

Había llegado a su vida, con sonrisa de caballo. Tenía cualidades de meretriz en la conquista de la amistad. De un servilismo humillante, de una complacencia de sirviente. Fracasado en política, había conocido todos los partidos, y aplaudido todas las ideologías. Su apresuramiento por ser, habíale en sus cálculos, hecho fracasar en sus ambiciones. Mal músico y peor picapleitos, habíase acercado a Ego, en la esperanza de subsistir. Así obtuvo que lo nombrara su apoderado y así creóle pleitos, que le aportaron sabrosas sumas...

Indiferente al dinero, ignorante de las argucias de las leyes, Ego se dejó envolver en la trama urdida en esos años por aquél.

Los lentes de gruesos cristales, dábanle un aspecto de frente de viejo auto. La cualidad de llegar hasta sus conocidos, en los momentos de éstos sentarse a la mesa, le había creado un apodo: Don Aparición.

Tenía en su pasado una muerte no aclarada y un secreto que hacía tiempo que había dejado de serlo.

Allá en las mocedades de su padre, éste había mantenido relaciones con la criada, la cual le dio una hija, que más tarde fue su amante. Cuando los años pasaron casó con ella.

Una noche, borracho de champagne gratis, quiso justificarse ante Ego.

-Yo la amo y la deseo. Durante siglos las grandes civilizaciones incaicas y egipcias, tuvieron por norma para no mezclar la sangre divina de sus reyes, casar éstos con sus hermanas. Ellos lo hacían en la obligación para mantener en sus pueblos la creencia de su origen divino. Los guiaba el interés, lo que creían un deber.

A nosotros, sólo nos ha unido el amor, un amor frenético por nuestros cuerpos y nuestras almas. ¿Qué acusación entonces para los bíblicos

Caín, Abel, Set?... ¿Qué sabemos nosotros, o nos importan nuestro origen y el ayer? Nuestra vida no fue; es o será.

Don Aparición fue en esos años su mejor amigo, tan su amigo que un día, Ego le dijo:

-Quiero darte una prueba de mi amistad y mi aprecio -y le hizo entrega de su testamento en que lo nombraba en parte heredero de sus bienes.

¿Quieres un enemigo? Llama a alguien, hazle un favor, recoge y aliméntalo y por ley cavernaria, deseará tu tienda y tu hembra. Ley del hombre, ley de la vida...

Ley que se cumplió esta vez, ley infalible en las relaciones humanas.

Surgió la idea de noche, después de satisfecho el estómago y la carne: "Si Ego muriera seríamos ricos. Partiríamos a lejanos países donde podríamos tener hijos que no se avergonzaran de su origen, podríamos disfrutar como él de la vida, sin que el corazón nos latiera al pensar en la vejez. Ego ha vivido su vida, la ha disfrutado, exprimido... Nosotros sólo hemos conocido, dolor, burla y miseria..."

La vida es injusta -dijo ella aprobando-. La vida nuestra no tiene más valor que la que él quiere darle.

Y así como una niebla que se extiende sobre nuestro cerebro fue creándose a su sombra, la idea del crimen, mejor, la idea del derecho que nos da el haber nacido. La idea del nómada, del Señor del castillo... Derecho indiscutible ante la injusticia de nacer rico o pobre. Derecho de Caín sobre Abel... Matar para vivir; saltar sobre el cuello de los potentados o arrastrarse en las sombras para hurtar cuchillo en mano las sobras de los otros.

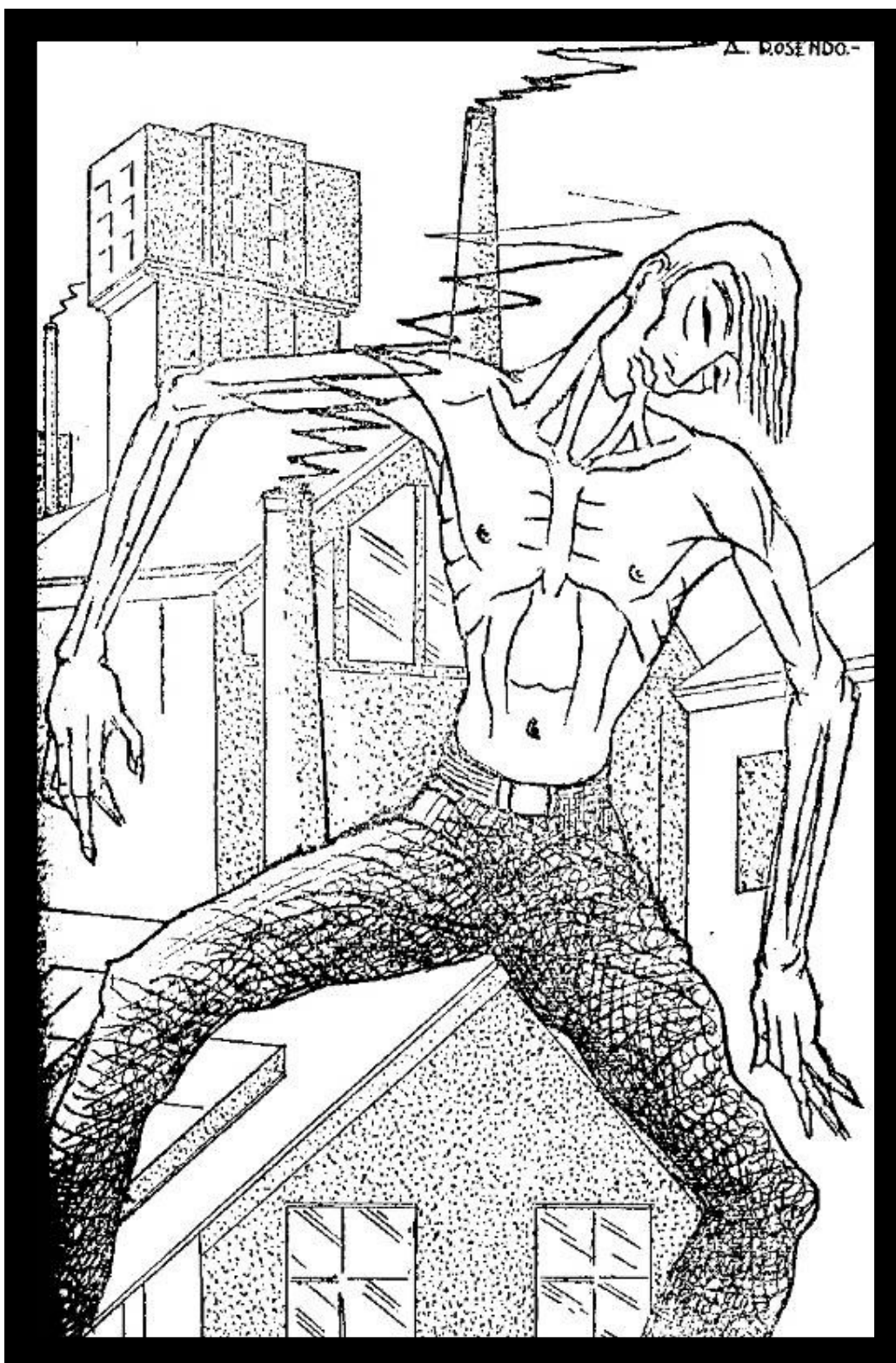
El haber nacido pobre o contrahecho niega todos los códigos, da todos los derechos.

Convinieron que fuera en un momento sin testigo. "Mata -le dijo al cómplice, guardaespaldas a sueldo, profesorado en crimen-; mata, porque los muertos no hablan y la justicia se compra".

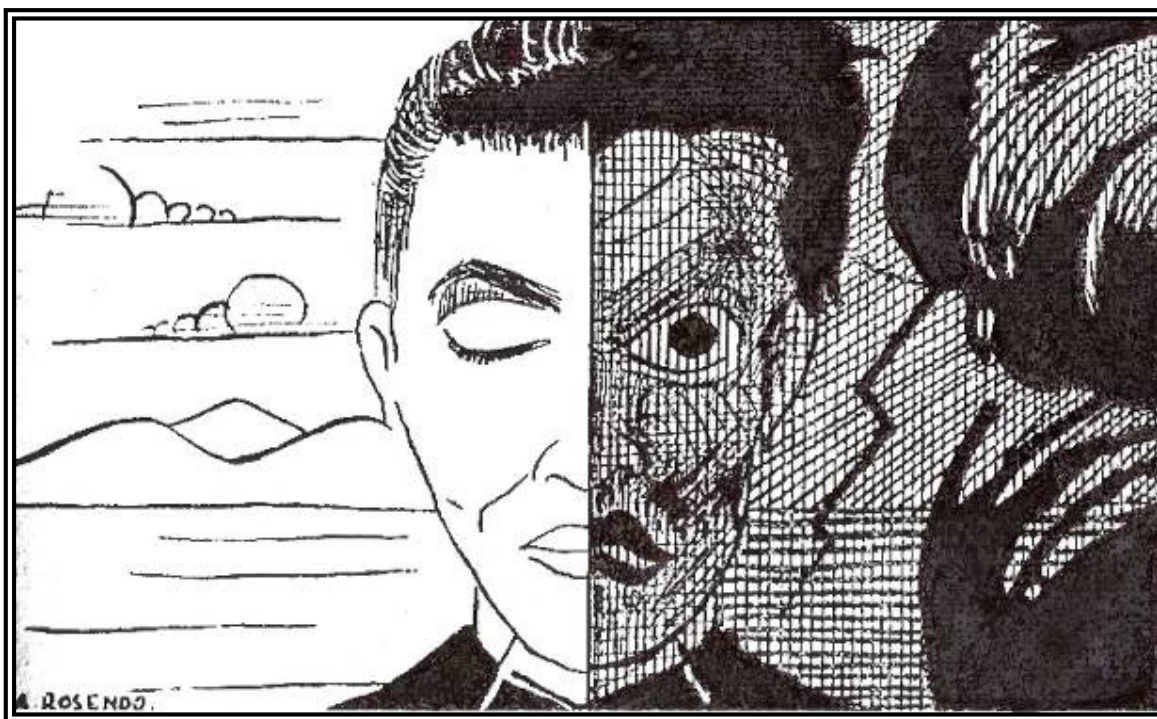
Los códigos nos dan el arma de la defensa propia, y los policías mal pagados, la facilidad de los sumarios. Mata; porque nadie tendrá otro interés que repartir la bolsa. En los festines los comensales no preguntan cómo se adquirieron las vituallas, se conforman con ingerirlas. Mata; porque así le cobrarás a la vida la deuda de tus hijos deformes..."

Y el puñal aquella noche, lo hirió tres veces.

Cuando los médicos le dieron el alta, él decidió partir, volver a la vieja Europa, lejos de aquel su país. Aquella primera cuenta que le había presentado la vida, y que él se había negado a abonar, le había descornado un velo, lo había llevado al laboratorio donde la alquimia de la vida, elaboraba experiencias.



No bastábales la explotación en sus fábricas. Si un obrero...



CAPITULO V

Su primer visita en París fue para Michel Martin. Su sanatorio de reposo donde estaba internado quedaba en Noilly. Era una vieja y suntuosa mansión bordeada de alta reja y separada de ésta por frondosos árboles. Cuatro calles angostas y tranquilas la encerraban. La luz solar trataba inútilmente de pasar entre el follaje de los árboles y llegar al musgo que cubría canteros y caminos. El descuido estudiado en donde las enredaderas trepaban por los muros, en abrazos de boas y las hiedras invadían los muros de la casa en un avance de bosque tropical, daban al jardín un ambiente propicio para el recuerdo. Pátina del tiempo, vejez en los troncos arrugados de los árboles.

Las hojas que amarillaban, movidas por la suave brisa de lo alto, se desprendían bajando lentamente. Diríase que alguien oculto las iba arrojando, desparramándolas aquí y allá para formar sobre el verde oscuro del césped un caprichoso dibujo de alfombra modernista.

Sentados en uno de los bancos, hablando a media voz, solos en el parque, Michel Martin contó la historia, historia que quizá no repetiría el próximo otoño.

Delgado, calvo, avejentado al infinito, pensó Ego en lo absurdo e increíble de aquella transformación. Sólo quedábale esa mirada penetrante y cínica, afiebrada ahora, a medida de sus palabras.

-Tú pensarás que estoy loco -comenzó.

-Yo no pienso nada -contestó Ego-. Te escucho.

-Te he llamado para confesarme. No para que me juzgues... me basta como tribunal mi otro yo. Tú sabes que no creo más que en el imperativo de la naturaleza. Tú sabes que no me causa temor lo desconocido. Los sentimientos que tú llamas sublimes, no han tenido cabida en mi corazón. La amargura de haber nacido, me ha insensibilizado, endurecido.

Te he elegido, porque eres joven, y siento moribunda el alma. Más que un anormal, soy un producto social, a lo más un cerebro negro... me he dejado arrastrar por un instinto superior a la fuerza moral de mi conciencia... Quizá haya en mí lejanos atavismos, remembranza de mi sangre, ponzoña maldita que me legaron mis antepasados. Quiero que me respondas si en igualdad de circunstancias hubieras procedido en igualdad de formas... Yo necesito que alguien escuche y crea mi crimen. No me conforma que me justifiquen diciendo que he perdido la razón.

Guardó un momento silencio y después continuó:

-Acércate... escúchame: "¡Yo he matado a Esmeralda! ¡No te asustes! La he asesinado, joven, hermosa, plena de vida, y con todos los agravantes: alevosía, premeditación y ensañamiento... He contemplado aquella agonía lenta entre encajes y luces, y me he deleitado en ella hasta el extremo de haber sentido no poderla alargar. Lo he hecho en la certidumbre de un derecho, con la más plena convicción de la razón que me asistía. Y ha sido mi cerebro, ese organismo perfecto, que me aseguró la impunidad, este mi cerebro, en el que muchas veces creo tener un algo de Satán..."

"Tú recuerdas lo deliciosamente canalla que era ella. Despertó, enloqueció mi carne, ya vieja, gastada, casi impotente."

"Fuimos felices los primeros meses, como ningún ser humano es capaz de imaginar. Se había filtrado en mí, señor de mundo de fiestas, penetrándome con todo el morbo alucinante de sus besos y caricias demasiado artistas, con todo el refinamiento de su cerebro romántico y enfermo..."

"Viví así, loca, bestialmente, corriendo tras los horizontes, junto a aquella mujer de carnes sedosas y tibias, que sabía besar y mentir como ninguna."

"Un día, en un puerto cualquiera se repitió tu historia... Yo no cedí y la conservé, entonces ella, en venganza quizá, comenzó a engañarme hoy con éste; después con aquél y el otro..."

"Ahora podrás decir que estoy loco. Caí tan bajo, por guardarla, por tenerla unas pocas horas de sus noches a mi lado, que, poco a poco, aquel amor, fue transformándose en una fiera, con cerebro, con toda la astucia de la inteligencia humana."

"Otelo fue, para mí, un bufón trágico y repelente; bufón también me hizo ella."

"¿A ti no te han engañado nunca? Sí... sí; también te habrán engañado. Cuando lo descubres, es como si dentro de nosotros, se rompiera un resorte, que dejara salir la bestia ancestral y dormida que todos llevamos en mayor o menor grado."

“Ah... cuando descubres que todo aquello es sólo un fantoche que creó nuestra imaginación! Cedes si amas; pero después se aturde la razón, se nubla el cerebro, te entran unas ansias locas de vengarte, de matar... matar...”

“Yo había cometido la imperdonable torpeza de no darle un nombre, la estupidez de no legalizar nuestra unión. Yo hubiera podido llevarla a países donde la ley permite en estos casos el asesinato de la esposa, aunque no el de la querida. ¡Como si hubiera la obligación de amar menos a una que la otra!”

“Después llegó la calma. Surgió en mí el hombre civilizado. Compré el código y estudié sus leyes. Nada lo dejé a la imprevisión. Nada confié a la casualidad.”

“Una noche en Oslo, entre un poco de música y un poco de champagne le ofrecí en mis manos que se alargaban para estrangularla, un prise de droga blanca.”

“Tú no sabes lo que es, en lo que nos convertimos, dopados al lado de una mujer que queremos u odiamos. Todo tiene justificación, todo te es permitido. Descubres el paraíso prometido de Mahoma o Jehová. Descubres de pronto, que todas tus emociones físicas o espirituales, todos los placeres que creías existían en la vida, eran emociones infantiles, ridículas, animales...”

“Sólo el alcaloide te da la sensación de la posesión, sólo comprendes la maravilla de la hembra bajo la influencia del polvo blanco. Te desprendes de toda la carga de convencionalismos y temores para entrar en el templo del placer. Olvidas las mentiras de la vida, abandonas las morales que sólo sirvieron para impedirte marchar y por primera vez comprendes que la maldición de haber nacido no tiene otra justificación que el placer”.

“Apuremos la última sensación de nuestra piel, le dije, y guiada por mi mano penetremos en el misterio de la materia...”

“Después llegó la morfina...”

“¡Ah, te asombra que yo pensara en la morfina! ¡Te asustas al sólo imaginar de lo que tendría que esperar para llegar al fin! Siempre sería menos que una condena por homicidio.”

“Yo soy un aristócrata del crimen, yo no soy un asesino vulgar... He sobrepasado los cerebros comunes, los jueces y las leyes...”

“Sólo yo que lo he vivido, puedo decirte del placer de matar así. Lenta, continuamente, besándola...”

“Después llegaron mis aliados, los microbios, que devoraron sus pulmones. Mi constancia estaba compensada, mi odio satisfecho, cuando la sentía toser, revolcarse, convulsionarse toda, como si quisiera echar junto con sus esputos sanguinolentos, aquellos, para ella, monstruos que devoraban sin piedad sus pulmones.”

“De notar día a día, más violáceas sus ojeras, más descarnado su cuerpo, más silbante su respiración”.

“Una tarde que expresamente sobrepasé la dosis en la jeringuilla, fue necesario llamar a un médico amigo”.

“-Se muere si la dejas dormir. Es necesario mantenerla despierta, imprescindible, a cualquier precio, en cualquier forma. ¡Ayúdame!”.

“Saqué mi cinturón y mientras él la tenía en pie, empecé a castigarla brutalmente.”

“¡Despierta!... ¡No mueras aún!...”

“Y enloquecido ya, continué castigando ese pobre cuerpo escuálido y desnudo, hasta salpicarme de sangre...”

“La llevamos al hospital. Quería con ello cobrarme hasta la última emoción dolorosa. Hacerle sentir la tristeza de aquella horrible sala donde semicadáveres se debatían en inútiles esfuerzos, donde los ayes de dolor eran interminables y en todos los tonos.”

“Quería, mal imitando a Dios, saborear hasta el último gesto de su agonía, deleitarme en el castigo dado a aquella que me había faltado... Pero más importante, quizás, más humano, sólo contemplaría aquella mi venganza, días o meses...”

“Yo no podría como Dios, condenarla por su delito al fuego eterno. Fue la única ocasión en que sentí envidia de Dios, lo llamé en mi ayuda, y Él me escuchó...”

“Fue un pacto entre Satán, Él y yo”.

“-Tu cuerpo -le dije días después, ante su asombro, en aquella cama de toscas sábanas- irá a la mesa de disección. Te abrirán el cerebro y manos inexpertas de estudiantes, hurgarán en tu vientre. Yo no reclamaré tu cadáver para darle sepultura, y ellos entonces se llevarán a sus casas un pedazo de tus senos o un trozo de tu lengua, lo pondrán en un frasco de formol, y después de los exámenes, cuando ya no les sea necesario, lo tirarán una noche envuelto en papeles de diarios, en el basural...”

“Te pondrán, mañana o pasado, junto a otros cadáveres de hombres mugrientos y sin nombre, algunos putrefactos ya, cansados en la espera de su individualización. Y mostrarás sin que nadie se conmueva, tu piel infectada de abscesos por la jeringa apresurada, ése tu mismo cuerpo que meses antes, hacía deleitarse las pupilas de los hombres a tu paso. Te abrirán con filoso bisturí desde la garganta hasta el pubis y te arrancarán el corazón entre bromas y risas de estudiantes de dieciocho años...”

“Y como si esto que te digo y aquello, no fuera suficiente, cuando estés toda cortada, y cuando de lo que de ti quede empiece a podrirse, llegará el cancerbero de aquel tétrico palacio y limpiará tus huesos, los pondrá al sol y los venderá junto con otros, a los que ingresen a la Facultad. Yo compraré uno, te lo prometo; quizá sea tu pelvis o tu cráneo, puede que sea una tibia... y en las noches que esté triste, que llueva y haga frío, lo pondré frente a mí, al lado de la estufa para tener ocasión de maldecirte...”

“Y cómo reiré entonces, al contemplarte!...”

“Dejó de llorar. Empezaron sus ojos a tomar un brillo para mí desconocido, quizá el brillo de odio de los míos al reproducirse en sus dilatadas y espantadas pupilas...”

“Fue de pronto. Ni yo mismo lo esperaba. En un esfuerzo sobrehumano, en un salto felino, con un alarido inmenso de dolor y rabia, se abalanzó sobre mí, haciéndome rodar a tierra y clavó las afiladas uñas de sus manos escuálidas en mi garganta. Fue algo magnífico; digno del Palacio del Dolor y la Muerte.”

“Llegaron las enfermeras, los médicos, todos los espectros blancos del hospital y nos separaron, rodeándonos.”

“Entonces con las manos crispadas y sujetas, con los ojos fuera de las órbitas, cayéndole por los labios sin pintura, baba sanguinolenta, por el esfuerzo hecho, me acusó en esa hora suprema, ante aquel tribunal improvisado.”

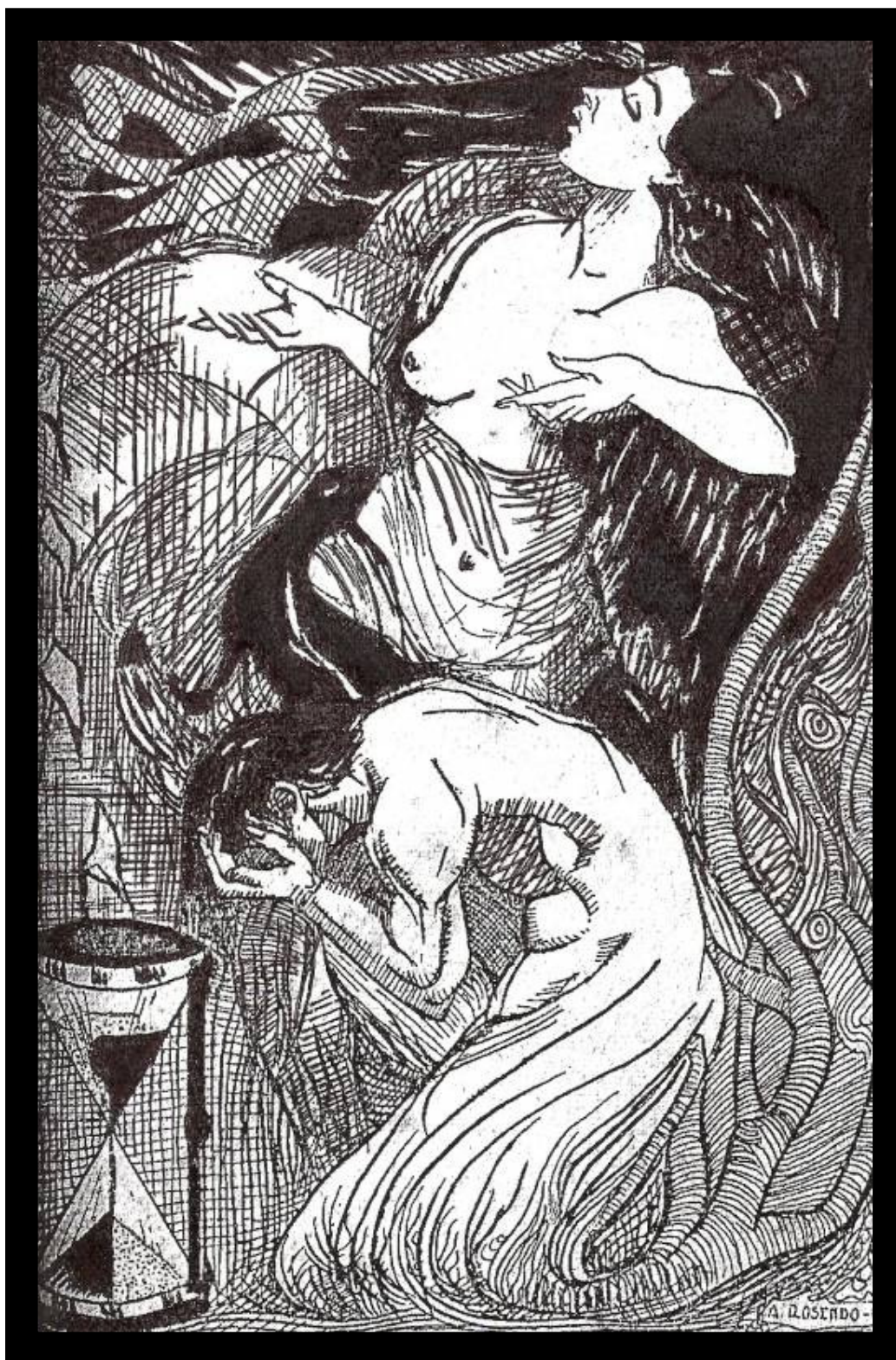
“-Coraje, amigo -me dijo consolándome el médico que me acompañó hasta la puerta-, está loca, completamente loca...”

Miró en derredor, y sacando de uno de sus bolsillos un objeto se lo enseñó. Era uno de aquellos comunes huesos de goma que se dan a los cachorros de perros para fortalecer sus dientes.

-¿La reconoces? -le preguntó a Ego-. No... tú no puedes, no la amaste nunca...

Continuó visitándolo hasta que la ciudad de los trapos, las sonrisas y los bibelots se cubrió de blanco, hasta que los árboles quedaron desnudos de follaje, y las pieles hicieron su aparición, ocultando las formas.

Lo siguió visitando, dominado por un impulso extraño. Aquel ser había traspasado las fronteras de las leyes y los convencionalismos, le presentaba a su cerebro desnudo, se lo ofrecía al bisturí de su curiosidad, le hacía el presente de su otro yo. Ese otro yo que todos llevamos en el alma y que de tiempo en tiempo se asoma tímidamente o brutalmente en diferentes formas, en distintas emociones.



Después llegó la morfina...

Lo siguió visitando. Penetraba en su espíritu como un buzo en aguas turbulentas, e indagaba acá y allá. Hoy era este tema, mañana otro.

Una tarde, ya frente a la chimenea aún apagada del salón Michel Martin tomó por tema la explicación de nuestro origen.

“-No tengas la petulancia del cretino -le dijo- que todo lo sabe y que todo lo explica. Todo lo sabe y todo lo explica porque considera un delito confesar su ignorancia, un complejo de inferioridad no poder explicar al niño, qué es, qué fue, qué será. Y es entonces cuando crea, cuando inventa, compenetrándose en tal forma en su mentira, que termina por creerla. Explícate entonces el por qué del fuego y el por qué de la vida. Llega a más; crea mitos, forja ídolos y no conforme con ello les da la vida y apariencia humana; les otorga poderes y se nombra a sí mismo representante de aquéllos. Los otros siguen la ruta marcada. Es difícil indagar, crear.”

La mentira milenaria, al correr de los siglos, toma visos de veracidad, se asimila a la materia y se posesiona del alma. Es difícil destruir esa obra de los años en cientos de generaciones. Se modifica la estructura, cuando los astrólogos se convierten en profesores universitarios, cuando el brujo de la tribu en médico, pero conservando siempre su fondo bárbaro de la caverna en que tuvo origen.”

“Escucha mi consejo:

Confiésate ignorante de lo que no sabes pero agrega a tu espíritu la esperanza de que tú u otro llegarán a la meta, alcanzarán el punto final.”

“Llega al observatorio, mira a través de los telescopios y dime si puedes concebir, lo que tu vida cerebral actual te impone. Queda a su lado, pasa las noches, todas las noches de tu vida buscando en el infinito de aquella verdad. Vuelve tus días al microscopio, ve a través de sus cristales los mundos maravillosos que él te brinda. Llega a la dimensión ínfima y entonces, al descubrir tu principio y tu fin, te enloquecerás pensando en tu ignorancia. Te reirás de haber sufrido tanto, en busca de un premio en el más allá...”

“La verdad, y tu pobre Dios, están a través de aquellos cristales”.

“Los recuerdos más agradables -le dijo otra tarde- no son de aquellas mujeres que he conquistado, sino de las que se me negaron... de las que nunca tuve, de las que siempre deseé.”

“Y más agradable, porque la virgen al entregarse legalmente o no, se hermana con la prostituta, toma la horizontal e igual que aquella, quizás con algo más de estupidez y suciedad, trata en su fondo de tomar la exclusiva si no en tu dinero, en tu cerebro o en tu sexo. Toda prostituta fue virgen, llegó ante el confesionario la víspera de su primera comunión...”

“La mujer raciocina con los ovarios. Sólo de sus glándulas depende tu felicidad, tu honor y el respeto de los otros. La mujer es honesta hasta que deja de serlo, y deja de serlo, no afectada por un gesto tuyo, ya que embriagada amorosamente de tu carne, aceptará lo imposible por ti impuesto, sino cuando sus glándulas trabajen más o menos que lo normal. Toda la estructura moral de tu hogar, todo el respeto que hoy te merece esa hembra no depende de lo que por ella hayas hecho, no depende de lo que la hayas amado, sino exclusivamente de un mal o buen funcionamiento de sus glándulas sexuales.”

“La mujer no tiene en la vida otro rol que dar la vida. No tiene más misión que perpetuar la especie. ¿Qué culpa tiene ella entonces que poetas pederastas les hayan inventado virtudes de las que carecen? Nació para ser poseída, fecundada, lleva en sí el maravilloso cofre de la eternidad. ¿Por qué y para qué crearles virtudes, obligarlas a postrarse de hinojos ante los altares, vestirlas de blanco, si ellas mensualmente los mancharán de rojo?”

“No habrá paños que detengan la llamada de la vida que surge fecunda y santa de sus piernas. No habrá conventos ni hábitos que amordacen aquellos labios. Sólo habrá imbéciles cornudos, poetas masturbadores y jueces impotentes”.

“La mujer ideal es aquella que nunca poseíste, la que nunca te ofreció su boca, su sexo o su ano”.

“La que te deseó y no tuvo ocasión para entregarse”.

“El amor es la jugada del deseo, es la trampa de la ley de la vida. Si analizaras fríamente, si te hubiera pasado lo que a mí aquella vez...”

“Fue hace años; cuando escribía versos y mis narices se dilataban al paso de cualquier hembra, cuando creía a ellas libres de la tiranía de la carne, del cálculo o la envidia.”

“Fue quizá la mujer más bella que tuve, la que más sinceramente deseé. Era virgen; apenas rozaría los quince años, sus caderas se insinuaban y sus pechos surgían tímidos. Toda ella, tenía olor a fresco...”

“Era la primera vez que llegaba a mi lecho. Desnuda, bajo las sábanas, de aquella cama prostituida por todas las mentiras, temblaba en espera del milagro. Sus libros del Liceo esperaban esa tarde, entremezclados con su ropa interior tosca y simple. Su vientre tenía la curva suave, la línea de una ánfora. Tan perfecto que mi conciencia dilataba su profanación. Su piel tibia, de un color rosa-oro, que por primera vez se descubría a la vida, tenía la suavidad del raso. Suavidad de piel de niña...”

“Yo recuerdo. Amante de la forma, me detuve azorado ante aquella...”

“Si el destino me hubiera hecho escultor, yo hubiera reproducido aquel torso y la hubiera matado allí mismo para que ni el modelo

pudiera deformarse. No eran sus ojos ni la forma de gacela de su grupa, ni sus labios inexpertos sedientos y húmedos... era aquel vientre que Fidias hubiera envidiado admirar."

"Ventre sobre el que mis besos depositaron su ofrenda, vientre que mis ojos no se cansaban de mirar, vientre que mis manos hubieran acariciado fielmente mil vidas."

"El deseo marcó inexorablemente el camino y yo penetré en él, con la timidez de un iniciado, con el temor de destruir lo bello e increíble del mundo. Y aún después, mucho después de haberla poseído, mis labios siguieron besándolo..."

"Cuando ella partió, al intentar hacer mi toilette en el baño, un olor repulsivo, me rechazó. Llegué hasta el inodoro, levanté su tapa. Por un olvido, la verdad, toda la verdad de la vida y de la hembra estaba allí: sus materias fecales, sus excrementos, tibios quizás, despidiendo un olor nauseabundo..."

"¡Y yo los había besado, una y mil veces, cubiertos apenas por un milímetro de su piel! ¡Yo capaz de matar al que hubiera tratado de arrebatarme ese vientre!"

"El amor tiene por altar la más inmunda de las cloacas y quizá por ello, la vida tenga sabor a albañal".

"El hombre -continuó otra tarde- que desposa una hembra lo hace creyendo en su inocencia. Es una ley milenaria. Si mañana ésta lo engaña, si mañana ésta se hastía, como sola esperanza le queda ignorar su fracaso, morir en su mentira."

"El macho, al tomar esposa, no da sólo como la hembra una pequeña dilatación de su vagina, cercana al ano. Renuncia a su holgura económica, renuncia a sus camaradas de farándula, renuncia como individuo a su libertad. Contrae obligaciones económicas, físicas y morales. Y como resultantes de éstas, obligaciones con los hijos."

"El hijo es como la madre o como la patria. No es un ser ni un pedazo distinto de color en un mapa. Representa las ilusiones más bellas hechas realidad, representa nuestros años niños, con sus recuerdos de colegio o primera travesura; representa la mano cariñosa en nuestras primeras noches de fiebre, es el símbolo de lo bueno y de lo noble. Condensa, no en el recuerdo de un espasmo, sino las horas en que, pensando en el porvenir, construimos la cabaña."

"Se renuncia a la patria, cuando ésta claudica y es cobarde; se renuncia a la madre cuando ésta, indigna, se prostituye; se niega a Dios, cuando descubrimos que sus pies son de barro".

"¿Por qué entonces no negar al hijo parido sólo por deseo o curiosidad? ¿Qué obligación de amar al nacido?"

“Dirás: él es inocente, él no es culpable y sin embargo tu Dios, tu gran Dios, te impuso la sentencia: *Los hijos pagarán las culpas de sus padres*”.

“Ampárate en esa ley divina y dale como castigo a esa hembra la vergüenza de sus hijos, la maldición de aquellos a los que dio vida como madre y no supo darles nombre como hembra.”

“Que carguen ellos con su vergüenza y no tú con el perdón”.

“Cuando los concebistes, los hicistes creyendo en la pureza de aquel cáliz. ¿Qué culpa tienes que su fondo estuviera podrido o durmiera? ¿Qué obligación la tuya de mantenerlos, aún sabiéndolos tuyos si ello le da la tranquilidad económica a la madre, para continuar prostituyendo su cuerpo, ya que tiene la seguridad del bienestar de su carne creada. ¡Déjalos morir de hambre, déjalos llegar a la fábrica o al prostíbulo, déjalos para castigo de tu ex hembra..!”

“Serán tuyos, sólo cuando ella los haga dignos; sólo cuando ésta sepa perdonar tu debilidad, o acallar su deseo”.

“Si ebrio una noche, lleno de amor, en un puerto, concibieras ocasionalmente con una prostituta que excitada no te hubiera cobrado, ¿amarías por ello aquel hijo?”

“Los hijos de las esposas que han faltado son como aquéllas. Se diferencian sólo en que el coito duró meses, años, en vez de horas...”

“Cuando un recipiente huele mal, tíralo junto con su contenido”.

“La vida no tiene un solo camino. Toma otro sendero, busca otra hembra, concibe de nuevo”.

“Y vuelve a comenzar tantas veces como fracasas...”

“Suponte que se te ocurriera escribir una novela u obra de teatro en la que el protagonista, matara a su padre millonario y se desposara más tarde con su madre. ¿Cuál es el juez de nuestra época que no te condenaría? ¿Quién no te negaría el fuego y la sal? ¿Qué comunidad no se horrorizaría de dar vida a tal monstruo?...”

“Y sin embargo, orquestado y cantado en latín, es de nuestras óperas una de las favoritas. A Edipo Rey, se lo aplaude a rabiarse.”

“Todo se puede hacer o decir. Pero hay que saber, en qué momento, en qué idioma y con qué traje...”

“Los trajes, el idioma o el momento, no pueden modificar los sentimientos. Estos son inmutables. O aquella era inmoral hace mil años y sigue siéndolo, o no lo fue nunca. O ellos fueron unos cínicos o nosotros unos hipócritas...”

“Una mujer en malla está ‘vestida’ y en camión está desnuda”.

“Un Cristo crucificado ocultando con el taparrabos sus pobres testículos está más desnudo que un Baco mostrándolos. Y está más desnudo porque su padre lo dijo después del pecado a Adán: *Tuvieron vergüenza, corrieron a ocultarse al verse desnudos*”.

-No fue así -interrumpió Ego.

-Pero la esencia es esa. No vas a pretender que cada cita que se me ocurra, tenga que repetirla exactamente. No vas a obligarme a que, para sentar fama de sabio, deba recurrir continuamente a la enciclopedia. Eso déjalo para los críticos...

Otro día le dijo: "Llegará el Anti-Cristo, el Super-hombre, o los Esclavos cansados de gemir, de implorar. Llegará el día bíblico del juicio final, pero no será Dios el que pedirá cuentas a los muertos, sino los miserables, los campesinos hambrientos y los obreros tuberculosos, a los dueños de las fábricas y sus cómplices los gobernantes. Llegarán esa noche, no humildes, sino con sus rostros rojos de ira, alumbrados por las teas incendiarias".

"No llamarán a las puertas, descargarán sus hachas o sus puños, penetrarán hasta las alcobas de los hoy poderosos y darán libertad a la nodriza, que le corrompieron el alma y prostituyeron los senos. Que robaron con su oro, el alimento al niño que le pertenecía, para no deformar sus cuerpos o no manchar las sábanas de seda en el próximo coito".

"Llegará junto con ellos, el pequeño canillita, de ropas raídas y descalzo, de baja estatura y cuerpo magro. Llegará por costumbre, trayendo su diario bajo el brazo, de piel curtida y de lagarto, por las ventiscas y las lluvias. Llegará, lleno su rostro de pequeñas cicatrices, recuerdo de sus luchas por la mejor acera de ventas. Llegará con el diario, que analfabeto no lee, y lo arrimará a una tea para hacer con él otra tea. ¡Y guay, entonces, de aquéllos los hijos de los millonarios!..."

"Y guay de aquéllos, los hartos de golosinas y juguetes!..."

"Y llegará también la prostituta, aquella que el señorito, en complicidad con la madre, no respetó. Llegará pintarrajeada, mostrando sus senos esterilizados por los abortos, ante la casa que conoce por haber sido sirvienta, llegará delante de la horda para mostrarles el camino".

"Llegará al frente de la avalancha, y cuando la vea titubear, se arrancará las faldas rojas para que sirvan de banderas".

"Y de todos quizá, sean ellas, las que sientan compasión ante el temblor de aquel padre y aquel hijo, que sólo tomaran su cuerpo como una cloaca de sus desahogos. Quizá, ebrias de libertad los obliguen a repetir con ellas en público, la degeneración de sus vidas íntimas para que el pueblo no tenga remordimientos de matarlos".

"Y llegarán, esgrimiendo en alto, acompañados de sus hembras más famélicas y encorvadas, sin más rouge en su rostro que las pinceladas de la tuberculosis, las palancas y las llaves de las fábricas, los obreros. ¡Los obreros!... ¡Los forjadores del mundo!... Los arquitectos de mañana y de siempre..."

"Y sobre una mesa manchada de sangre fresca, dominando sus iras, esperarán al campesino sucio y hambriento. Lo esperarán para formar tribunal de pueblo, tribunal de Dios."

“Y por ser hermanos de la miseria, por conocer el Dolor, serán generosos y magnánimos”.

“Y nuevamente como en Francia, más tarde en Rusia y después en España, serán una vez más traicionados, atados de nuevo al yugo. La esclavitud de los hombres por el hombre es la ley de la Naturaleza, la sangrienta burla de Dios”.

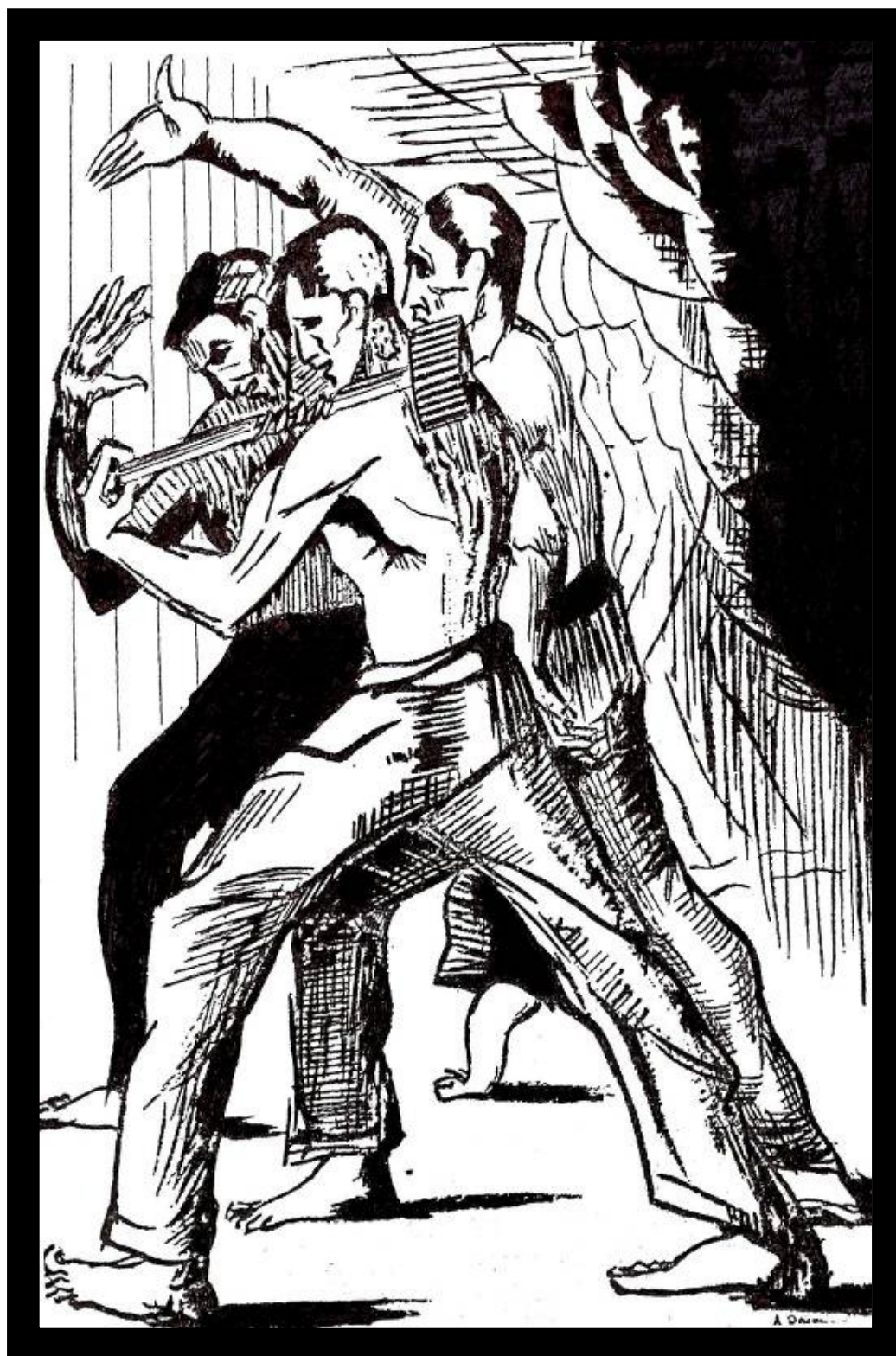
“A ti te extraña -le dijo otra vez- que yo esté contra ese derecho brutal y bárbaro de la herencia. Ese derecho que adquieres para tu felicidad toda tu vida por el solo hecho de presentar a los jueces una boleta de defunción de tu padre y otra de nacimiento tuya. Dos papeles. Dos papeles que te dan la posesión al igual que antaño cientos de esclavos que habitaban miles de hectáreas.”

“Te extraña hoy como extrañaría a los señores feudales, que les negaran el derecho de pernada. Te extraña cómo en la guerra de Secesión los del norte pretendieron liberar los negros. En el concepto de los sudistas, el negro esclavo era la propiedad adquirida por un derecho o una suma determinada de dinero, al igual que ahora tus campos o tus fábricas. Irías a la guerra por defender tales derechos, tan falsos como los otros. Nadie, nadie tiene derecho a negar que otro gane su alimento y menos aún a cobrar una parte de tal esfuerzo.

“La tierra es sólo del hombre que la trabaja, o del Estado, es decir, la comunidad. No debe existir más administrador que ésta. El porcentaje del esfuerzo debe volver al pueblo para su solo beneficio. Los fuertes muscularmente, están obligados a compensar a los débiles, ambos son productos de vaginas, resultantes de la vida. Si se los enfrenta siempre habrá patrones y obreros. El que por circunstancias nace superiormente inteligente no puede ni debe enfrentarse con su hermano el retardado mental. El judío de alma debe ser sacrificado en bien de la comunidad...”

“Sacrificado sin piedad, ahogado en la sangre de sus hijos.”

“En el mundo del mañana no habrá más guerras. Ni millonarios que las provoquen, ni militares que las realicen, ni sacerdotes que las bendigan. El hombre no matará al hombre, para enriquecer las arcas del hombre. La patria es la propiedad colectiva. Propiedad que debe desaparecer porque es la mentira por la cual los ricos llevan a los pobres a la guerra. El hombre no tiene más patria que el mundo, más patria que la tierra que le da alimento. La frontera es la mentira para mantener los privilegios. Los hombres no deben matarse unos por un trapo y otros por otro...”



¡Los obreros!... ¡Forjadores del mundo!...

“La carne dolorida se cansará antes que el látigo que castiga y ¡guay! Entonces del cerebro que ordenó al brazo. Los miserables todavía no se han cobrado de los ahítos.”

“Salomón construyendo su templo erigido entre los ayes y la sangre de los esclavos encadenados y Dios bendiciéndole, no es sino la más brutal y sangrienta idea sadista”.

“¿Qué gloria es la de ese Dios que se apoya en el dolor de la carne y en la noche del alma?”

“A Abel lo mató Dios porque Caín era de la raza de Dios, porque fue creación de Dios, hijo del hijo de Dios.”

“Caín sólo obedeció al cerebro diabólico de su creador, aquel cerebro que para deleitarse en una lucha, dio tierras maravillosas a uno y áridas al otro”.

“Caín fue el primer socialista, el primer comunista, el primer hombre que luchó por sus derechos. Derecho a partición igual de la tierra; derecho a la misma cultura, al mismo alimento.”

“¿Qué obrera no sentirá estrangularse el alma, ante el niño en lujoso auto, cuando el suyo carece de alimento por falta de trabajo, en un dupin de las fábricas productoras? ¿Qué hembra si no es mala hembra, no sentirá ansias de arrebatarse una golosina para su hijo de manos de aquél, imposibilitado por la herencia, siquiera de comerlas? ¿Cuál el obrero que en su esclavitud disfrazada no sueña con el líder, no se corrompe ante la dádiva?”.

“¿Cuál y dónde el miserable, que no sienta ansias de morder la mano que le alcanza una migaja del festín?”.

“Dádiva con que se cree comprar un cielo, un permiso, un paso en la barca de Caronte. Dádiva dada por miedo, no por piedad...”

“Sociedad de beneficencia que no tiene más objeto que justificar las pieles y joyas, los party y los bailes de sus presidentas apergaminadas y arrepentidas tardíamente de juventudes licenciosas.”

“El que te diera algo en la vida te lo hace con el propósito de cobrártelo un día”.

“Todo tiene valor de canje”.

Pasaron esa tarde sin hablar, largo rato. La vigilia de la víspera estaba escrita en su rostro. El humo de los cigarrillos cubría el dormitorio en una bruma, en una niebla que daba comezón a los ojos y carraspera a la garganta. Tendido en el lecho, le habló así en la última visita de Ego: “Tú, como otros, creerás que estoy loco. No, mi franqueza es la del hombre que está cansado de esperar la muerte, arrepentido de haber nacido, convencido que la vida es un castigo. Posiblemente en tu próxima visita no me encuentres ya aquí. Mis

gusanos, que tienen tanto derecho como tú y yo a la vida, me reclaman. Los siento en mi carne, bajo mi piel. En el fondo no somos más que una bolsa en movimiento de intestinos, llenos de gases, mucosidades y cadáveres a medio digerir."

"La muerte no existe, mientras exista la especie. ¿Qué importancia tiene que una sardina o un piojo mueran dentro de su especie?"

"Mientras la especie exista, la muerte del individuo no tiene valor como tal, porque volverá, no importa en cuántos miles de siglos, nuevamente a la especie. Y volverá porque en la corteza de la tierra, maravilloso laboratorio de la podredumbre, la reproducción se repite del gusano al hombre y del hombre al gusano a través de los mismos vegetales y minerales. Todos somos alimento de todos".

"Yo no pido ningún cabo en mi noche, al que asirme. Yo no parto de la vida como un delincuente que va al cadalso, aferrándose a la túnica de su verdugo. Yo prefiero la noche eterna y fría que el sol rayado de mi celda. Partir, ir en exploración a las regiones que nos han torturado toda nuestra vida. Penetrar en las sombras, cuando uno lo mande y no cuando se lo manden. Liberarse de la muerte, chistándola..."

"Tú nunca comprenderás la belleza de matarse! ¡De escapar a los castigos humanos y divinos!..."

"El suicidio no es una cualidad de las especies inferiores."

"El suicidio es la puerta de escape que nos ha dado Natura".

"El suicidio es la solución de las almas que buscan y no encuentran".

"Jesús fue el primer gran suicida de la historia, porque suicida también es aquél que busca la muerte y no ama la vida."

"Yo no marché a tientas. Yo sé de mi fin y lo apresuro. Cumplí con un deber, me adelanto a las Parcas tendiéndoles mi mano".

"Me sé viejo e inútil. Ya sólo pienso y digiero. Ese alimento y este espacio lo precisan otros para crecer y crear. Si me aferro soy un lastre en la caravana de la vida, un peso muerto, una rueda que ya no marcha".

"Si eres rico, tus herederos esperarán con fruición el presente de tu cadáver, que es la llave de la gran alegría, y la franquicia del amor. Si eres pobre, una carga menos al magro jornal agobiado cada año por un nuevo hijo".

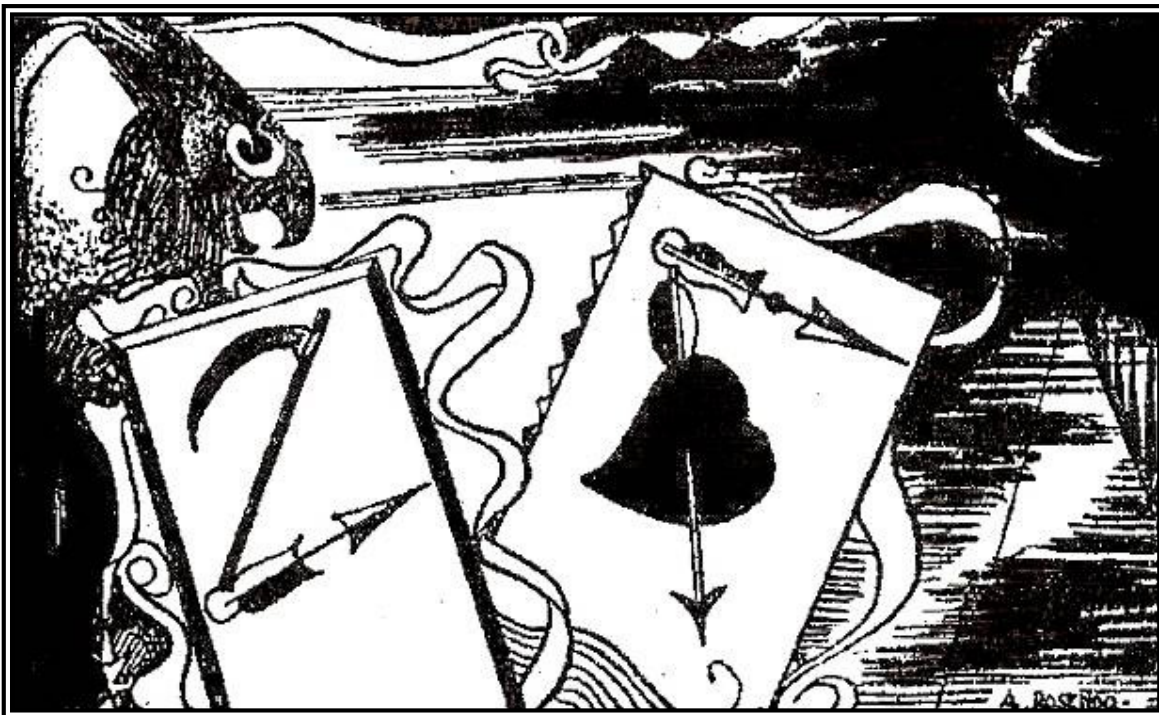
"La muerte no es un delito, menos un castigo".

"La muerte es la negación del dolor".

"La muerte la creó Dios, para que no lo maldijéramos por habernos dado la vida".



¡Y guay entonces de aquellos, hijos de millonarios!...



CAPITULO VI

La temporada se había adelantado aquel año. La nieve había pasado aquel principio de enero el espesor ideal para los deportes de invierno. Los hoteles rechazaban continuamente pedidos de alojamiento. Europa entera, la Europa de los millonarios y aventureros, se había dado cita en el romántico y lujoso Saint Moritz ubicado a orillas del lago ya helado. Los pinares bordeaban las faldas de las montañas, dando en su tono oscuro al paisaje un algo de tarjeta postal.

El sol radiante de aquella mañana, sol exclusivo de Saint Moritz, dorado, tibio y límpido, penetró a torrentes en su habitación del Palace, orientada al norte, cuando el valet corrió los espesos cortinados. Mientras el agua llenaba la antigua y lujosa bañera, tomó su desayuno.

Al atravesar el amplio y oscuro hall con los gruesos zapatos y sus esquís al hombro, se detuvo a cruzar unas palabras, con viejos conocidos. Amistades sin más importancia que la necesidad de no aburrirse y adquiridas en los balnearios que, como él, paseaban su aburrimiento, en un dejo entre elegante, y cínico.

Tomó por el centro de la calle que lo llevaba al funicular. Se escuchaban todos los idiomas. En las vidrieras se exhibían maravillosas orquídeas, alhajas y costosos trajes, que los grandes modistos, floristas o joyeros del mundo, habían seguido dispuestos a tentar el capricho de sus clientes. ¿No era aquél el duque del Loire, con el marqués de Pacinelle? Se saludaron al cruzarse, con la mano. En el fondo él no era más que un sudamericano,

orgulloso de sus millones. Una inglesa se adelantó, fresca y espléndida, discutiendo con uno de los treinta y cuatro hijos del Maharajá de Ulwur. Más adelante, una compatriota con el marqués de Francia, que el papá, afortunado importador, le acababa de adquirir; dos americanas, cinematográficamente vestidas, marchaban delante. Los habitantes de la ciudad miraban indiferentes, la comparsa de modelos de trajes en que los modistos franceses rivalizaban con los americanos, que trataban de imponer una tendencia canadiense. Un trineo pasó a su lado, haciendo sonar argentinamente los cascabeles.

Llegó a la estación del funicular, después de subir la empinada calle, en la que los niños se deslizaban en pequeños trineos. Colocó sus esquís como lo ordenaba el reglamento, en la parte posterior y penetró en el vagón, quedando de pie. Una treintena de personas estaban ubicadas ya en él. Charlaban a fuertes voces interrumpidas por carcajadas. Gente rica, joven, que a esa hora, próxima al mediodía, dejaban el lecho, para estirar sus músculos cansados del baile, y eliminar un poco de nicotina de sus pulmones.

Se cruzaron con los otros coches que regresaban vacíos. El pueblo ahora se contemplaba desde arriba. En todos los techos las chimeneas fumaban. Hora próxima al almuerzo. Una leve brisa castigaba agradablemente el rostro. Al pretender subir una ventanilla rozó las piernas de unas personas y dióse vuelta para excusarse.

Se quedaron mirando. Alma, un poco más gruesa, quizá algo ajada, pero aún espléndida, en una combinación de rojo y negro, que parecía hacer juego con el rouge de sus labios, le tendió la mano enfundada en suave guante de lana negra.

-¡Qué pequeño es el mundo y qué agradable este día!- dijo Ego, sonriendo y tratando de retener entre la suya la pequeña mano de ella.

-Permítame que le presente a mi hija. -Y dirigiéndose a la que estaba a su lado, agregó: -Vida, un viejo amigo...

El funicular había parado ya. Salieron y tomó él los esquís de ambas. Marchaban a su lado. Brevemente ella contó. Había llegado a saludar a sus familiares. Él no debía haber olvidado que Alma había nacido allí. Había quedado viuda hacía ya seis años. Instalada en París, no pensaba abandonar Europa. Su hija, la única, terminaba sus estudios del liceo.

-¿Verdad que nos parecemos mucho? -le preguntó Vida.

Verdaderamente, esa chiquilla de catorce años a lo sumo, era Alma un poco más pequeña, un poco más delgada y un poco más fresca... Ego la contempló partir con un grupo de amigas que se acercaron a ellos.

A las doce y media en casa -le recomendó Alma- ten cuidado, querida.

Rápidamente el grupo se perdió en la ondulación del terreno y en un recodo de un grupo de árboles.

-Sígueme -le dijo Alma-. Bajaremos al pueblo por senderos que no conocen los turistas. Son nuestros, propios, de la gente del pueblo...

Esquiaba espléndidamente. Con gran esfuerzo Ego la seguía. Cayó una vez, ante la risa de ella.

-Tendría ganas de mentirle que me he recalcado un pie.

-No había más que hacer lo que ha hecho siempre.

-Créame. Esta es una excepción. Lo haría con la intención de quedar un poco más junto a usted...

Se miraron, recordando aquel hecho del barco. Tomada así a la fuerza, su recuerdo habíase ido haciendo menos áspero, se lo había confesado a sí misma más de una vez, recordando ya sin rencor y casi con placer, aquella posesión bestial en el barco. Bestialidad que toda hembra recuerda con voluptuosidad, pasada ésta. Así debían haber sido sorprendidas y poseídas las primeras mujeres en el desierto o la montaña. Así debían haber sido tomadas las esclavas y las cautivas.

Alma, y estaba orgullosa de ello, fuera de aquella forzada aventura, había sido y continuaba siendo fiel al recuerdo del esposo muerto. Tentada cien veces estuvo de ceder. El recuerdo de su hija la contuvo, o el respeto que su posición económica y su cultura imponía, hizo débiles los gestos de sus pretendientes.

Miró detenidamente a Ego y al encontrarlo más hombre, más sereno, más cínico, no pudo dejar de confesarse que le seguía interesando profundamente.

-No puede usted imaginar cómo lo he odiado -le dijo de pronto.

-Usted habla en pasado, -respondió él, mostrando sus parejos dientes blancos- y ello ya es mucho.

Habían llegado a un sendero. Él propuso dejar los esquís, que mandaría luego a buscar y seguir a pie. Alma quiso negarse, pero Ego la tomó del brazo y empezaron a marchar.

-Se diría que está usted acostumbrado a tratar con... -iba a decir sirvientas o empleadas- nunca pide; sólo ordena.

-La vida es demasiado breve para implorar. En espera de la respuesta se vive la mitad. Imploran los que no son capaces de tomar.

Ella lo miró asustada; tan segura de sí misma, se encontraba indefensa frente a esos ojos pardos que la escudriñaban amablemente. Se arrepintió de haber llegado hasta allí sola con él. Se imaginó nuevamente la escena del mar, y un terror le paralizó la voluntad. Sin embargo, llegaron tranquilamente hasta el pueblo. Charlaba él, lo escuchaba ella.

-Agradezco este encuentro, que me brinda la vida. No voy a pedirle perdón. Perdón piden los que han faltado o cometido un delito. Yo no hice más que tomar lo que la vida me daba. Confiésole, y sin vergüenza, que de todas mis aventuras y canalladas, sólo aquella dejó en mi espíritu y mi carne, una sed, que los años no han podido extinguir. La he seguido deseando durante ocho años, todas las noches, sobre todos los otros cuerpos...

-Yo no podré ser -se atrevió ella- más que una amiga que ha olvidado.

-Si yo aceptara esa posición, usted no me creería, más aún, mañana la habría perdido...

-Usted no es capaz de desviar el destino, ni curvar la vida.

-Yo partiré esta noche -dijo ella como última defensa.

Esa misma tarde tomaron juntos el té en el Kulm. Vida los acompañaba. Él bailó con ambas. Por un fenómeno visual, hubo instantes en que parecía una sola persona que tenía el don de desdoblarse.

Vida, en sus catorce años, era un rostro sin maquillaje, y de curvas principiantes y tensas, de mirar ingenuo y claro, alegre y encantadoramente confiada, era el amanecer de la vida, el mañana. Alma, elegantemente vestida, contenidas sus formas en la cintura de goma, de manos con uñas pulidas, labios ensangrentados artificialmente, perfumada por Guerlain, con el atractivo, con esa madurez de fruta, tenía el encanto de la aventura de la próxima noche, de la conquista con sabor a ayer.

Trató a Vida esa tarde como una chiquilla y ella lo admiró como a un hombre distinto a todos los otros, a un hombre al que su madre demostraba una preferencia desconocida, pero que su instinto, ya de mujer, le decía de coquetería...

En otras oportunidades, el solo pensamiento que su madre casara, la enfurecía, pero aquella tarde se dejó envolver, mientras bailaba, con aquella agradable idea. Era ese hombre tan distinto, tan diferente a los otros, hablaba un mal francés, tan agradable.

Mientras bailaba con sus amigos se cruzaron las miradas. Ingenuamente mostrábale en su sonrisa sus dientes perlados. Mantenía fijos sus ojos, confiadamente. Deseaba que él la hiciera bailar, que le demostrara quizá, más atención.

Él aprovechó un momento para decirle a Alma:

-Cenaremos esta noche, en la Hostería del Lago.

Ella calló y él continuó:

-Pasaré a buscarla a las ocho.

La oscuridad impenetrable de la noche glacial hacía necesarias las farolas. Las mantas de pieles unían los cuerpos de ambos. Ella y él sabían que esa noche no era en la hostería noche de fiesta, y sin embargo se sorprendieron mundanamente, cuando se enteraron de ello.

-A las doce debo estar en casa -dijo ella y Ego como respuesta:

-No sé si es de su gusto. Yo bebo Clicquot.

Desde la ventana en que estaba colocada la mesa, se contemplaba el lago muerto. Un sudario de nieve lo había inmovilizado. Eran los únicos comensales. En la chimenea, la buena leña suiza, de pinares milenarios, lucía sus fuegos artificiales. Desde el mostrador, la dueña de la Hostería, contemplaba con alma de alcahueta la aventura, haciendo cálculos de facturas. Sus hijos, educados en Berna, serían quizá famosos doctores.

Escargota de Borgoña, trucha, liebre, creppes, rociados por una tercera botella de Clicquot.

-La buena vida, es sólo nuestra, de nosotros, países nuevos y sin historia. Crisol de todas las sangres e ideologías. Generación espontánea en donde se mezclan los millonarios con presidiarios, generales dudosos, con tiranos analfabetos, de nosotros, los futuros conquistadores del mundo, mezcla magnífica de judíos y arios.

Yo no conozco más ley que la de la selva o de la pampa, la ley del fuerte. No conozco frente a ti otra ley que la de mi deseo, ese mismo que hoy me hace decirte: Me moriría si te negaras...

Yo no te he poseído, sólo te he penetrado. La posesión exige el placer y tú me lo has negado, por ello, nunca fuiste mía...

Brindemos por esta noche de bodas...

Bendito alcohol, que hace aflorar a tus labios el beso, y en mi mirada el pecado. ¿Qué me importa la amistad, qué me importa el deber, qué me importa Dios frente a ti, cuando eres la negación de todos ellos? Te he vuelto a encontrar, cuando ya no te buscaba. La vida así lo quiso. No te niegues, mi novia, en ésta tu primer noche de bodas...

-¡Estás loco, borracho!... No puedes hablarme así -murmuró ella apenada, y sin embargo, al subir al trineo, se dejó sin rebeliones acariciar la nalga, estrechar su cintura.

Sonó el látigo y partieron veloces los caballos encascabelados. Se apretujaron en las mantas y la mano de él apretó el seno ya oprimido por el corpiño. Saltó un botón y como palomas, de picos rojos, surgieron los senos. Hurgó la mano de él, el seno húmedo de ella. La inclinó ya sin voluntad sobre el estrecho asiento. Tomó entre la boca de él la boca de ella, se juntaron los dientes, se juntaron los muslos, se juntaron los sexos, se juntó la vida...

La vida plena de él y la plena abstinencia de ella.

La luna se hacía pedazos tras una montaña. El auriga envuelto en gabanes viejos pensaba como los caballos en su establo humano. Tras los muros de las casas oscuras, la vida se arrancaba el antifaz. Y quizá, allá en lo alto, Dios pensará nuevamente, en mandar al mundo, un nuevo, hijo, un nuevo redentor no concebido con virgen, sino con mujer que tuviera como *mínimum* seis años de abstinencia...

Ego ordenó a su chauffeur regresar a París, y en el volante de su magnífico Rolls-Royce, partió con Alma y Vida por las carreteras de Suiza, en busca de Sol, al sud.

Se detuvieron breves días en Milán y continuaron hacia la ciudad de los Dux. La típica góndola negra los condujo al Royal Daniele, pasando por frente a la plaza de San Marcos.

Vida había aceptado aquella situación, con la impotencia de sus años mozos, habíase adaptado al concepto nuevo de que su madre fuera la amante de aquel extranjero. Cuando partieron, Vida ignoraba las verdaderas relaciones, por ello al enterarse pidióle la dejara regresar con los abuelos. Ello

fue imposible; Alma no podía viajar sola con él. Precisaba la pantalla que la cubriera de la maledicencia de las amigas que pudieran encontrar. Se alojaron en departamentos contiguos, departamentos siempre comunicados, departamentos de hoteles para turistas, que sólo exigen el pago puntual de la cuenta.

Ella tranquilizó femeninamente su espíritu, cuando Ego prometiéndole casarse con la madre, al recibo de ciertos documentos de América, pero su ídolo, la madre santa, la amiga buena, convertida en una pobre hembra en celo, le daba pena y asco.

Ego para ella no tenía culpa alguna, ya que sólo Alma había aceptado tal situación, la enfurecía si los veía tomarse de las manos; esa deliciosa laxitud de Alma al ser mirada por él; la partida hacia las habitaciones de Ego y su regreso al amanecer, despeinada, jadeante, deshecha. La escuchaba con horror, en el baño, hacer su toilette íntima, y después feliz, satisfecha, rumiar el placer en el lecho al lado del suyo. Pensaba en su padre, que la dejó huérfana tan niña y en el convento que su madre la tuvo enclaustrada sus primeros años. Siendo el único ser en quien confiaba, habíale entregado todos sus afectos, habíala siempre creído un semi-dios.

-Podías haber esperado -le dijo Vida una tarde, reprochándola, y refiriéndose a su matrimonio con Ego.

-No se espera ya a mis años -le contestó Alma.

-Tu ejemplo, entonces, me da derechos.

Discutieron largo rato, tratando Alma de explicar lo inexplicable.

-Tú no puedes imaginar, mi amor por este hombre, tan distinto, tan diferente a todo otro. Cuando en tu vida, mañana, encuentres un amor así, tendrá recién justificación el dolor de parir. En la vida, tú lo sabes, hemos sido más que madre e hija, más que hermanas, más que amigas y lo hemos sido quizás por habernos encontrado solas. Ya has dejado de ser la niña; comprendeme entonces como mujer. No pretendas que justifique hoy lo que un día no podrás justificar a ti misma. El amor, para nosotras, hija mía, es sólo dolor y vergüenza, porque el verdadero amor, por ser amor es delito, es pecado.

-Perdón, mamá -pidió Vida enternecida, acercándose y abrazándola. Alma la sentó en su falda, como cuando era una chiquilla, cruzó un brazo sobre su cuello: Voy a contarte un cuento -le dijo-. "Era, una vez, un hombre como él y una mujer como yo..."

Venecia, la reina del Adriático, lucía en ese final de invierno, todo el romanticismo de sus góndolas silenciosas y negras. La antigua capital de la república, antes de la apertura de la "saison" del Lido, tenía el encanto de la amante dormida. Si en un lugar de la tierra el amor no era un delito, era en sus estrechas y sinuosas callejuelas que se cortaban en los canales, plateados por la luna, que reflejaban en sus palacios de piedra, con más historias que años.

Diríase una ciudad de teatro presentada para motivos del cine americano. Diríase edificada por el capricho de un maharajá para su bien-amada.

El clima primaveral, característico de Venecia, tentaba el paseo, invitaba. Así visitaron en días de radiante sol, las fortificaciones de la ciudad, se retrataron dando de comer a las palomas, en la plaza de San Marcos, teniendo como fondo la columna del león alado; fueron ambas, hermanadas, a implorar perdón, hasta la basílica de la plaza, uno de los templos más bellos y ricos de la cristiandad; frente a la torre del reloj escucharon a los “moros” tocar las horas, contemplaron trabajar por artífices obreros, el vidrio y el encaje; se extasiaron en el esplendor de los salones del palacio Ducal, decorado por los más famosos pintores y visitaron las prisiones bajo el nivel del agua, cercana al puente de los Suspiros, camino obligado de los presos al Tribunal de la Inquisición. Y Ego les contó su historia: crímenes, aventuras y lágrimas. Les contó cómo ante las irrupciones bárbaras, sus habitantes aterrorizados, buscaron refugio en las islas de la laguna y cómo más tarde, las invasiones lombardas aumentaron su población y riqueza ante el número de fugitivos, y excitaron la codicia de los piratas de Istria; cómo Anafestos, primer dux, fortificó las islas, dio leyes humanas y se alió a Bizancio; cómo el pueblo, en castigo, arrancó los ojos a un tirano; las rivalidades de las familias patricias, y sus amores, en que el puñal y el veneno eran el único final. Las intrigas de los nobles y las guerras de conquistas y defensa; sus infructuosas expediciones cruzadas a Tierra Santa; guerras, sublevaciones, traiciones, toda la historia de los pueblos, toda la historia de los hombres...

Al atardecer, de regreso a sus excursiones que se extendían a veces en veloces lanchas hasta las islas lejanas, se detenían en el bar del hotel señorial, donde Ego cumplía el rito americano de su “cocktail”. Generalmente era Vida la que lo acompañaba.

-Yo me arreglo, en un momento -insinuaba como excusa- Ve tranquila, mamá, enseguida subimos...

Arrancaba de su cabeza el pañuelo y daba libertad a sus bucles aprisionados contra el viento, dejándose caer en el sofá a su lado, rendida de aire y marcha. Él le enseñaba a beber, tomada de su mano, penetraba en el desconocido laberinto de la mezcla de las bebidas, que aturdían el cerebro y liberaban el alma.

Un terceto dejaba oír una música discreta de bar. Viejas canciones italianas. La luz amortiguada por las pantallas de pergamino, predisponía a la confidencia.

Por primera vez en su vida turbulenta, Ego se confesaba aturdido.

Aquella chiquilla fresca, continuamente a su lado, que había desvestido mentalmente al final de un baile, que había visto sus muslos, perfectamente moldeados, en el continuo subir y bajar en los embarcaderos, lo aturdía. No era que la idea del deseo no llamara a su sexo después del tercer

whisky; era algo nuevo, desconocido, inexplicable, que le obligaba a cambiar el tema o desviar la mirada.

Ocasiones había tenido de solicitarla, y su instinto le decía lo fácil de aquella conquista; quizá por ello, por ser tan fácil, tan confiada en él. Adivinaba la admiración que había despertado en aquel ser que comenzaba la ruta, la ingrata, la triste ruta de la vida.

No era necesario que su deseo por Alma se hubiera apagado. Era ese contacto diario, íntimo, con aquél espíritu sin cerrajes, con aquel cuerpo fresco, auténticamente virginal.

Una noche, después de poseer doblemente a Alma, agotado, el recuerdo de Vida lo reanimó. Se desquitó con rabia en el cuerpo sin voluntad de la amada.

Muchas veces la potencia masculina no es sino el recuerdo de la otra no poseída. El cerebro está íntimamente ligado a los testículos. En el amor carnal, la imaginación manda.

Había hasta pensado en la posibilidad de aquel doble amor, estaba convencido que obtenidos ambos, no habría mujer en el mundo capaz de separarlos.

Un hombre fiel, es despreciable hasta para la propia amante.

Ésta no perdonará una aventura, pero menos perdonará al marido, no haber tenido ninguna, que otra no se lo dispute, que esa no sea capaz de conquistar. En el espíritu de la amada, el dolor o la duda, es el motivo para sentirse femenina perdonando.

La mujer que da como pretexto para la ruptura, un engaño, no ha querido nunca a ese hombre, no lo ha deseado sinceramente jamás.

La mujer necesita su rol de mártir y víctima, para excitarse. La mujer nunca es sinceramente celosa del amado. La halagan sus conquistas, aunque no lo confiese o no lo comprenda. Mientras es ella la “preferida”, mientras aquella aventura no se alargue, mientras no sienta el peligro de la rival que puede reemplazarla, toda mujer estará orgullosa de su hombre.

El amor no es lástima ni olvido, es lucha y conquista. El deseo se alimenta sólo de temor. Temor de perder, temor que otra se lleve lo que aún a una le canse. Muchas veces no es amor, es egoísmo, es feminidad, es motivo de vida, es lucha...

-Es verdad lo que dicen de tu pasado -le preguntó Vida, apurando el tercer “cocktail”-. Es cierto que distinto a otros, no respetaste nada...

-Respeté el mandato de la vida que es lo único respetable.

-Es la ley de los animales -dijo ella, molesta. Nos diferenciamos de ellos por el espíritu.

-Tú confundes espíritu por convencionalismos. Derecho por obligación. Y la vida no conoce otra obligación que la vida. Es su ley. La fuerza, otra que la fuerza; el amor, otro que el amor. Los jóvenes y los viejos hablan distintos idiomas...

Podrán comprenderse en las futilidades de la vida diaria, pero jamás cuando hablan sus glándulas, porque en éstos ya están muertas. Te podrán trampear en un negocio porque su experiencia es ya mayor pero no en la vida, porque ésta no es experiencia. La vida nace diariamente, junto con el sol. ¿Qué amor sería, ése el tuyo, mientras que exigiera un pasado en el que tú no existías? ¿O es que mientras vivo y espero la vida, no tengo derecho a esperar el amor?...

-¡Tú!... ¿Tú que tienes todo?

-Sí, yo, que tengo todo pero espero más aún.

-Más aún... -repitió ella como un eco.

-Más aún; porque además de la riqueza, además de la belleza, además de la juventud... ¡Te espero a ti!...

Su espíritu o su deseo acababa de venderlo. Había pronunciado aquella última frase sin pensarlo. Quizá fuera ese tercer whisky servido generosamente.

Se hizo el silencio en ambos y hasta ellos llegaron las notas del violín.

Quedaron escuchándolas. A ella golpeándole el corazón. A él...

Ego no había amado, la vida no le había dado tiempo para ello.

El amor de los primeros años, es sólo un aprendizaje, sólo fintas en la pedana de la vida. Los jóvenes no saben del amor porque primero deben saber del placer. Es una ley inmutable. El instinto sobre el cerebro.

El amor no es una obligación de todos, es una cualidad de pocos. Se nace para el amor como se nace para el arte.

Un carnicero que cohabita con su esposa, no está obligado a conocer el amor.

Realiza una función fisiológica, satisface una necesidad física, cumple con una ley biológica, mantiene la especie, puede hasta sentir la paternidad, pero no tiene obligación de conocer el amor.

El amor no es posesión física, no es roce de muslos elegidos. El amor es aquel sentimiento que despierta los sentidos a tal extremo, que el andar de las cosas, no es preñez anual. El amor es la cualidad de amada en la habitación vecina, produce un placer auditivo, reconoce su forma de pisar. Amor es aquel sentido del olfato que hace perfume la piel de la hembra. Amor es el deleite de verla desde el lecho, en la armonía de sus movimientos, peinar sus cabellos. Amor es la sensación agradable que repercute en toda piel al rozarla. Amor es mirar sus ojos y verse en ellos...

El amor es el don de los privilegiados, el amor es un don que sólo pueden sentirlo, los elegidos de los dioses.

Y Ego aquella tarde sintió el amor. No era sólo el deseo físico.

Era la unión de su ser a aquel ser. La unión de esta y la otra vida. El maravilloso choque de sus cuerpos, para perpetuarse voluntariamente. Para crear la vida, perpetuar su amor.

Los hijos del coito tendrán como maldición su inferioridad física y mental frente a los hijos de amor. La tara de la humanidad está en satisfacerse cohabitando. El egoísmo del pene o del clítoris se impone en la mayoría. No creamos con amor. Damos la vida como una consecuencia fortuita de frío o pereza. Damos la vida como si defecáramos o nos sonáramos las narices...

Y por ello la vida es mala, y por ello es perra y por ello maldita...

Ego, había sentido el respeto por Vida. No la hubiera tomado antes de sus nupcias. Ateo, hubiera llegado hasta el altar para implorar la bienaventuranza de su amada. Hubiera hecho contricción de sus pecados. Hubiera jurado protección y fidelidad...

En la habitación del hotel las esperó. Imaginaba que todo se arreglaría. Que Alma si lo quería no le habría negado a su Vida. Amor que no sabe de sacrificios no es buen amor.

Y Alma sólo había sido para él una aventura. Una de sus cientos de aventuras.

Vida, en sus catorce años, en la impudicia de su cerebro era para Ego, la primera y la última.

Alma no podía exigirle su vida y la de ella.

Contempló en el armario las ropas de ambas. Encajes y sedas entremezclados con la púdica camisa de hilo.

Tenían la ropa con olor distinto. Olor de hembra y de virgen. Olores característicos, inconfundibles, como el olor de las hembras de prostíbulos o conventos. Olor a semen o flujo...

Cuando volvieran, él hablaría con Alma. Calmada ésta, podría obtener de ella todo; haríale comprender y partiría entonces con Vida.

Compraría en la Corte d'Azur un pequeño palacio, lo alhajaría para ella, con la emoción de la primera mujer conquistada en la vida, la llevaría a viajar por su lejano país, correrían por las arenas doradas de América y por las nieves eternas del norte. Viajarían en pomposos elefantes de la India y en veloces trenes plateados de la América del norte. La selva tropical desplegaría ante ellos la armonía de sus colores.

Harían de sus vidas el más bello poema de amor.

Él plantaría un árbol y a su sombra escribiría un libro. Ella le daría un hijo...

Esa noche no los acompañó a comer.. Quedó en su habitación con el pretexto de una jaqueca, horrorizada de las palabras de él.

"El amor no tiene más obligación que el amor" -habíale dicho:- "Yo que todo lo tengo, te espero a ti" ... habían sido sus palabras, en el momento que llegó la madre, del "coiffeur", sombrero en mano.

Ella quizá era la única culpable, ella y ahora se lo confesaba, que había dejado sin querer asomar a sus ojos el alma. Su pobre alma de catorce años, enamorada del amante de su madre...

Abrió la ventana que daba sobre el gran canal. Una góndola cruzaba lenta y de pronto sintió el “¡Haoooo!”... del gondolero avisando su entrada en una callejuela de espejos líquidos.

Ella -se repitió- era quizá la única culpable. Pensó en un instante atarse las manos y arrojarle al canal. Dejar una carta que dijera: “Madre, tu felicidad bien merece mi gesto. Te devuelvo la vida que me diste”...

Hubiera sido ponerla sobre aviso, robar la fe en su hombre, hacerla desgraciada una eternidad.

Lloró intensamente lo que imaginaba una tragedia, el fin de un mundo. ¡Rival de su madre!

Se lo confesaría todo a ella, para que despreciándolo ambas olvidaran aquel ser; quizá profesaran hábitos, dedicaran ambas su vida a la penitencia, que las hiciera dignas del perdón.

De rodillas imploró: “Padre nuestro que estás en los cielos”... Cerró la ventana y llegó cansada hasta el lecho. Sobre él se abandonó, el camisón le marcaba afrodisíacamente las formas; sus maravillosas formas de niña y hembra.

-¡Mamá! ¡Mamita!... -imploró, defendiéndose ya de sí misma.

La ola de frío que cubría ese fin de invierno a Europa, llegó a Venecia. Decidieron bajar a Sicilia buscando los vientos cálidos de las costas africanas. El poderoso automóvil guiado por la firme mano de Ego dejó larga estela de polvo en las carreteras italianas. La auto-estrada de Milán le permitió probar la máquina. Cientocuarenta, cientocincuenta y cinco, sesenta, marcó el cuenta kilómetros, embriagándose de velocidad. Florencia, Roma, Nápoles, cruzaron cinematográficamente ante sus ojos. Cuando el viejo y lento ferry-boat, cruzó el estrecho de Mesina, Taormina bañada por las aguas azuladas del mar Jónico, apareció deslumbrante de sol, teniendo por telón de fondo el Etna.

Se alojaron en un antiguo convento transformado en lujoso hotel. Las habitaciones guardaban su carácter de celdas y el claustro por el que se llegaba a ellas predisponía el espíritu. Las rosas trepaban por las columnas de piedra ocultando su tala. Los grandes ventanales de los salones daban sobre la terraza donde el verde de la naturaleza había expuesto todos sus tonos. Algo más abajo la villa muerta e insignificante ahora, pero llena de recuerdos y magnífica de historia.

Tuvo el honor en las guerras civiles, que un grupo de empleados ansiosos de volver a ser hombres, sus murallas resistieran a los poderosos romanos, durante años, y sólo la traición de uno de ellos, eunuco de alma hizo que la ciudad fuera tomada. Las patricias familias de la península, erigieron en ella sus villas de veraneo y Taormina, danzó como una gitana enloquecida, una danza de vida en honor de Baco y Venus. Los sarracenos de Ibrahim impulsados en la codicia por sus bellas mujeres y sus riquezas, la

atacaron destruyéndola, pasando a cuchillo todos sus habitantes. De nuevo los montañeses la construyeron, de nuevo los sarracenos la destruyeron. Y cuando no éstos, las guerras internas y los terremotos... Cansada de luchar parecía, la pequeña villa, otrora poderosa ciudad... El teatro, el circo romano, conservaba, dentro de sus ruinas, ese aspecto orgulloso de haber sido el más importante monumento de la ciudad. En la falda del monte "Della Croce", la imaginación de sus arquitectos, aprovecharon como fondo la más fantástica y bella de las decoraciones. Las faldas y valles salpicados de pequeños "villages", surgiendo entre los olivares y naranjales, eternamente verde plata unos, y verde oscuros otros; la costa del mar con sus pronunciadas entradas, tratando de escalar la montaña, sábana azul bordada de espuma blanca; un infinito, dorado, enceguecedor en su luz.

Alma, junto a uno de los majestuosos arcos del escenario, quedó contemplando el Etna, que jadeaba, asmático, respirando como cansado, de su prisión de infierno. Ego y Vida subieron, ayudándose por las escalinatas gastadas por el paso de los años, hasta la galería superior, amplia y bella y en parte bien conservada. Allá abajo, en escena, aparecía pequeña e insignificante Alma, desentonando en su traje, destruyendo la evocación.

Eran los tres únicos personajes de la tragedia que la vida les iba inconsciente hacer representar- la tragedia que se repetía miles de años...

Vida, temblando, agitada por la sabiduría y por lo que femeninamente presentía, por lo que adivinaba en esa oportunidad que sabía él no dejaría pasar, se sintió acorralada entre la inmensa columna que los ocultaba a la vista de la madre, entre la columna patinada por el tiempo y aquél hombre, su primer hombre en la vida, vedado y prohibido.

Se lo había confesado a toda hora, su lucha fue tan breve que casi no existió. Se dejó llevar por ese torbellino de emociones y deseos, por esa locura que le había hecho mirar con odio a la madre. Esa madre, que le había impuesto en la vida de ellas, en la intimidad de sus almas y sus cuerpos, aquel hombre joven y al que sus años tenían más derecho. El dinero o la libertad que las leyes reconocían a su madre, no podían entrar en la disputa de aquella justa. Allí sólo valdrían el corazón y la juventud.

Si Vida estaba enamorada de Ego, sólo su madre era culpable. Ella, le había enseñado con su ejemplo, admirarlo primero, amarlo después.

Ella le había destruido los prejuicios morales. Sólo ella había despertado con el aspecto de la carne satisfecha, su deseo...

-Tu madre, no puede ser un obstáculo a mi amor, como no podría serlo ninguna otra mujer de mi pasado. Mi corazón no sabe de parentescos, ignora apellidos y fortuna. Amor que siente piedad por el dolor ajeno no es buen amor. El amor es la fuerza de la vida basada en el egoísmo de vivirla. El amor es un instituto superior a la vida, esa misma vida que por habértela dado no tiene el derecho hoy de pedirla. Lo que se da a cambio de un futuro gesto, no tiene derecho a él. Los sentimientos desconocen sellados y pagarés... Yo mismo -continuó, acercándose y tomándola de las manos- he

sacrificado mi deseo. He purificado mis sentimientos a tal extremo que si esta tarde te ofrecieras, yo no te aceptaría. Te quiero tanto, maravillosa Vida mía, que quiero ofrecerte antes que tú, todos los oropeles morales que puedan hacer felices tus días. No te quiero como amante, te busco como esposa, como madre de mis hijos, como dueña de mi vida.

-Tus hijos... -murmuró ella.

Sus ojos claros, vieron acercarse aquel rostro moreno, de párpados y brillantes ojos, y dientes parejos y blancos que buscaban su boca, que también ansiosa buscaba la sensación nueva del primer beso de su vida...

Se juntaron sus cuerpos antes que los labios. Los brazos de él cruzaron su cuello y la cintura. Sus rodillas cedieron como en un desmayo. Se oprimieron sus senos sobre el pecho de él y sintió su aliento cálido, sus labios húmedos, la penetración de aquella lengua en su boca. Sus piernas, temblorosas e instintivamente en defensa, cedieron ofreciéndose, sus brazos inconscientes se abrazaron a aquel torso que la oprimía ahogándola, quitándole deliciosamente su respiración. Él no hubiera tenido más que recostarla sobre las piedras de aquella alta galería varias veces centenaria, para hacer de ella, lo que hubiera querido.

Sentía su aliento en su aliento, presintió por primera vez el sexo buscando a través de los tejidos, el sexo...

No precisó ya apretujarla contra sí. Vida, en la impudicia de su deseo buscó los labios de Ego, ofreciendo su boca, en la que los labios mezclaban sus salivas... Ebria, juntó su pubis al cuerpo de él, que corriendo una mano había tomado un seno. Sintió su grupa acariciada violentamente, dolorosamente por las uñas; creyó morir...

-¡Perra!... -gritó de pronto, como fiera herida, Alma, ante el espectáculo de su vida rota, no esperado.

-¡Perra!... -repitió desde lejos, avanzando hacia ella, olvidando la hija, vislumbrando sólo la rival. La rival que, más joven, más bella, le arrebatara el hombre, le robaba su placer, la condenaba al dolor.

Ego, no atinó a reaccionar sino cuando ésta había cruzado a Vida el rostro de una bofetada y un escupitajo.

-¡Miserable!... ¡Miserables!...

Quizá Vida, no hubiera reaccionado ante la humillación, si ésta no hubiera sido hecha en presencia de aquel hombre.

Ego la contuvo y Alma quedó estupefacta ante aquel gesto dispuesto a la defensa; aquel gesto en que surgía con él, un ser desconocido; gesto de aquella hija sobre la que creía tener todos los derechos, además de niña, convertida de pronto, transformada por la vida y el amor.

Él insinuó unas palabras. Alma le dijo, le gritó:

-¡Vete!... ¡Déjanos solas!...

La brisa del mar llevó el eco:... olasss!!!

Era imposible explicar lo inexplicable. Demasiado embarazosa la situación creada. Absurdo en aquel momento abogar por su derecho, hablarle de su amor a Vida.

Optó por bajar la escalinata. Más tarde calmados los ánimos, él defendería sus sentimientos, los únicos puros que había sentido su corazón.

Estaba enamorado de aquella chiquilla. Por primera vez vislumbraba el amor. Surgía en su alma, cansada y viciosa una aurora, un infinito deseo de ser bueno...

Tomó camino abajo. No volvió para contemplar esas dos mujeres que en silencio lo dejaron alejarse. El mar cantaba su tierna canción de olas. Las ruinas seguían afinándose con el viento. El sol prisionero de su círculo, esclavo de su órbita, marchaba a su destino, como ellas, como él...

Vida se sentó en el borde del muro y queriendo evitar la mirada de su madre, miró hacia abajo. Las piedras labradas por esclavos, arrancaban desde sus cimientos, apoyándose en las rocas de la empinada pendiente.

Su rostro le ardía como presa de fiebre, sentía el escupitajo, frío ya, de la madre, al verla en brazos de Ego y no se animaba a limpiarlo. Pensó si habría traído pañuelo... Pensó que nadie está obligado a amar a otro. Si él quería hacerla "la madre de sus hijos", Alma no podía oponerse y si lo intentaba peor para ella. Vida, no se detendría en nada ni en nadie. Sólo obedecería la voz de su instinto y la voz de él.

La encontró ridícula, corriendo tras los afeites, los peinadores y masajistas, para compensar los diez años en su contra, para adquirir esa esbeltez y esa lozanía que a ella le sobraban. Qué pasaría cuando ella, cincuentona, tuviera a su lado un hombre que no había cumplido los cuarenta? ¿No había tenido su juventud, prueba de ella, para venir a conquistar hombres que le pertenecían por derecho? ¿Era posible que se viviera una segunda juventud a costa de la primera, quizá la única de ella?

Por primera vez había sentido latir en forma extraña su corazón, turbarse deliciosamente ante la mirada de un hombre, deseando vehementemente que la tomara. No imaginaba bien cómo sería aquello; pero sabía sí, que deseaba ser penetrada, apretada desnuda contra el pecho del macho; desgarrada su carne. Si la muerte era su consecuencia, ella no titubearía en llamarla buena muerte. Pero no dejaría que otra mujer, porque mujer era sólo la que le disputaba ese hombre, impusiera un derecho que su instinto le decía era el de la fuerza. Ella amaba y era amada; ella era joven y él, rico y libre...

Huirían mañana al alba, ella misma lo propondría. No existía en su alma otro temor, que el soportar nuevamente las caricias y atenciones de su madre para él.

Recordaba con rencor, cómo hasta esos días le había impuesto una niñez que no sentía, sólo por celos, sólo por rejuvenecerse, pensaba ahora, sólo para que su juventud no remarcara sus años. No había sido amor de madre, sino egoísmo de hembra.

A la impresión producida ante la escena, de su hija abrazada a su amante, habíale sucedido una depresión espiritual, un cansancio físico, que la hubiera hecho acostarse sobre el musgo de las piedras y dormir, dormir eternamente.

Debe hacer mucho que me engañan –pensó calmada ya-. Quiso disculpar ante sí al hombre que sabía, no podría ya vivir sin él. Ego, por hombre y como hombre no es culpable. Ha tomado una oportunidad. Ha aprovechado la mujer que se brinda. No ignora que no hay hombre capaz de tomar una mujer que no quiera dársele. Ni que éste sea fuerte ni que aquella tenga catorce años. Ése es el pretexto para justificar el arrepentimiento de un placer o curiosidad satisfecho. Es el biombo para tapar letrinas sentimentales.

La excusa para justificar una debilidad de piernas. No hay tampoco tal engaño. Las palabras tienen sabor de veracidad, cuando queremos que las tengan, cuando el hombre que las pronuncia nos gusta o nos conviene. No se engaña a una mujer en amor, que no te invite a que la engañes. No se toma a la mujer que no te invite a que la tomes. No se conquista sino aquella que quiere que la conquistes.

Antes de la posesión la única que manda es la hembra. La única que puede.

Vida, su hija, aquella chiquilla puerca, debía haberlo buscado, debía habersele ofrecido y ella, tonta, recién descubría aquel vergonzoso engaño.

Recordaba de pronto gestos y palabras, que no había dado otra importancia, que la que podían tener las relaciones entre él y ella, su amante y su hija.

Miró hacia el mar como buscando consuelo a su dolor, un dolor inexplicable, nuevo, un dolor muy dentro de sí misma que le producía ansias de llorar y morder.

Nada había cambiado, nada derrumbado, las ruinas continuaban el camino de los años, muertas ya, indiferentes a un dolor que ella creía debía conmoverlas. En el paisaje sólo el disco dorado se había agrandado en el firmamento, llevándose su luz, dejándole la noche.

La terrible noche de la verdad, la negra noche de la vida.

Ella era joven, bella aún y ese hombre, el único que había poseído fuera de su marido. Su amor podía defenderlo con el certificado de su honestidad, con la sinceridad de su cariño.

¿Qué delito purgaba para enfrentarse como rival de su hija?
¿Por qué había sido ella la elegida de Dios?

-¿Desde cuándo eres... desde cuándo hacen esto? –murmuró interrogando, ansiosa de abrir aún más su herida.

Vida miró sobresaltada al escuchar su voz, a una madre distinta.

-Yo no he sido... –respondió-. Voy a serlo...

-Estás loca...

-No; estoy enamorada...

¿Sería posible, ¡oh, Dios!, que ella no se hubiera entregado, que fuera pura aún?

-¡Júralo!... ¡Júralo por tu padre muerto, por mis ojos!- imploró.

-Lo juro, madre...

Alma se acercó a ella, abrazándola.

-¡Hija, hijita de mi alma!

Pero de pronto recordó la escena. Creyó que nunca la habían tomado en sus brazos así...

-Mañana volverás al colegio -sentenció, tranquila por el tono de sinceridad de aquella voz.

-No, madre -dijo Vida separándola-; yo no volveré al colegio... Yo no volveré ni siquiera contigo, yo partiré con él...

La madre se transformó en hembra, la mujer en rival:

-Irás donde yo te mande, a las buenas o a las malas. Irás donde yo quiera, pediré a los jueces que te internen por los años de los años...

-Tú no harás eso; tú no tienes derecho a hacerme eso. Yo voy a casarme con él...

-¿Casarte, tú?- rugió iracunda-. ¿Tú, hipócrita, culo sucio?... -y avanzó hacia ella, con los puños en alto, dispuesta a castigarla nuevamente.

Vida se irguió sobre el parapeto, tomándose de la columna.

Aunque fuera su madre no tenía derecho a insultarla así. Ella sólo disputaba su felicidad.

-¿Y tú, tú qué eres? ¡Vieja ridícula, vieja...!

Se abalanzó Alma, Vida quiso evitarla, un pie quedó en el vacío, se quebró el equilibrio y desapareció a la vista horrorizada de su madre. Pareciera que se había borrado del paisaje.

Tras una indecisión, Alma, ya sin corazón, se asomó a la balaustrada.

Allá, abajo, al pie de la muralla, sobre el verde negro de las ropas, una mancha de ropas rojas...

-¡Hija... hija mía!... ¡Tómalo... tómalo!... ¡Es tuyo! ¡Sólo tuyo! - gritó enloquecida.

Se arrastró como una fiera herida. Herida de muerte.

Resonó en el valle el eco: "¡es tuyo... es tuyo!"

Se acercó más, tendió una mano...

¡Qué lejos estaba su niña!

-¡Hija!... -imploró de nuevo.

Le pareció verla moverse y entonces quiso descender verticalmente. El vacío la llevó.

Cayó junto a ella. Cuando instantes después recuperó el sentido, un líquido pegajoso la cubría... sangre y secreciones intestinales. A su mano estaba Vida, dormida...

Un sueño profundo la embargaba, sueño de muerte. Quiso acercarse...

Su cuerpo no obedecía al cerebro que mandaba. Pudo apenas apoyar una mano en la frente de Vida.

-¡Hijita!... ¡mi hijita!...

Y como tantas otras noches, cuando Vida era muy niña, cerró los párpados tranquila, al saberla junto a ella. Junto a ella para siempre...



La tragedia se repetía... ¡GUERRA!



CAPITULO VII

La invertida es, generalmente, un producto de las circunstancias, no de la naturaleza. Es la consecuencia de la vida falsa en el internado, en las sociedades deportivas femeninas, en los conventos y en las cárceles.

Las glándulas necesitan cumplir su misión para mantener el equilibrio de la vida. Si las circunstancias se lo privan, ellas crean auto-defensas disfrazando seres u objetos que se asemejen a sus necesidades fisiológicas.

Tan relacionado está todo con su organismo, maravillosa fábrica de vida, a una marcha normal que hasta el lactante al chupar la mama ejerce un influjo directo en el útero y los ovarios, provocando contracciones rítmicas en aquellos órganos que tienden en esta forma a su restablecimiento después del parto.

La hembra que impide cualquier función natural aún tildada por las leyes de inmoral, no hace sino atentar contra su salud y su espíritu.

La niña, mucho antes generalmente de su época menstrual, vislumbra su misión por sensaciones más o menos vagas que la llevan inconscientemente a la investigación. Investigación nunca satisfecha y menos explicada por sus cuidadores.

Es entonces cuando se presenta el problema de satisfacer una necesidad imperiosa de los órganos o atrofiarlos en una abstinencia generalmente imposible.

Se recurre entonces al engaño. La mentira obligada, religiosa o social, ya que éstas marchan, aunque paralelas, por distintas sendas a la realidad de la naturaleza.

Las relaciones sexuales están regidas y legisladas sin tener en cuenta el valor salud de la persona. Regidas y legisladas como relaciones comerciales, como si exclusivamente dependieran de la letra muerta de un Código que puede dirigir nuestros cerebros.

Obligada por tales circunstancias la humanidad, principalmente la mujer, no le quedan más recursos que disfrazándose en la rigidez falsa de la moral, recurra al onanismo en primer término, a relaciones hasta con animales, o palos con apariencia de duchas vaginales y cuando éstas no satisfacen plenamente, tropiezan con la “iniciada” a la inversión directa.

Se malogran así seres que podrían haber sido fecundas madres y maravillosas esposas, si no se les hubiera exigido para ello mantener intacta una virginidad física que rara vez se conserva aún sin contacto masculino después de veinte años.

La libertad sexual de la mujer, no haría sino disminuir el libertinaje. Éste no se impide persiguiéndolo.

El deseo, encontrará siempre la ganzúa para abrir la puerta después de medianoche.

Queremos y debemos ser sanos no solamente espiritual sino también sexualmente.

Hemos progresado intelectualmente pero seguimos regidos por los mismos principios sexuales de la Edad Media, por una terrible Inquisición representada no sólo por las leyes, sino por nuestros seres más queridos, satisfechos o agotados y de tan frágil memoria que olvidaron los problemas de su juventud.

La revolución social, o la revolución humana, deberán tener como base primordial el problema de la libertad amorosa.

La mujer, por su configuración, por su responsabilidad ante la vida, por la misma perfecta naturaleza que la rige, no es en su mayoría ni sicalíptica ni libertina, ni tiende instintivamente a ninguna degeneración. Éstas son las consecuencias exclusivas de su abstinencia forzada.

Si los hombres nos rigiéramos por las mismas leyes daríamos un porcentaje mucho mayor de invertidos que ellas.

Podría alegarse que la mujer es diferente en sus necesidades frente al hombre. Más a su favor. Libres y satisfechas, formarían uniones más duraderas, más felices que las que hoy rigen sus vidas.

Se les exige como único permiso de vida, el matrimonio o, en el peor de los casos, una castidad tentada diariamente por espectáculos de parejas aparentemente felices, la promiscuidad en la vida familiar y la ilusión teatral o cinematográfica.

No hay ser humano que pueda resistir impasible la tentación, al deseo, y se resista por un tiempo indefinido.

Trabajo a cambio de virtud o virtud a cambio de hambre.

El problema matrimonial es imposible en cualquier comunidad organizada con buena intención.

Existen países, conglomerados humanos en que por cada hombre existen ocho o diez mujeres. Si una de ellas se casa adquiere la exclusividad legal sobre el esfuerzo mental, físico y sexual de ese hombre aumentando el número de mujeres condenadas a la soltería y si llegamos a que todos los hombres se casaran nos encontraríamos que por una mujer “satisfecha” la mayoría de las veces tendríamos de ocho o nueve mujeres condenadas a la masturbación o violar las leyes humanas y divinas para no idiotizar o sucumbir de hambre, prostituirse.

La solución no está en combatir la prostitución, la consecuencia y factores extrañas a ella, sino lo que la origina, la causa que la produce. No está en crear hospitales y manicomios ni salas de “madres solteras”, ni Tribunales de Mujeres “liberadas”. No está en inventar de hierro o cuero un cinturón de castidad, ni un infierno aquí o en el más allá a la mujer que marcha por el imperativo de sus glándulas.

La solución es darles una igualdad social y moral aún sacrificando a esa favorecida en la tómbola en la vida, por el matrimonio; la señora.

En el fuero íntimo toda mujer desearía ser esposa, madre, compañera, amiga. Es cruel, inhumano, condenar a la mayoría; darles vida obligándolas a jugarla en una lotería con pocos premios.

El mormón ha sido, aunque imperfecto, un cruzado del mañana. La fidelidad de sus mujeres una cualidad innegable.

La falla del matrimonio es aquella carrera tras del marido. No existe otro estímulo que asegurar un bienestar físico y sexual y cuando esto se consigue surge por lógica el deseo de satisfacción espiritual y como consecuencia de ello el adulterio.

La libertad sexual en la sociedad del porvenir no traerá como consecuencia el bienestar exclusivo de la mujer, participará el hombre, creándose el respeto mutuo y una obligación moral e independiente hacia los hijos.

No se consiguen alimentos para la prole que no se quiere alimentar, por más condenas y fallos en los Palacios de Justicia, no se consigue revivir el amor o el deseo, por más impedimentos legales o religiosos al divorcio.

Los sentimientos no pueden ser regidos por las leyes, nacen como mueren, independientes de toda razón, de toda valla, de toda lógica...

Virgen fue una consecuencia de aquella sociedad mal organizada. Su hogar fue el común de todos los obreros franceses. Un pequeño pueblo de pescadores y veraneo sobre la costa Bretona: Quiberon.

Familia numerosa, excesivamente religiosa, la criaron en la más estricta disciplina moral. Nunca olvidaría el orgullo de los suyos cuando en la

procesión anual, vestida de blanco, fue elegida para tomar uno de los cordones del guión.

Tendría diez y seis años cuando terminó sus estudios y se dedicó a cuidar a los suyos y aumentar su dote con el empleo de vendedora en el quiosco frente al hotel. Pequeño hotel burgués que abría sus puertas en verano para alojar empleados en vacaciones.

Vivía en el mundo de las revistas y su mundo parecía un castigo. Hasta que un día...

Día de todas las mujeres, día de todas las vírgenes, día de verano y menstruación. Él habíale comprado unos rollos de películas, hecho provisión de cigarrillos, cargado de nafta el tanque de aquel lujoso auto americano que atraía a la gente.

-Si usted me pidiera quedar en este pueblo...

Ella no le pidió, pero aceptó la invitación de pasear más tarde, y enseñarle los caminos que cortaban la playa, hacia el bosque.

Salió sin más intención que disfrutar siquiera la sensación de ese auto que imaginaba prerrogativas sólo de estrella de cine.

Partieron por la costa en bajamar, tomaron carreteras en enloquecida velocidad, bebieron en el camino y cuando él la dejó ya anochecido cerca de su casa, llevaba para su cuaderno de notas de viaje una aventura más y ella semillado su vientre virgen por un espermatozoide americano.

La historia de ella era la historia de todas las que, como ella, por ser pobres, perdían su "capital". El padre le pateó el vientre delante de los hermanos y su madre le dio sus ahorros cuando, vuelta en sí, la expulsaron de la casa.

París la recibió sonriendo, conformándose con saberla joven y bonita. Es un pasaporte que no necesita sellados ni firmas. Una amiga de la madre la ayudó, hasta que un día quiso entregarla al amigo "generoso" de la casa.

Invierno. Frío, hambre y la amiga similar, pero más conformada, que la recoge en su cama tan chica que para dormir bien deben hacerlo abrazadas.

Margot había tenido condescendencias con el gerente de las Grandes Tiendas donde trabajaba, y la primer vacante fue para Virgen.

Comen miserablemente en "bistroca", donde los chauffers de taxis juran en "jabané". Diez horas de pie; como autómatas sonrío a los clientes, los partes de enferma se descuentan del jornal; los jefes de la sección y hasta sus compañeros de trabajo la olfatean como perros en celo.

Es algo brutal, inhumano, agobiador...

Sólo los sábados haciendo recuentos pueden ir al cine del barrio, los domingos quedan hasta tarde en la cama, repasar el único traje, almorzar un plato "chez-Dupont" y pasear por el "bois".

Hay tácitamente en ambas un rencor hacia el hombre, por ello Margot se extraña cuando Virgen le dice:

-No puedo más... Le he aceptado salir mañana...

A Ego le afectó profundamente la tragedia de Taormina. Si hubiera poseído a Vida quizá no hubiera sido para su espíritu sino una aventura más.

La muerte tiene la piedad de negarnos el espectáculo del ser amado vencido por el tiempo, deformado por los años, grotesco por el hastío.

Tiene la virtud de fijar como en una película, el máximo de la belleza del ser amado en nuestro cerebro. Se recuerda sólo su bondad, pasión, la armonía en sus formas. Se lo hace como querría uno que fuera, no como era, no como sería.

En la ignorancia de los hechos, en el desconocimiento de aquel simple accidente producido al perder Vida el equilibrio, Ego había saturado su imaginación, había creado para él, satisfaciendo su temperamento, una escena entre Alma y Vida digna de un dramaturgo.

Nadie podría convencerlo de que “aquello” no fue un doble suicidio en homenaje, en holocausto de su sentimiento, temerosas, quizás, del castigo divino de compartir su amor, prefirieron compartir el silencio de la noche eterna.

La vida no es sino la ilusión del mañana o el recuerdo del ayer.

Salieron a conocer “Paris de Nuit”. Salieron derrochando propinas que les abrían todas las puertas que, a pesar del modesto traje de ella, obligaban todas las sonrisas. Francia prostituida se vendía en el último de sus callejones. Él repitió la escena de Londres. Inconsciente de su tragedia económica, seguro de que su fortuna no tendría fin.

Virgen al entregarse aquella noche, lo hizo convencida de cumplir una necesidad económica. Cansada de miseria, quería hartarse aunque fuera sólo una noche.

Fue la revelación para ella. El placer llegó sin esperarlo hasta lo más íntimo de su ser.

Parecía despertar a la vida, que su piel era de otra.

Ella, recordaba, se había habituado a la caricia femenina, de Margot. Aquello había llegado sin saberlo. Una noche en que ambas habían salido con dos amigos, bailado y bebido hasta la madrugada.

La cama era estrecha, y ancho el camino de sus lujurias insatisfechas. Ebrias, quitaron sus ropas, arrojaron sus camisas, riendo, al suelo.

La cama era estrecha y los vientres y senos se juntaron sin quererlo.

Surgió el comentario obligado de aquel paseo.

-¡Qué simpáticos eran! ¡Qué bien besa ese hombre!...

Un aliento entremezclaba al otro, un pezón inconsciente buscaba el otro, el sexo se dilataba lubricándolo para el acto.

Reían ambas temerosas y audaces a la vez. Temerosas de descubrirse, y más aún de encontrarse.

-Sentiría celos si dijeras que te gusta ese hombre -se atrevió a decir Margot.

-¿Celos? -interrogó Virgen acariciando con su mano afiebrada el rostro de ella-. ¿Serías capaz de sentir celos si me agradara un hombre?

-No sé... -respondió indecisa, contestando la caricia, estrechándose más a ella-. Pero esta noche desearía que nadie tomara tu cuerpo... este tu cuerpo, tan perfecto en sus formas -agregó descubriéndola.

Quedaron las dos alumbradas por la tenue bujía, temblorosos los vientres, contraídos los brazos, flojas las piernas.

El deseo insatisfecho se reía bajo la cama. La ley de las glándulas se ocultaba tras las cortinas.

-Besan bien...

-Así...

Y los labios de ambas se juntaron azorados, tímidos en un principio, vergonzosos en su primer roce.

Después se hizo el silencio y los senos de pezones erectos, buscaron los senos, las manos acariciaron las espaldas, apretujaron las nalgas, los muslos se entrecruzaron y una montó a otra, buscando con su sexo el sexo. Se encontró la vida; los clítoris, las lenguas y los senos, se rozaron los vientres, rápido el espasmo, contenido en meses de abstinencia, de rencor a los hombres, de odio a la vida...

¿Y era posible que hubiera sido necesario que aquellos compañeros las embriagaran para descubrir esa sensación nueva y maravillosa, desconocida e incomparable, que saturaba no sólo toda la piel, convirtiéndola en un sexo único y ávido, sino el alma, el corazón cansado de empezar en la lucha por vivir?

El amor normal es instintivo, lo practica inconscientemente hasta la más inferior de las especies. El amor de ellas era la superación del espíritu, era el placer de la carne, era la elegancia y la suavidad en la caricia.

¿Por qué el hombre pretendía la exclusiva posesión de esa belleza? ¿De esa belleza máxima de la vida, que era el cuerpo de una hembra joven y en celo? Torpe y brutal el hombre en sus gestos, egoísta en su placer, indiferente al dolor de la carne sufriente y desgarrada del parto...

Margot mantuvo su tesis ante el alma aterida y el cuerpo anhelante de Virgen.

Toma el placer, pero no crees el dolor. Nuestros vientres de obreras no deberán jamás dar la vida, pues ellos sólo pueden parir miseria y hambre, carne de prostíbulo, hospital o cañón. Nuestra vida justifica nuestro amor. Fue creado para nosotros que tenemos el alma virgen y el cuerpo cansado, dolorido aún del último bruto que nos tomó...

¡Yo me rebelo contra las formas de la misma vida! ¡Yo te entrego mi cuerpo y mi alma creará para ti un mundo maravilloso y buscará en lo más recóndito de tu piel el placer de haber nacido hembra!. Yo te daré mi cuerpo a cambio del tuyo, mi alma a cambio de tu alma. Nuestra creación, amor, no ha de perpetuarse pariendo. Seremos estériles para que nunca el cariño de otro ser nuestro, pueda arrebatarnos el brillo amoroso de los ojos. Seremos estériles como las vestales. Como las elegidas de un culto que vive en las sombras de las almas, y trata de surgir en la luz de los ojos...

Yo te daré mi vida sin pedir nada de la tuya...

Fue una época en que Virgen creyó enloquecer de dicha. El mundo que las rodeaba se borró de pronto. Una dependía de la otra, todo tenía la sola razón de agradarse mutuamente. La miseria en que vivían era un motivo más para justificar aquel acoplamiento. Corrían presurosas a la salida del trabajo, sin animarse a hablar, mirándose solamente, hacia el "Bus" que las llevaría a su pequeña bohardilla, que habían convertido en el templo de sus amores, en el santuario de sus placeres.

Creía enloquecer, morir con la sensación de aquellas caricias... hasta que tropezó con Ego, primer hombre que despertaba su carne a una sensación nueva, su espíritu a una emoción distinta...

Marcharon los días y el capricho de uno y la necesidad de otra fueron transformándose en emociones y deseos de continuidad física. Ego debió aceptar aquella situación de "menaje a trois", pero no toleró cuando instaló a Virgen en su departamento, la convivencia con Margot.

Se encontraba por momentos ridículo, se imaginaba una situación similar a la del esposo que sabe que su mujer llega de la casa de su amante, sin embargo, Virgen cada día gustábale más, la sentía más necesaria, físicamente.

De una belleza típicamente francesa, de una educación simplísima, llena de gafes, la transformación en pocos meses al lado de Ego, fue asombrosa. La mujer tiene la cualidad de adaptarse más fácilmente que el hombre. De señora a mantenida, de mantenida a prostituta, o a la inversa.

Su primer capricho fue volver con Ego a Quiberon. Se alojaron en el hotel, en la habitación más lujosa, aquella que daba al mar, frente al quiosco en que ella hacía dos años había trabajado. Llegó la madre, después los

hermanos y el padre. Rica, aparentemente, tenía todos los derechos de familia. El cura llegó a solicitar una ayuda para el pequeño templo, que Ego dio en nombre de ella gustoso. Fue por unos días la mujer mimada de aquel pueblo que hacía dos años la había expulsado con el vientre negro de patadas.

La moral de los pueblos, como la de los hombres, tiene también su tarifa.



CAPITULO VII

Cuando los vómitos certificaron que aquel retraso mensual era un embarazo, Ego descubrió en la respuesta de Virgen un ser distinto y nuevo: - Yo no abortaré. Tú puedes partir y dejarme. No te exijo, no pido nada para él ni para mí...

Y a Margot: -Aquello fue el pasado. Yo amo a este hombre y deseo mi hijo.

-Usted tiene podrido el cuerpo -le habían dicho los médicos.

-Usted tiene podrida el alma -le dijo un sacerdote-.

Sólo la fe en algo podía salvarlo, y él se aferró a la vida de aquel vientre que miraba asombrado hincharse, deformando la belleza de la hembra. De aquel ser que ya vivía dentro, que se podía anular sin delito, pero que la hembra, obedeciendo al instinto biológico y supremo de la vida, negábase a matar.

El aborto es el más cobarde de los crímenes, para el que no existen años suficientes en la vida de las hembras, para su condena.

Puedes disponer de tu placer y de tu dolor, puedes disponer de tu riqueza y de tu salud, pero no puedes disponer de ese ser inocente, que tu pereza, tu ignorancia o tu lujuria le dio vida. No existe ley divina ni moral que te justifique, no existe miseria ni dolor que de la razón de tu aborto.

-Mi cuerpo es mío- dirás.

Pero tu vientre preñado es de la humanidad. Deja de pertenecerte. Te dieron vida con esa obligación, y para cuando no tuvieras coraje de cumplirla te agregaron el placer. Te aseguraron tus años viejos junto al hijo crecido y fuerte que ha de defenderte en los años que tu sexo deformado y estéril no pueda atraer junto a ti al hombre. Traicionas a la vida, a ti misma; eres inferior a las bestias y sólo tú, cuando eras un feto justificabas el aborto. Tu madre no imaginó que al darte vida, paría un monstruo.

No puedes exigir a la vida algo, sin darle en cambio algo.

La fe –se repitió- ¿en la vida de aquel vientre?

Él había concebido sin amor. Sólo por placer, y sin embargo allí estaba la vida trampeándole en sus teorías.

-Eres fuerte, fuerte sobre mí y sobre la hembra ¡mátame! Niégame el derecho que no te negaron a ti –parecía decirle en la noche desde aquel vientre deformado-. Estoy indefenso, ciego, encerrado en esta prisión. No me niegues la luz, el derecho de ser... De ser lo que tú fuiste... lo que no te negaron a ti...

Ego no había hecho sino marchar por un camino marcado, vivir la vida brindada, tomar lo ofrecido.

Debía haber otros caminos, distintos senderos, emociones nuevas.

La vida no podía, no debía ser la letrina dorada que él había conocido. La vida no podía ser sólo hembras y juego, alcohol e inmundicia, religión o aristocracia. Quizá fuera, la sonrisa de aquella obrera o el gesto del segador en la campiña, quizá el sacrificio del radiólogo, quizá la altivez del obrero rebelde encarcelado...

¿Por qué había dormido hasta entonces su alma? ¿Qué misterio aquel de la paternidad que hacía despertar?

-Tengo el alma podrida –se dijo alejándose de aquella caravana cuyas adiciones no tenían límite de fortuna.

La felicidad no podía ser aquella que había hecho marchar a su lado a puntapiés... Felicidad no podría haber sido aquella indiferencia por todo lo espiritual.

Escribió a los suyos que no contestaron porque habíanse olvidado de él. Pidió su haber y con sorpresa se enteró que su bolsa estaba exhausta, vacía, abandonada como él. Miró en derredor y sólo vio rostros nuevos, desconocidos en la farándula de su vida. Evocó por primera vez en muchos años el recuerdo de la madre. Olvidado en el fondo de una maleta quedaba un retrato. Quiso hilvanar recuerdos y sólo consiguió mover unos cuantos títeres descoloridos.

Fue como un pequeño rayo de luz de amanecer, una nota sobre el detalle de un paisaje. Un poco de colorido en su alma que iba agrandándose con la forma desformada del vientre...

Virgen transformada por el misterio de la gestación, había acercándose espiritualmente a su hombre, simple, femenina, maternal...



Tu vientre preñado no te pertenece... es de la Humanidad.

Partieron hacia las playas de la patria donde él esperaba salvar algo de su cuantioso patrimonio.

La severidad de los números indiferentes y fríos en sus cálculos aritméticos, le ofreció un saldo miserable de su herencia dilapidada. Sólo quedaba en su haber una mujer nueva y un hijo próximo a nacer...

El alambrado de tres hilos que bordeaba el camino de su última estancia le sirvió de guía. Era la más pobre, la de menos valor, la que menos renta le había dado.

Hacia el norte la pampa inmensa, agreste en sus arbustos espinosos, al sud de las serranías cercanas con los pequeños villorrios de techos ensangrentados...

Alta Cumbre era un pueblo enfermo, en el que sus habitantes tosían de noche, ladrando a una luna imaginaria. Era un pueblo al que Dios y el Diablo habían olvidado.

Contaba con un viejo hotel reformado, en el que había sentado sus reales, poderoso señor, el bacilo de Koch, con una antigua basílica de piedra que emergía cual pesada y severa matrona, con un prostíbulo que explotaba el comisario de aquella ex-provincia de los comechingones.

Alta Cumbre podía enorgullecerse de su pasado y confiar en la promesa del caudillo, tranquila en su porvenir; la ruleta oficializada.

Diríase un pueblo pintado de dorado. Visto así de lejos o al pasar, producía una impresión de beatitud y paz. El agua bienhechora daba sangre a las plantas y la nieve ciertos años, cual inmaculado manto de armiño, depositaba en las entrañas de la tierra el jugo vital de para los primeros calores del estío; el sol era límpido y amante, parecía besar las corolas de las flores en una concepción del fruto.

Por dos meses al año, el pueblo se engalanaba para recibir los veraneantes, despertaba aliñándose, se bañaba... Entonces sus habitantes jugaban a los señores y a las damas. Los bailes de año nuevo, complicada parodia de moderna fiesta versallesca, tenían el sabor simiesco de las clásicas tierras de aguas calientes.

Después, durante el resto del año, rumiaban lo obtenido en emociones o ganancias, desaparecía y se quedaban con su odio, tosiendo, tosiendo, esperando el próximo estío...

La tranquera semi-podrida rechinó sobre sus goznes enmohecidos para dar paso a su lujoso auto conservado por su vanidad de humano. Las huellas del camino lo llevaron hacia las casas; un rancho, un galpón de zinc y un edificio con pretensiones de chalet. Ladraron unos perros escuálidos, les hicieron coro los teros y los gansos. Apareció un viejo en bombachas, arrastrando alpargatas, llamó a los perros y aprovechó al acercársele uno, para arrancarle una garrapata. -¡Campo sucio! -murmuró.

Ego se dio a conocer. Era el patrón, el dueño, el señor de aquellos campos.

Corrieron las mujeres a peinarse, cambiar sus trajes sucios, empolvase de harina los rostros.

-Puede que te guste -dijo Ego ayudando a bajar a Virgen.

Ella sonrió.

-¡Claro que ha de gustarme!

La vieja casa no habitada desde hacía años, polvorienta y sucia, los recibió molesta de ver interrumpido su silencio. Las aguas no funcionaban, las puertas no abrían, algunas goteras habían dejado su huella en los pisos.

Virgen empezó a arreglarlo todo. Llegaron albañiles y pintores, muebles, arados, semillas de flores...

Se contrataron peones y Ego empezó el duro aprendizaje de laborar la tierra.

-Sembraremos lino -dijo, y los tres arados penetraron la tierra dándola vuelta, hiriéndola. Jadeaban las bestias y los hombres; los días eran cortos y los surcos largos.

Cuando llegaron los muebles del nuevo comedor, Virgen protestó: -¡Para qué tan grande!

Ego secó su rostro transpirado en el esfuerzo de ayudar a colocarlos, la tomó por un brazo y la llevó hacia fuera.

-¡Qué triste estará la estancia en sus noches -le dijo- si tuviéramos cuando viejos que sentarnos sólo tú y yo!

La tierra, aquella madre tierra, ingrata, injusta, esquiva, se le había adentrado en el corazón con sus amaneceres, su olor a hierba, su firmamento en que empezaba a deletrear el secreto de las nubes y de los vientos.

-Si levanta viento sud, va a limpiar...

Se le "adentraba" en el cariño de sus peones, simples, rudos, que a su espalda se burlaban.

-“Es bruto el trompa, ¿eh?... Mire que decir que la vaca manchada está gorda... Ansina yo engordaba cualquiera mujer!...”

Cuando la tierra tuvo sus dos rejas, y las rastras de dientes habíanla emparejado, dejando un mullido colchón, que recibiera la semilla,

esperaron las lluvias que la humedecieran, preparadas las sembradoras, inquietos los hombres y las bestias, en la espera de extender sobre aquella tierra oscura y reseca, un tapete verde de juego donde como áureo metal se acumularan luego las espigas maduras y henchidas.

-Sembraremos trigo, todavía es tiempo... -y volvieron a marchar las bestias y tras ellas los hombres, cubiertos de tierra y sudor: ¡Arre!... ¡Arre!...

En la pequeña fragua se estiraba la reja que, gastada, no podía herir bien la tierra y cuando llegaron las lluvias de invierno, se aprovecharon para revisar los arneses y reforzar los látigos.

¡Arre!... ¡Arre!...

La maldición divina se cumplía. -“Ganarás tu pan...”

Temblaban los hombres y las bestias de cansancio. El metal de la máquina rechinaba gastado por el roce.

Partieron las sembradoras con los caballos ya escuálidos, y tras ellas vigilando Ego, los conductos que depositaban en línea la semilla, semilla que si germinara llegando a la madurez, significaba al precio de aquel año, una pequeña fortuna. Compraría vacas y en los potreros del sud haría cría, después instalaría un tambo, compraría un camión y mandaría la leche al pueblo, plantaría frutales y haría un monte de pinos para que sus hijos tuvieran leña en los años fríos. Quizá, se pudiera industrializar la paja del lino. Las abejas podrían trabajar junto con él, su miel se vendería a buen precio, pero para ello era necesario flores y por ello instaló un pequeño vivero que le diera eucaliptos, flor melífera. Habría que arreglar los caminos y alambrados para que las bestias no destruyeran los sembrados, no pasaran al campo vecino. Habría que reparar y hacer nuevas aguadas, echar abajo los ranchos infectos y sucios de la peonada, quizá hacer una escuelita...

Pasaron los días y reventaba la semilla, una primer pincelada de verde cubrió el campo, hasta el borde de las formas de piedra.

Los caracteres calizos de una franja de su tierra, le hicieron entrever la posibilidad de instalar una cantera. Habría que hacer los sondeos y los análisis para conocer su grado de comerciabilidad.

Virgen miraba asombrada la transformación de aquel hombre, el milagro operado en aquella alma por aquel campo y su vientre. Su sino había sido impuesto. Se nace constructor o leñador y unos y otros cumplen inexorables sus destinos: éstos plantando, aquellos hachando años después.

Se esperaban las lluvias.

-Al cambio de luna, quizá...

Los años anteriores la sequía había azotado la zona, pero nadie había detenido en sus labores, todos continuaban en la esperanza “que hubieran pasado los siete años flacos”.

-Inocenti, no pudo esperar -le dijeron.

Inocenti, hacía treinta años había llegado hacinado en la bodega de un barco, junto con sus padres, que huían del hambre de Europa, sobrepoblada. Labradores, continuaron en la nueva tierra su destino: reabrir anualmente el surco en que depositar la simiente.

Su primer juguete fue su novia. Hacía ya veinte años que se habían casado. Tenían de aquella época una fotografía en colores desteñidos. Estaba ella fresca, con ancha falda y el cabello tirante hacia la nuca. Él, con alto cuello duro. Fue la única ocasión en que lo usó, y lo recordaba con horror, pues en aquella su primer noche de bodas no lo supo o no lo pudo desprender. ¡Ah, el maldito cuello duro!...

Cuando al quinto año tuvieron el cuarto hijo, los vecinos le dijeron:

-Los pobres no podemos tener tantos hijos. Es como si creáramos esclavos para los ricos. Cuantos más seamos los que habitemos esta tierra menos ganaremos.

-Eh, los ricos los mandó Dío...

Y con aquella sentencia continuó su pobre hembra pariendo y pariendo. Las cien hectáreas que trabajaba, apenas dábanle para comer. Cuando en la estancia se carneaba, ella iba de noche a recoger las achuras, a disputárselas a los perros para sus hijos.

Él la veía volver, la presentía en su marcha, la esperaba con su pipa de barro entre los labios...

La dejaba pasar sin decirle palabra, arrastrando el "mondongo" sucio o el trozo de corazón mordido por los canes o los zorros. Un día que no encontró sobras de la carneada ella le insinuó de pedirlos directamente a la estancia.

-Io sono un hombre, tengo vergoña -le contestó y con paso seguro marchó hacia el boliche, solicitó ampliación de crédito, empeñó su cosecha, la magra parte que le dejaba la propietaria de aquellas tierras, distinguida matrona, que ocupaba sus ocios en organizar festivales de beneficencia, donde podía satisfacer su alma de celestina.

Sólo descansaba Viernes Santo y primero de año. No concurría al templo, sólo sabía de Dios, no de sus enviados. Al empezar la siembra, hincábase en tierra y oraba. Oraba en su característica mezcla de napolitano y español. Seguro que Dios sabría comprenderlo en su mal idioma. *Dame joh Dío! questa buona raccolta per pagare i debita, per poteri comprar farina e legna per questo inverno.*

Un día enfermóse una de las chicas; apenas representaría más de doce de sus quince años de hambre. En el viejo sulky prestado llegó hasta el consultorio del doctor Vianoni, éste lo hizo esperar fuera mientras examinaba la enferma afiebrada en una de sus habitaciones. Cuando partió, éste le dio la orden a la farmacia de entregarle gratis el remedio, una bebida en un frasco de color oscuro que la curaría. ¡Bendito doctor Vianoni! Y días después, anochecido ya, la mujer le contó la desgracia. Atemorizándola había violado a la niña.

¿Puede presentar una prueba de tal acusación? –gritó iracundo el comisario, cómplice de los abortos fracasados, en defensa de su asociado, el médico de la policía.

-Io non poso... É la bambina... povereña...

-Tenga usted cuidado porque puede ir preso. Esto más parece un “chantage”.

-¿Uno qué?

Había que limpiar el maíz de la maleza que lo invadía. La denuncia había que hacerla en la capital, le dijeron. Había que limpiar el maíz de la maleza...

¡Povereña sua figlia!

Los pobres, los miserables, no tienen derecho a la queja, sólo tienen tiempo para la labor, no tienen cabida en los códigos sino para cubrir los delitos de los ricos. No tienen moral porque no la necesitan... ¿Qué importancia tiene la niña violada en el consultorio del médico de policía de un pueblo de campaña, si ésta es la hija de un miserable? ¿Qué abogado tomará su defensa y qué autoridad irá contra otra?

Había que limpiar el maíz de la maleza, ese maíz que no se recordaba en la zona desde hacía años. Estaba orgulloso, su lote habíales hecho acercar a su rancho al administrador de la estancia para felicitarlo y recordarle que debía tres años de arriendo.

-Esta cosecha, pagará todo. Empezaremos de nuevo. Los hijos ayudan.

¡Empezar de nuevo a los cincuenta años!

Revolvió su colchón y de la vieja cartera, regalo de su padre en sus bodas, extrajo las últimas monedas. ¿Para qué guardarlas, -pensó- si la cosecha ya está salva, segura? Sólo falta un buen precio. Mañana vendrían a verla y sobre ella le adelantarían posiblemente, más de mil pesos...

-Roscas para los chicos -pensó, mientras caminaba por la estrecha huella hacia el boliche-, la peineta, que había adivinado el deseo en la mirada de su vieja y para él, un paquete de toscanos, un poco de harina, otro de azúcar para hacer mañana torta dulce...

El viento norte movía ese atardecer las cañas del maizal con sus mazorcas dobles y triples, ayudándoles en su calor a endurecer. La tierra húmeda al removerla con su alpargata le garantizaba la terminación del ciclo. Dentro de muy pocos días...

En la puerta del boliche varios conocidos miraban hacia las sierras, las mujeres de la casa se habían agregado al grupo y los niños habían dejado de jugar.

-Es langosta -dijo uno- Puede que pase, va muy alta...

-Es muy tarde -dijo otro, mirando el sol y no se atrevió a continuar su pensamiento: "Va hacer noche en estos campos".

¡Langosta! Maldición de Dios...

"¿Quién dice que hay otro infierno que esta vida?"- pensó Inocenti, y pidió en alta voz:

-¡Un bichiero de vin!

-¿Usted tomando vino, don?-dijo asombrado el bolichero.

-Hio *aspeto che pase* -murmuró, mirándose las manos sarmentosas, que durante treinta continuados años habían arañado la tierra, juntándose para bendecir a Dios.

Llegaron los primeros acridios. La nube oscura fue haciéndose gris. Golpeaban con violencia en el rostro, en los objetos, en los árboles, como encandilados por el sol. Caían, y como si una etapa tan larga no hubiera detenido con aquel golpe su motor, ensayaban un pequeño vuelo, y después de unos saltos, quedaban con su largo y aceitoso vientre jadeando en violentas convulsiones.

Inocenti terminó de un solo trago el vaso de vino que le habían alcanzado, secó su bigote canoso con el dorso de la mano, se inclinó y tomó del suelo uno de los acridios, le apretó el vientre. Junto con las entrañas salió el capullo de huevos. La tiró contra el suelo y se quedó mirando cómo después de unos saltos emprendía vuelo con el vientre hecho pedazos.

-Viene cargada... Va a desovar -dijo el bolichero-. Denme también a mí un poco de vino... -murmuró en un tono que hizo alejarse a las mujeres y los niños, presintiendo la tormenta espiritual que se avecinaba, al recuerdo de los créditos acordados aquel año.

Empezaron a bajar. Eran cientos de miles, millones, miles de millones que caían sobre la tierra floreciente y maldita de nuevo.

Datemi una garrafa di petrolio per incendiar la racotta del frumeno.

Con ella al hombro, llegó hasta el frente de su rancho de paja y adobe, cuya puerta estaba trancada por su "vieja" y sus hijos ante el presentimiento de su locura.

Roció un surco y le aplicó un fósforo encendido. Ardió la nafta y saltaron hacia otras plantas cercanas, huyendo del calor las langostas. La tierra libre de vegetación y el maizal verde hicieron que pronto se apagaran las llamas.

Inocenti, presa de una furia incontenible, corrió entonces entre las plantas pisándolas y agarrando a manos llenas los acridios, crispó sus puños, reventándolos.

Cuando comprendió, a través de la niebla de su cerebro, su impotencia, mientras los murciélagos de la noche tendían las sombras de sus alas sobre la campiña, miró su rancho, lo comparó con la suntuosa mansión que

se levantaba en la loma, indiferente a la tragedia, encendiéndose las luces del parque en un inútil derroche de su hambre gritó de pronto rebelde y enloquecido, elevando los puños hacia las estrellas, que comenzaban a dibujarse para testimoniar la grandeza del creador:

-¡Dío ladro!... ¡Dío ladro!...

Corrió hacia el rancho y con un tiro de cadena y el cabo de un hacha, aseguró por fuera la puerta, roció con la damajuana el barro seco de su miserable guarida y arrojando fósforos encendidos fue dándole fuego por los cuatro costados...

El crepitar de las llamas, que se elevaron instantáneamente en una sola hoguera, se entremezcló con los espantosos alaridos de las criaturas ahogadas por el humo y mordidas sus tiernas carnes por el fuego.

¡Dío ladro!... ¡Maledeto Dío ladro!... -apostrofó Inocenti, elevando sus puños hacia el cielo.

Cuando el lino floreció, el campo arrebató al espacio un poco de su azul.

-Si aguanta hasta la luna nueva, quizá se salve -decían los viejos.

Pasaban las nubes en los atardeceres ya calurosos, cargadas de agua. En las noches las tormentas eléctricas, con sus fuegos artificiales en el horizonte, traían un hálito de esperanza por la tierra ya sedienta.

Los hombres se miraban azorados y malhumorados ante la perspectiva de una nueva cosecha perdida, que despoblaba la zona y desvalorizaba sus campos, los animales no estarían en condiciones de trabajo, los créditos de los comerciantes se hallaban exhaustos.

Los caminos formaban ya un espeso colchón de polvo que, al levantarse por la marcha, quedaba suspendido en el aire formando una niebla molesta que penetraba en los ojos, irritándolos; en la garganta, produciendo una tos ronca y persistente.

El parto se acercaba, si los cálculos no fallaban, sería para la próxima quincena. Ego se había sobrepasado en sus gastos, confiando en la seguridad de sus cosechas.

Fue entonces cuando decidió recurrir a aquel hombre, después que los bancos, a los que había pagado comisiones usurarias, le negaron el crédito basado en el informe de su vida privada. Sus hermanos millonarios no

contestaron sus cartas. Era el pariente hoy pobre, no casado, orgulloso aún para pedir. Sus amigos trataban de recordarlo, y a sus amantes millonarias no les interesaba ya el hombre que no podían o no tenían interés de “usar”. Sólo aquel desconocido acudió a su llamado.

-Por sólo tres meses, hasta levantar la cosecha...

Entregó el título de la propiedad de su tierra, pobre tierra que deseaba legar al hijo por nacer. Firmó un boleto de compraventa por la mitad del valor de su tasación y afirmó por escrito haber recibido un veinte y cinco por ciento más en billetes. Cuando terminó aquella operación, Ego guardando el dinero que lo salvaba hoy de la ruina, le escupió al rostro:

-Su profesión debe ser...

-Usurero, señor, y a mucha honra -le interrumpió aquél- Y voy a darle por primera y última vez una explicación sin cobrarle interés: la usura es una consecuencia de la organización económico social derivada de las propias necesidades de la vida. La necesidad de subsistir en un medio que todo lo rige el dinero. Al usurero lo hace la vida ante el dilema que a éste se le plantea. O deja morir su vergüenza o se muere de hambre con su vergüenza. ¿Quién tiene menos, yo o el mendigo que tiende tembloroso su mano para vivir de su limosna, que le justifica su vanidad de filántropo para tranquilidad de su conciencia? Yo quiero morir rodeado del lujo y del respeto que adquiriré con su dinero.

No recuerdo quién bien dijo: “...que usura es, aprovecharse de la indigencia del obrero, de la necesidad que tiene de trabajar para imponerle precios que no guardan proporción al servicio que presta y la suma de ganancias que su trabajo rinde. Usura es imponer en un contrato de trabajo a pretexto de disciplina, cláusulas que permiten gravar el salario con injustas y arbitrarias exacciones. Usura es retardar el pago del salario del obrero, es aumentar el precio de una mercancía, prevaleciéndose de la extrema necesidad del adquirente. Usura es vender a crédito con el disimulo a primera vista de intereses enormes, en el aumento del precio de la mercancía y en la mala calidad de la misma. Usura es pagar a un precio inferior de su valor los productos del chacarero o las mercancías de un comerciante porque se sabe que ambos carecen del dinero necesario. Es usura provocar el alza en los productos de primera necesidad de un pueblo, recurriendo al acaparamiento. Es usura de los gobiernos atraer los ahorros del pueblo con falaces promesas y reclamos engañosos, en sabrosos, seguros títulos de renta exentos de impuestos, y que una vez suscriptos se readquieren disminuyendo rentas, canjeándolos por otros, gravados nuevamente. Es usura, es estafa, porque éstos vendieron la casa para asegurarse durante el poco tiempo de vida que les queda, tal renta.”

No fui yo quien llegó a solicitar tal interés, fue usted que vino a implorarme capital, este mismo capital que hoy puede salvarle su estancia y que tantas veces salvó vidas y honras. Tome mi dinero como mercadería porque mercadería es aquello que usted puede canjear con ganancia o pérdida. Yo no le presto, le vendo mi dinero como un título de banquero o gobierno, en la

intención de que éste baje y pueda readquirírselo con ganancia, disminuyéndole su renta.

Yo soy usurero decente, no un negrero de obrajés e ingenios, no poseo droguerías en que aprovechando una anormalidad mundial eleva el precio de sus artículos farmacéuticos hasta hacerlos inaccesibles al hombre del pueblo; ni ferretero que eleva cinco veces el valor de la reja de su arado en la complicidad con su socio el ministro. ¿Quién le obligó llegar hasta mí, yo o el ferretero?

El estanciero que encarece sus productos llevándolos al extranjero sumiendo en hambre a su pueblo y que impone a su arrendatario un cuarenta por ciento en sus ganancias y no en sus pérdidas, la mitad en sus ovejas al mediero, ¿qué es para usted?

No me confunda, yo no soy un gerente de banco, yo no soy socio de ningún Jockey Club, yo merezco y me debe su respeto -repitió tomando en altivo gesto su sombrero raído y mugriento, e inclinándose sin tenderle la mano- un usurero honrado... un usurero proletario...

La tierra no transitada empezó a agrietarse, resquebrajándose y tomando el aspecto rugoso de la piel de un lagarto. Las aguadas empezaron a disminuir su rinde y la lozanía de la vegetación empezó a desfallecer. Ciertos arbustos contraían como con dolor sus hojas, palideciendo su verdor. Los hombres miraban con ansias el cielo y las mujeres oraban, encendiendo permanentemente cirios a las imágenes de su devoción. Y como en aquel terrible anuncio de Elías, hubo noches en que la tierra no tuvo ni siquiera el alivio del rocío...

Despidió a los peones y al lado de Virgen, próxima a parir, pasaron las horas, mirando el horizonte que traería quizá el agua bendita para sus trigales y linares. Aún era tiempo, todavía, la tierra laborada con amor esperaba aquel beso del cielo, dándose toda, en una lucha a muerte por salvar aquella simiente nacida de sus entrañas. Aún era tiempo...

-Mira -dijo mostrándole un manojo de trigo y lino- está granando. Si lloviera hoy o mañana, si cayeran algunas gotas...

A lo lejos, en el horizonte, se formaba la tormenta diaria que pasaba, yendo a descargar innecesariamente en los campos del sud, saturados de agua.

El barómetro marcaba "lluvia". Lo arrancó de la pared y violentamente lo arrojó al suelo pisándolo con el taco de su bota.

Virgen, impotente, deformada al máximo, se atrevió a decir, recordando la fe de sus primeros años.

-Dios no ha de abandonarnos, Dios no ha de premiar tu esfuerzo con este fracaso. Fracaso no sólo tuyo, sino que condena a la pobreza a nuestro hijo. Dios escucha a los que tienen fe en Él.

-Dios... -murmuró Ego, como tratando de recordar a través del tiempo pasado, las palabras de su madre- Dios... -repitió mirando las nubes que rodeaban en un amplio círculo la lejana línea del horizonte, olfateando el aire fresco, poblado en ese caluroso atardecer de insectos, arañuelas y “cotorritas de luz”.



No... no... ella no podría "hacerse" así...

Fue en un comienzo un dolor leve y corto; como de una menstruación dolorosa, que ella temerosa no confesó por no dar falsa alarma. ¿Qué era su dolor físico comparado con el fracaso en aquella noche de ese hombre, impotente y de rodillas frente a la naturaleza?

Lo contempló a través de los cristales, caminar al lado del viejo peón (erguido, rebelde contra su destino, contra el final de su vida, contra el amanecer de su hijo).

Los escuchó entrar en el comedor y acudió a ellos alcanzándoles la botella de ginebra pedida.

-Ahora comprendo por qué ustedes beben...

-Señor, el alcohol es nuestro, nos pertenece, lo descubrió Noé, que laboraba también la tierra. Quizá se lo mandó Dios, para que no abandonara. Sin él, ¿cree posible que mantengamos una esperanza, nosotros los esclavos del polvo y del barro? Como las penas no pueden echarse en la botella echaremos el contenido de ella sobre las penas... ¡Salud!

-¡Salud!...

Virgen, sentada a su lado, los escuchaba y una angustia por primera vez sentida, inexplicable, embargábala toda.

-¡Salud!...

-¡Salud!...

Un espasmo en su bajo vientre la hizo contraerse. Palideciendo. Cuando quiso levantarse sintió que un líquido pegajoso le corría entre las piernas. La bolsa de agua se había roto; comenzaba el parto. Primípara, se sintió embargada por un terror, que le hizo castañetear los dientes, acercándose a Ego, amparándose en él.

-No me abandones, tu presencia me dará fuerza... -le imploró.

Pero el espíritu de Ego rehusaba el espectáculo de aquel dolor de la carne, sintiendo una instintiva repulsión a contemplar el parto y alumbramiento de su hembra.

-Agua hervida, jabón, alcohol -ordenó.- Tú, toma el auto, ve a buscar a la partera. Ustedes a atender a la señora...

-Déjeme, señor... déjeme hacer -dijo la vieja peona.- He tenido nueve cachorros. ¡Para qué va a mandar por la comadrona!... Sabrá mucho de estudio pero nunca tuvo un hijo...

Sintió primero un quejido, que fue acortando en intervalos, después fue un corto grito que se repitió alargándose, en armonía con las contracciones uterinas más frecuentes, largas y enérgicas.

Comenzó a pasear fuera de la casa a la luz que filtraban los ventanales en la noche encapotada y amenazante de oscuridad.

¡Su primer hijo!... Condenado ya antes de nacer al trabajo y a la humillación... Había dilapidado estúpidamente su fortuna. Había bebido en

todas las fuentes de la vida, adorando fantoches de amistad y de placer, y ahora, cuando los años agotaban el espíritu y cansaban su carne, ahora cuando más necesitaba de su riqueza para marcar una ruta y formar una vida, acababa de empeñar su último campo, fracasar su cosecha...

Rompe el trueno y repercute el eco en las quebradas de las sierras alumbrando el universo. A su luz se ven bajar las nubes como si quisieran aterrizar.

Los insectos están acurrucados bajo las hojas, las moscas detenidas en la pared, los animales en el campo simulan dormir para no aumentar la ira de los elementos, las hormigas revisan vigilantes los desagües de sus cuevas, y los pájaros tiemblan en parejas por la estabilidad de la rama en que hicieron nido. Los murciélagos han vuelto a los viejos tirantes del galpón y los lechuzones de ojos de vidrio tratan quizá de ver a través de los cristales el Dios que les habla en esa misa negra de la naturaleza.

Pasan las horas entre ese choque de espadas que alumbra la noche allá arriba, en el misterio de los astros infinitos; pasan entre el rigor de la naturaleza por parir la lluvia que amamantará la tierra y aquella pobre hembra ensangrentada y dolorida, por perpetuar la especie.

Lucha, lucha milenaria y desconocida; lucha de dolor, lucha de astros y de microbios. ¡Vida y muerte!...

-¡Es un varón!... -le gritan desde la casa y la voz se corta por el trueno que precede las primeras gotas.

¡Llueve!... Caen a puñados, como arrojadas por fuertes manos para suavizar el amargor de las lágrimas que acuden a sus ojos y ruedan por las mejillas.

Se estremecen las ramas de los árboles ante aquellos besos de vida, se hincha satisfecha la tierra, se limpian reluciendo las piedras y comienzan a correr sobre la tierra satisfecha, los primeros hilos de agua.

Sobre los cristales, sobre los techos de zinc, sobre los linares y trigales moribundos, sobre su alma...

A veces arrecia siendo más tupida, para detenerse en un monótono canto... tla... tla... tla...

Después llega el viento; a lo lejos en el horizonte de la pampa surge una herida, que sangra. Sacude el viento las ramas y caen las gotas suspendidas, como si ellas también tuvieran alma; a lo lejos la herida se agranda aclarando, precediendo al sol. Hacia el otro lado, mirando hacia las sierras, el fondo negro denuncia la tormenta que se aleja, llevando vida y amenazas.

Los pájaros emprenden vuelo, le hacen coro las ranas, las gallinas cacarean vanamente, sus hijuelos que corren, saltan con sus patitas de escarbadientes.

Se ha refrescado el ambiente; llega hasta Ego, detenido horas ante aquel espectáculo, un olor a heno y tierra mojada, que enervante penetra, incita a correr y acostarse sobre la hierba húmeda. El disco áureo del sol, en

fantástica apoteosis, en un violento rojo que enceguece, estira hasta el infinito la sombra de Ego sobre la tierra.

Éste se inclina, apoya una rodilla en tierra, y toma un puñado de barro en sus manos, tierra húmeda, tierra fresca, tierra sana y fecunda...

Desde la ventana a la que se ha acercado Virgen en su busca, pálida y desangrada, lo contempla un instante, mira en la cuna el pedazo de su carne.

-¡Ven!... ¿qué buscas? -le grita.

Ego la mira, eleva después su mirada al sol que ya no lo enceguece, vuelve su vista a la tierra y murmura juntando el barro en sus manos:

-Mi verdad... la verdad de esta noche...

FIN

Estancia Myriam Stefford - 1940

Yatch Aloha - 1941



Los lectores de Barón Biza, en ausencia de su autor, tienen la necesidad de conseguir la obra en condiciones adecuadas. Existiendo al menos cuatro ediciones *oficiales* y diferentes entre sí de “Punto Final”, todas debieron ser revisadas para encontrar sutiles detalles que él dejó, y que ante las diferencias entre los distintos textos, imponían el trabajo de concordarlos para obtener una versión cercana a lo que Barón Biza proyectó en 1941.

Así, como si se tratara de recuperar una vieja grabación de jazz para darle la mayor fidelidad posible, hemos emprendido la tarea.

Esto no significa que podamos presumir de haber conseguido armar la versión *definitiva* de la novela, pero sí que es la más exacta hasta la fecha. Restaurar a Barón Biza no es sólo retiparlo o escanear sus libros, sino también revisar cuidadosamente el material, siempre desordenado y en condiciones lastimosas. Lo contrario sería una actitud poco rigurosa y totalmente irresponsable. Es de lamentar que algunos no lo hayan entendido de ese modo y asuman, por simple afán de notoriedad en la web, la distribución de copias torpemente escaneadas o recogidas de ediciones furtivas defectuosas.



Raúl junto a su gran amor, Myriam Stefford.

Obras de **Barón Biza** restauradas digitalmente:

- 1924 – Risas, Lágrimas y Sedas (cuentos)
- 1932 – Myriam Stefford (edición privada)
- 1933 – Por qué me hice Revolucionario (política)
- 1933 – El Derecho de Matar 1º Edición (novela)
- 1935 – El Derecho de Matar 2º Edición (novela)
- 1941 – Punto Final (novela)
- 1941 – Lepra! (fragmentos)
- 1952 – Un Proceso Original (ensayo – autoría atribuida)
- 1959 – La Gran Mentira (fragmentos)
- 1963 – Todo Estaba Sucio (novela)

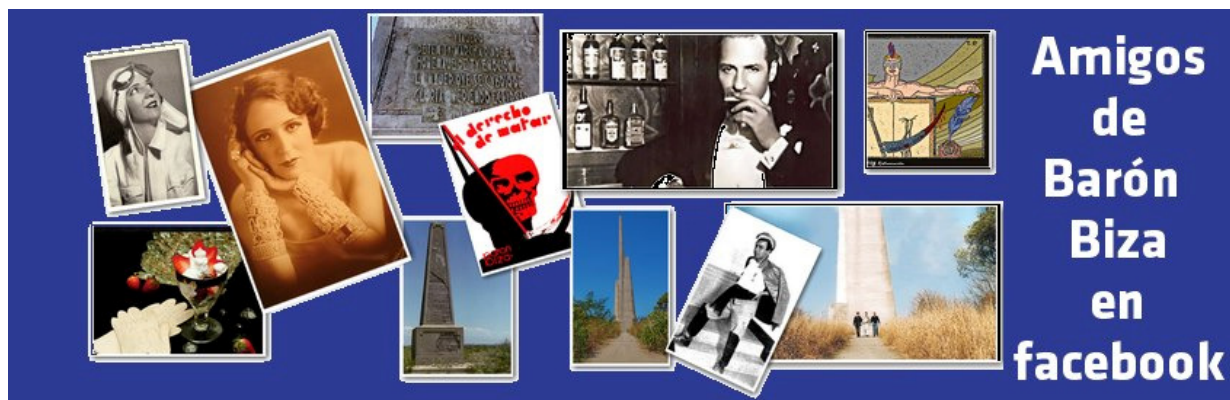
NOS VEMOS EN LA WEB...

Conocé el SITIO HISTÓRICO que rinde homenaje a Raúl Barón Biza. Su vida, sus libros, sus mejores textos, fotografías y mucho más para el fan o el coleccionista.



www.baronbiza.com.ar

Unite a la COMUNIDAD de Amigos de Barón Biza en Facebook para interactuar diariamente con otros lectores, aclarar tus inquietudes e intercambiar material raro e incunable.



<https://www.facebook.com/groups/58353148592/>